

LA ENORMIDAD DE
ESPAÑA

COMENTARIOS

por

MIGUEL DE UNAMUNO

LUCERO
EDITORIAL SENECA

MEXICO, D. F.

SCS# 16,273

E. A. Mearns

1896.

MIGUEL DE UNAMUNO
LA ENORMIDAD DE ESPAÑA
COMENTARIOS

Queda hecho el depósito que
marca la ley. Copyright by
Editorial Seneca in Mexico

Printed and made
in Mexico
Impreso y hecho
en México por
Editorial Séneca

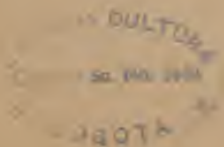
LA ENORMIDAD DE
ESPAÑA

COMENTARIOS

por

MIGUEL DE UNAMUNO

LUCERO
EDITORIAL SENECA
MEXICO, D. F.



VIENE este volumen a continuar aquellos dos otros de *LA CIUDAD DE ENOC* y *CUENCA IBERICA*. En él recogemos también una serie de artículos, "hojas volantes" o volanderas, diría su autor, publicadas durante los primeros años de la República, a partir de 1945. Nosotros creemos que estas páginas, donde con brevedad y concisión admirables comentaba Don Miguel algún hecho o suceso al día, entrañándolo o desentrañándolo de temporalidad memorable o histórica, son de las mejores sino las mejores que Unamuno nos dejó escritas. "Queremos en estos Comentarios —escribía Don Miguel— que aspiran —¡hábrase visto atrevimiento!— a hacerse permanentes en cierto modo en el ánimo de sus lectores, mentar y comentar aquellos hechos —no menos sucesos— que estén haciendo nuestra España de Dios, que estén haciendo de Dios a nuestra España". Palabras proféticas. El

atrevimiento de Unamuno trascendió su deseo de permanencia, ahondando y aclarando cada vez más y mejor en nosotros la conciencia de España. Que estas páginas de entonces y de ahora, de siempre, nos dan de esa, nuestra España de Dios, de Dios por serlo nuestra, la más viva si dolorosa o trágica, a veces trágicómica, imagen. Muchos pensarán, y algunos ya lo dicen sin pensarlo, que no son muy políticas. Y precisamente porque lo son: ¡y por como lo son! Precisamente. Contra esos y aquellos se escribieron. Ninguno como el autor de estas páginas perdurables penetró tanto el sentido político de nuestro pueblo reflejándolo en sus palabras verdaderamente. Sentido religioso. Y lo demás... son politiquerías ilusorias o mentirosas. Para entender a España, al pueblo español vivo, nada mejor que leerle en la palabra unamunesca, que es su conciencia misma, permanente; y si dolorida, esperanzada: desesperadamente esperanzadora. Léanse y méditense estas páginas si de verdad se quiere sentir y comprender, en el tiempo, que es nuestro tiempo, a una España eterna.

J. B.

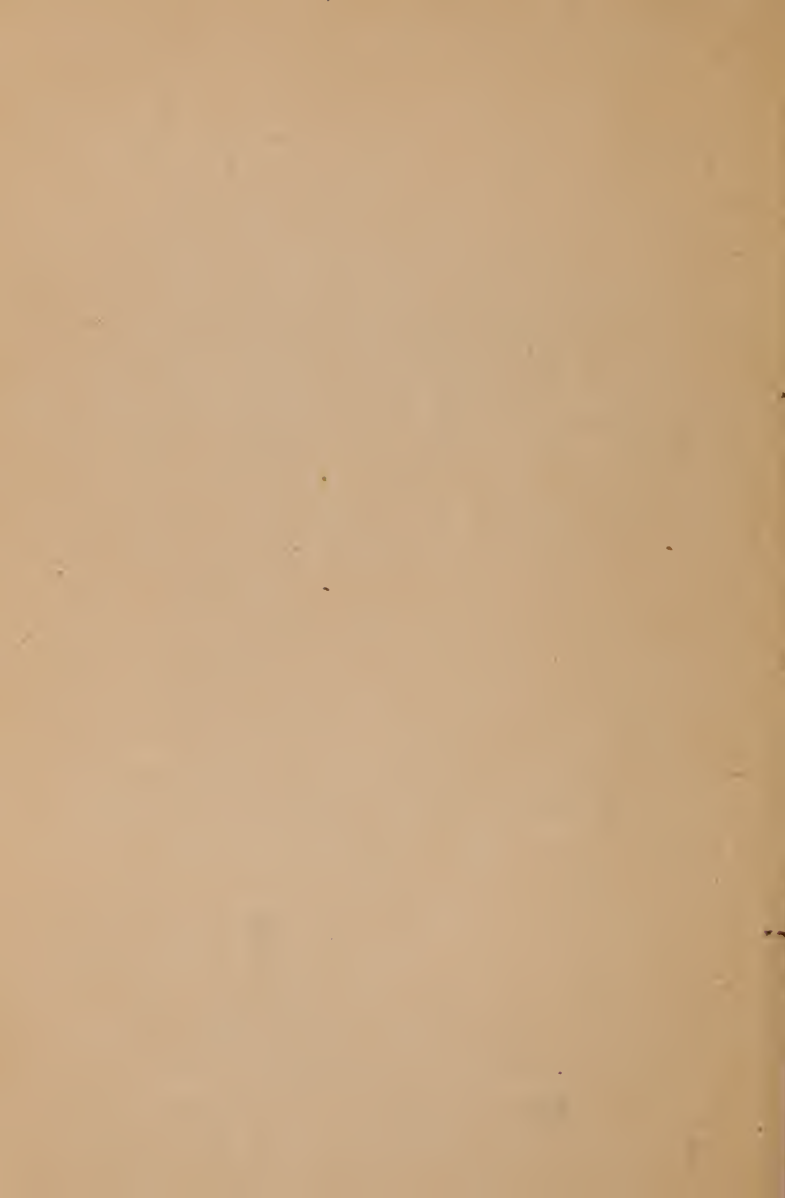
Debemos a Ramón Lavandero, nuestro querido amigo, la publicación de estos artículos de Unamuno, Conste nuestro agradecimiento.

LA ENORMIDAD DE ESPAÑA



*De tanto querer, mi España,
tu querer no tiene en donde.*

UNAMUNO.



LA NIÑEZ DE DON QUIJOTE

SIGUE uno preocupado, desde que primero le hirió la idea, con la niñez de Don Quijote, no de Alonso Quijano el Bueno. ¿La tuvo aquél? ¿Puede ser infantil el quijotismo? ¿Fué niño alguna vez Don Quijote? Nos dice Cervantes que frisaba el hidalgo en los cincuenta, y nos hacemos a la idea de que a esa edad nació. ¿Es que no se propusieron los atormentados comentadores de las Sagradas Escrituras la cuestión, para nosotros absurda, de la edad a que creó Dios a Adán? O dicho en luminosa paradoja: de qué edad nació Adán. Ociosas cavilaciones para los que carecen de entendimiento de espíritu; pero para los espirituales, no para los intelectuales, para ellos. . . Teresa de Jesús y su hermanito, niños aún, sueñan caballerías a lo divino, pero más como santos que como héroes.

Porque si el santo apenas si tiene más que infancia, el héroe apenas si la tiene. Aunque ¿cómo separar heroísmo y santidad? Y la bondad de Alonso Quijano el Bueno elevóse alguna vez a santidad en Don Quijote.

El capítulo XVIII del Evangelio según Mateo nos cuenta de cómo cuando le preguntaron a Jesús sus discípulos quién es mayor en el reino de los cielos llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: "De veras os digo que si no os volvéis y hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos; quien se rebaje como el niño éste, éste es el mayor en el reino de los cielos". Así el santo; pero el héroe ha nacido para conquistar reinos de la tierra. Pero el que conquistó con su vencimiento Don Quijote, ¿fué del cielo, o de la tierra? ¿Y fué reino? Acaso el que está entre cielo y tierra.

Y como hay hombres que parecen no haber tenido niñez nunca, hay pueblos lo mismo: pueblos que parecen haber nacido adultos, bien maduros, tal vez pasados, a la Historia. Pueblos de una gravedad que proviene de madurez prematura, de premadurez. ¿No os ha sorprendido, lectores, el estrecho lugar que llenan y el escaso papel que juegan los niños en la literatura castellana? El teatro, desde luego, los esquivó. Venid al último clásico castellano —que lo era—, a Galdós, y ved que, en contraste

con Dickens, tantas veces su modelo, apenas si aparecen —y cuando lo hacen es esfumados— los niños en su obra. En la que no hay recuerdos de su propia niñez ni de la Gran Canaria. Parece como si los hubiese olvidado.

Y hay en cambio pueblos, como individuos, que parecen vivir apegados a su niñez, envueltos en un complejo de infantilidad, que podría decirse. Pueblos que un nuestro amigo llama folklóricos. Y que recuerdan en el respecto limpio y honesto lo que se ha llamado el complejo Edipo. En nuestra villa natal había un sujeto a quien se le llamaba Amagazlo, que en vascuence quiere decir “duerme con la madre”. Lo que llamamos un amadrado. ¡Y hay tantos que no saben despegarse de maternidades espirituales! Excelente cosa para poder entrar en el reino de los cielos históricos; pero ¿para conquistar el de la tierra también histórica? ¡Ay de los pueblos que se creen muy antiguos que se creen milenarios, porque se sienten niños! Y padecen complejo de infantilidad. Con todas las acciones y todas las pasiones de los niños. Y hasta una cierta dosis de cándida malicia pueril. Pueblos que cifran la política en danzas, canciones, trajes, ceremonias, festejos, liturgias y juegos de toda clase de infantilidad.

Este comentarista dijo una vez, a propósito del “aplec” de la protesta que presencié en

Barcelona —¡y qué profunda impresión le causó!—, esto que allí muchos no han olvidado: “Seréis siempre unos niños, levantinos. Os ahoga la estética”. Y esto lo dijo como si hubiese sido una voz que le salía de la entraña cantábrica —mejor, vascona—, siendo así que son dos infantilidades marinas o costeras. ¿Será la mar la que da infantilidad a un pueblo, y será la tierra pura, escueta la que le da ascética madurez? ¿No sería acaso la llanura manchega, el páramo castellano, el que hizo que Don Quijote surgiese ya más que adulto y sin niñez?

Comparad al griego y al romano, a Ulises y a Remo y Rómulo, los criados por la loba. El romano, aunque nacido cerca del mar, es de tierra adentro; el griego, sobre todo el de las islas, es marino, y como el mar, ondulante. Y hasta sus lenguas: el griego es movable y cambiante como la mar; el latín, fijo y recio como la tierra. Y los grandes conquistadores, aunque hayan partido de la costa y hasta nacido y criádose en ella, proceden de linaje y abolengo de tierra adentro, de la meseta o de la sierra. Así cruzaron el océano Cortés, Pizarro, Orellana. . . Los otros, los costeros de raza, no conquistan, colonizan. Se hacen colonos y coloniales. Hasta en su propia tierra costera suelen formar colonia.

Y todas estas divagaciones de esa fantasmagoría que se llamó en un tiempo filosofía de la Historia, y a la que ha desplazado la horrible sociología, le llevaron a uno a meditar en la última aventura de Don Quijote, cuando al borde del mar latino, mediterráneo, venció y vencióse con su vencimiento, que fué su victoria. La niñez espiritual se acaba en el hombre cuando descubre la muerte, que hay que morir, al anunciarse la pubertad — ¡qué bien lo sabía Leopardi! —; pero Don Quijote, que no tuvo niñez, sintió desde su principio la muerte. Y la sintió en forma de gloria, en forma de inmortalidad. Don Quijote, como su pueblo, sintió la inmortalidad de la muerte. Y Teresa de Jesús pudo decir lo de “que muero porque no muero”. En cambio, los pueblos niños, aunque sepan con el entendimiento —pues no son necios y algunos suelen ser inteligentísimos— que se tienen que morir, no lo creen con el espíritu. Y en todo caso, mientras nos dure la vida. . .

Y se siente uno sumido en un mar, no en una tierra, de confusiones. Y no llega a unanimidad consigo mismo. Que un individuo solo, aislado, puede no ser unánime si tiene más de un alma. Y ocurre que tenga un alma marina y otra alma terrestre o serrana. Y otras más. Y que luche en él la santidad con el heroísmo;

que todos, en una u otra medida, tenemos algo de los dos.

Y después de todo esto, ¿hay una niñez qui-jotesca? Porque no tratamos de hacer un programa político. Ni todas estas divagaciones son programáticas, sino más bien prologales, que es muy otra cosa.

EL NIÑO ES EL PADRE DEL HOMBRE

SUMA y sigue, que aún no hemos acabado con lo de la niñez que tanto nos tira. Nos tira para esquivarnos de la actualidad que pasa y chapuzarnos en la eterna potencialidad que se queda. Ahora nos obsesiona el niño en esta España, al parecer renovada. ¿Cómo la sentirán dentro de veinte o más años los que hoy tienen en ella nueve o diez? De nueve a diez tenía este comentador que os dice cuando sucumbió la primera República española y bombardearon los carlistas su villa natal y se sintió nacer a la vida civil. Y luego, en el ya casi mítico 98, narró sus visiones civiles infantiles. Y por cierto que durante la Dictadura como un profesor de la Normal de Orense recomendará a sus alumnos de Pedagogía la lectura de nuestros "Recuerdos de niñez y de mocedad", fué

censurado por el obispo y se le formó expediente académico. De aquellos recuerdos estamos en nuestra mejor parte viviendo.

Wordsworth, el reflexivo poeta inglés, dijo: “¡Mi corazón salta cuando veo arco-iris en el cielo; así era cuando empezó mi vida; así es ahora que soy un hombre; sea así cuando me haga viejo o antes muera! El niño es el padre del hombre, y desearía que mis días estuviesen ligados unos con otros por natural piedad”. Y en su poema “La excursión” nos muestra cómo ya a un niño se le asentaron los cimientos eternos de su alma desde los seis años, cuando iba a apacentar ganado entre las colinas de Athol, que veía crecer en la oscuridad y surgir estrellas sobre su cabeza. Niñez de soledad como aquella de otro máximo poeta, el catalán Verdaguer, mosén Cinto, cuando —y creo haberlo citado aquí otra vez— decía lo de: “¡Ay soledad querida, mi compañera un día, el día de la infancia que no tuvo un mañana —“que no tingué demá”—, desde que triste añoro tu dulce compañía, cual fuente escurridiza mi vena se truncó!” ¡Esa mañana sin un mañana, es hoy eterno de la niñez! ¡Ese porvenir quieto! Cada vez que nos salta a la vista un niño se nos van los ojos tras de él, hacia el porvenir. Que es a la vez —¡entrañada dialéctica de la vida íntima!— írsenos hacia el pasado. Que el porve-

nir es un repasado, y en él, en el porvenir, tendrán que hacer nuestros nietos repaso de lo que hicimos nosotros.

Y ved niñez de soledad. Al acabar el primer capítulo del tercer Evangelio dice el evangelista: "El niño crecía y se fortalecía en espíritu, y estaba en el yermo hasta los días de su mostración ante Israel". ¡Pero hay tantas soledades infantiles! Figuraos un hijo de reyes, nacido rey y sin padre y que se críe en regia familia sin otro varón en ésta más que él, con madre, hermanas, tía, entre mujeres y domésticos de cualquier sexo, sin un hermano o un tío que le refrene con virilidad, ¿qué puede resultar? El misterio de la fragua del alma infantil, de su cimentación, es un gran misterio. Y el culto al niño, el más alto oficio religioso de una sociedad civil. Sólo así puede un pueblo no ya remozarse, sino reniñarse. Que no es aniñarse.

Y dándole vueltas en el magín a todo esto y al escaso campo que ocupan en la literatura y el arte castellanos, los niños vinimos a recordar a aquel pintor sevillano, Murillo, el de la tierra de María Santísima, de la Virgen Madre —toda madre lo es, pues la maternidad virginiza—, el que sintió como nadie la sagrada familia y a la Virgen Madre de olla y devanadera. Y aquel su San Antonio, maternal también que

tiende los brazos al Niño —el de la Bola—, que baja del cielo. San Antonio bendito, casero y casamentero, a quien piden novio las niñas —así las llaman en aquella tierra— casaderas. Y se los da el Santo, pero no por ellas, sino por el niño por venir, por el niño del porvenir. En tiempos de Murillo partían de Sevilla, los que iban a poblar de españoles las Américas. Y en tierras españolas de fuerte natalidad no habían surgido doctrinas malthusianas. La Madre España, la que Waldo Frank en su obra "Virgen España" tan bien ha caracterizado a este respecto, sentía su maternidad conquistadora. Era una patria pobladora.

Hay que poblar, sí, pero con almas; hay que repoblar, pero repoblar tiene que querer decir reanimar. Sobre todo el campo. Toda la obra de la España nueva, reanimada en el campo, en la vida rural, toda su obra de civilización consiste en que los niños del campo y de la sierra sientan a la vista de éstos, del campo y de la sierra, del páramo y de las cumbres, que se les asientan en el alma los cimientos de la civilidad, de la historia patria, del pasado espíritu que hizo a sus padres. Cuando pensamos en una escuela sola para todos, para los hijos de los pobres y los de los ricos, para los hijos de Sancho y para los de Camacho el rico, cuando pen-

samos que es menester que los acaudalados hidalgos de los lugares, villorios y aldeas no tengan que apartar a sus hijos de los de sus domésticos y enviarlos a colegio de industria pedagógica, nos damos cuenta de que la más perniciosa raíz del ausentismo de los señores de la tierra está en que creían tener que sacar a sus hijos del solar de familia para educarlos en la ciudad. El campo quedaba para los animales y los criados. Y así fué ello.

Y cuando, pór otra parte, vemos esos niños de familias campesinas, esos que ven pasear por la carretera los "autos" de los turistas y esos otros niños de familias obreras, nos preguntamos siempre qué visión de España se estará fraguando en el hondón de sus almas. Los que tuvimos la suerte de que nuestra alma infantil se fraguara ante el hervor de luchas civiles, de luchas civilizadoras, en historia patria, pensamos siempre en cómo se podrá hacer entrar en civilidad a toda esa niñez española que duerme, casi sin soñar, en las soledades rurales de España.

POLITICOS, CRIADORES, POETAS, PADRES

QUE no se cansen en disparar tales preguntas de actualidad huidera entrevisteros y encuesteros, porque no, eso no es política, sino politiquería. Importa poco lo de Pérez o López, Cuadrado o Redondo, Rubio o Moreno. Se puede ser muy personaje sin ser apenas persona, lo que no quiere decir, ¡claro!, que no sean personas, y muy personas, nuestros personajes de aquí y de hoy. El personaje es cosa de teatro, y ahora peor, de "cine" sonoro. Terrible esto de que se pueda verle a uno moverse y visajear y accionar —¡a qué cosas se llama acción!— y se le pueda oír hasta después de muerto y enterrado. Que ya no se le sepulta a uno en estatura y en libro, sino en película y disco.

¡Política eso? ¡Vaya! Tal vez necropolítica o geopolítica —de campo santo de muertos—;

pero no biopolítica o cosmopolítica de mundo de vivos. Porque, a ver, ¿es que debajo de eso se está acaso formando una conciencia nacional, un consaber y consentir nacionales y a la vez mundial, cosmopolita, popular? ¿Se están acaso fraguando una fe y una esperanza en un destino, en una misión de España en el mundo? Se están, es cierto, repatriando españoles; pero es porque allá, en ultramar, les falta materialmente sostén. Falta material de vida; falta de vida material. Pero ¿es que hay quien aquí mismo, viviendo en ella, la echa de menos? ¿Quién la sueña otra?

Y, ante todo, ¿es que esos del "reinaré en España" y sus colaboradores le han enseñado al pueblo español a soñar en una España del reino trasmundano del Cristo, de la Ciudad de Dios? ¿Es que en vez de servirse de un credo momia para domeñar a un pueblo y hacer necropolítica —pueblo así es necrópolis, cementerio— no debieron de haber hecho, con biopolítica, cosmopolítica, un credo religioso vivo —la vida se la da el juego de las herejías— nacional? Dejemos, pues, que los muertos entierren a sus muertos, y que, a mayor abundamiento, los desentierren.

San Pablo, el Apóstol de los gentiles, anunció (Rom. XV, 28) que iba a venir a España; pero no vino. Menos, por supuesto, Santiago

el Mayor, Matamoros. ¡Y si hubiera venido. . . !
El que escribió (I Cor. IV, 15): "Aunque ten-
gáis diez mil pedagogos en Cristo, pero no mu-
chos padres". Pedagogos, ayos: pero no pa-
dres: Ya el Cristo dejó dicho (Mat. XXIII, 9):
"No llaméis vuestro padre en la tierra, pues
uno sólo es vuestro padre, el celestial". ¡Y esos
titulados padres, el pa' Redondo o ei pa' Cua-
drado? ¡Esos ayos, pedagogos, o más bien in-
dustriales de la pedagogía, del oficio de la en-
señanza? ¡Esos padres postizos pedagogos en
Cristo Rey que no es el del Evangelio? ¡Esos
que enseñan no a soñar, sino a dormir? A dor-
mir apoyada la cabeza en la almohada de la fe
implícita del consabido carbonero.

¡Padre! En mi nativa Vizcaya había anta-
ño, siendo yo niño, un título nobilísimo y de in-
vención muy atinada, que se otorgaba al que
había servido a su espíritu, al de Vizcaya, que
era el de la libertad foral, y el título era: pa-
dre de la provincia. ¡Y por qué no ahora padre
de la patria! Y padre de la patria es el que a
los hijos de ella les enseña a soñarla en altura.
¡Redactar, enmendar y votar leyes constituti-
vas? ¡Bah! La cosa es hacer costumbres, y, so-
bre todo, la de pensar en alto y en hondo pa-
ra que el ser español sea un consuelo de tener
que serlo. ¡Y acostumbrarse a soñar! Que la
costumbre es el resorte de la querencia patria,

y a su empuje ceja toda otra gana. Y hacer costumbres —la mejor la de soñar— es educar, es criar, es hacer criaturas de España, criados de ella.

Hay una muy linda palabra en nuestro castellano aboriginal, palabra hace siglos en desuso y que se lee en el verso 2919 del "Poema de myo Cid". Es criazón, que hoy decimos crianza. Que criar es crear y crianza o criazón es creación. El que cría, crea. Y hay hombres sin crianza, o de mala crianza, mal criados. Y una política paternal más que pedagógica es poética, o sea criadora, creativa. Y todo lo demás, aunque útil, muy útil y desgraciadamente necesario, es geopolítica, es cosa de clientelas electorales o de reparto de destinillos. Lo que no quiere decir —¡claro está!, lo repito— que entre tantos políticos y pedagogos o ayos— que no llegan a los diez mil del Apóstol— no pueda haber algún poeta, algún criador o creador y algún padre, que es lo mismo.

¡Es que a la formación espiritual de España, a su fragua, a su constitución civil — y tómese este término en su acepción más propia—, contribuyeron los ministros de los reyes y los reyes mismos, los legisladores, más que Cervantes y Calderón y Lope y Quevedo y los dos fray Luises y todos los demás que enseñaron, que acostumbraron a nuestro pueblo a soñarse

a sí mismo? Es decir, que le dieron patria. Patria, o sea cuna de ensueños para siempre, y sobre todo del ensueño de una patria, eterna e infinita, sin un último mañana ni un último lindero.

No se cansen, pues, en dispararnos preguntas sobre la actualidad politiquera los entrevistados y encuestados; la honda política, que es civilización, está en otra parte. Y tal político que esté de gobierno deja para ella, a su patria, más que sus actos de gobierno, tal obra de espíritu que haga soñar sueños de inquietud y desosiego acaso, a los que la conozcan. Lo otro, lo que suele llamarse por antonomasia y excepción política, es otra cosa. Y así se da el caso de que se diga de algún criador, poeta, padre del pueblo, que es todo menos político cuando el verdadero político sea él.

A LOS CABREROS Y NO A LOS CARBONEROS

SE me dice por algunos que me ponga más al tenor —al modo como se tienen— de los más de mis lectores y que no abuse de lo que llaman mi lirismo. ¿Lirismo? Quieren, sin duda, que en vez de tañer el comentador en lo que a ellos se les antoja una lira, taña en una guitarra o en bandurria. ¡Y lo que son las palabras! Guitarra viene de la misma raíz que cítara; la bandurria se tañe con púa, a la que en griego se le llamaba “plectro”, y “estro” no quería decir sino tábano, que así como éste saca de sí al ternero, así el estro o tábano poético saca de sí y arrebatata al poeta. Por cuanto si en vez de decir que tocando uno por el estro empuñó el plectro para cantar al son de la cítara, decimos que, picado por el tábano, se puso a rascar con la

púa la bandurria, no haremos sino traducir al romance el idioma lírico y académico. ¿Quieren esos descontentos que toque así la bandurria? Pues no lo entenderían mejor. Y, sobre todo, que no me propongo hablar para bachilleres, sino para cabreros, como Nuestro Señor Don Quijote, pues sé que éstos atienden a la música aunque no recojan la letra. Y sé de buenos, de nobles, de sencillos cabreros que siguen estos mis comentarios, y con ellos se reconfortan en su ensueño de España.

Lo peor son las traducciones; lo peor es cuando algunos bachilleres sansoncarrasqueños se ponen a traducir en lo que ellos estiman lengua cabreril, popular, corriente, estas mis endechas quijotescas, ¡y me hacen decir cada cosa! Por algo les temo tanto a las entrevistas, y aún más a las indiscretas versiones de lo que le han oído a uno al paso, en cualquier pasillo. ¡Pobre Quevedo! ¡Y qué mascarón le echaron encima los truchimanes! ¡Y qué de frases se las cuelgan a uno que jamás pensó en ellas! Y ¿por qué así? Ya lo decía el gran Sarmiento, el argentino, cuando le preguntaban por qué se le atribuían tantos dicharachos mordaces: “¡Bah, siempre se presta al rico!” Y pudo añadir a ésta su otra frase: “Debo decirlo con la modestia que me caracteriza”. Pero, en fin, Dios perdone a los entrevisteros y entre-escuchas. Y...

¿rectificarlos? ¿Para qué? Es darles cuerda para nuevas tergiversaciones. Porque no le es posible al comentador hablarles en su lengua de lugares comunes manidos y de tópicos de matriculación y alistamiento.

No, por España, no, que no se pongan para uso de supuestos cabreros a traducirme esos bachilleres de la política a lo Sansón Carrasco, el que venció en Barcelona a Don Quijote; que no me traduzcan. Que me dejen hablar a los cabreros desde el pie de una encina castellana. Porque sé que hay quienes siguen la música de estos mis comentarios, a los que van poniendo no su letra, sino su espíritu. Y sé que los entienden muchas veces mejor que yo mismo que les hablo al son a que el Espíritu me sopla.

Y hablo a cabreros, no a carboneros, a los de la fe implícita. ¿Recordais el caso? Es el de aquel carbonero que nos cuenta, creo que el Tostado, que al preguntarle su credo respondía: "Lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia", y al preguntarle que es lo que ésta cree y enseña, el carbonero: "Lo que creo yo". Y de esto no le sacaban. Que es lo de: "Eso me lo preguntáis a mí, que soy ignorante. . ." y lo que sigue en el Catecismo del padre Astete, S.J. Hablo, pues, a los cabreros que no son, gracias a Dios, ni de derecha ni de izquierda, ni monár-

quicos ni republicanos, ni progresistas ni reaccionarios, ni anarquistas ni socialistas, sino que son hondamente universales. Porque nadie más universal y comprensivo que un cabrero de verdad. El carbonero, en cambio, está matriculado, o sea, enmadriguerado en algún partido, secta o cotarro; el carbonero está afiliado a cualquier grupo con cabecilla y disciplina correspondientes. Y así el carbonero no necesita de que se le traduzca lo que se le diga, pues con "eso no me lo preguntéis. . . doctores tiene mi capilla que os sabrán responder", sale del paso. ¿Es que no hemos oído hablar de la ortodoxia pimargalliana? ¡Y que es difícil salir del paso! Sobre todo, en los pasillos donde los entre-escuchas van a escamotearle a uno ascuas para arrimarlas a sus sardinas arenques. Y luego todo se arregla con aquel tan socorrido estribillo de los badulaques: "¡Bah! Paradojas. . . contradicciones!".. .

¿Y si ahora les explicara aquí el comentar a sus cabreros lo que quiere decir paradoja? Pero no, que ellos lo saben sin creer saberlo, y los carboneros no pueden llegar a saberlo sin desmadriguarse. Los cabreros saben que verdadera y honda paradoja fué que un bachiller resentido y resentimental, Sansón Carrasco, al derribar en Barcelona a Don Quijote hubiese preparado su última y definitiva victoria, aque-

lla en que quedaron confundidos todos los bachilleres y los carboneros todos, y saben que la publicación del Evangelio de Don Quijote fué en el orden político un hecho de más alcance que el levantamiento, por ejemplo, de las Comunidades de Castilla contra la camarilla de Carlos Quinto, levantamiento de que apenas si se enteraron los cabreros.

COMENTARIO. Este lo es a unas palabras de Benedetto Croce, nuestro amigo, amigo de España pues que la conoce bien —basta, entre otras cosas, leer *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*—, en su reciente obra, de este año, *Storia di Europa nel secolo decimo nono*. Le ha precedido su *Storia d'Italia del 1871 al 1915*, en que el más grande pensador de Historia con que hoy cuenta Italia, y no inferior a cualquier otro del mundo civilizado actual, afirmaba su fe en el liberalismo y lo afirmaba en esa perturbada Italia del fajismo donde se trata de ahogar toda libre espontaneidad del espíritu, y ello a nombre de la acción.

El primer capítulo de esta "Historia de Europa en el siglo décimo nono" se titula: "La religión de la libertad", y la religión de la libertad es lo que llamamos el liberalismo, aquel

que, según nuestro Sardá y Salvany y los jesuitas que le jalearon, es pecado, es el gran pecado moderno, la síntesis de todas las herejías surgidas del libre examen del Renacimiento, el erasmiano, y de la Reforma, el luterano. El Renacimiento primero, la Reforma después, la Revolución más tarde dieron fomento y vivacidad a la religión de la libertad, al liberalismo. Y religión porque comporta no ya una mera concepción, sino un sentimiento y una intuición de la realidad de la vida universal de la historia.

El segundo capítulo se titula: "Las fés religiosas opuestas", y en él se encuentra el breve pasaje que voy a comentar, muy brevemente, aquí, y es aquel en que Croce dice: "...y no es sin ironía el hecho de que la nueva postura espiritual recibiese su bautismo donde menos se habría esperado: del país que más que cualquier otro europeo se había quedado cerrado a la filosofía y a la cultura modernas, del país por eminencia medieval y escolástico, clerical y absolutístico, de España, *que acuñó entonces el adjetivo liberal con su contrapuesto de servil*". Y es esta ironía del hecho histórico y del hecho lingüístico —que son uno mismo— el que vamos a comentar.

Fué, en efecto, España la que acuñó (conió)

ese término hoy casi universal, de "liberal" —y consiguientemente de "liberalismo"—, y en el sentido que tiene, fué España que hacia 1812, cuando las Cortes de Cádiz, cuando su lucha contra el imperialismo napoleónico, antecedente de la Santa Alianza, imperialismo democrático acaso, pero no liberal, España saludada entonces por los nuevos pueblos europeos como el hogar del liberalismo civil, acuñó ese término *liberal*, como ha acuñado otros que han pasado a lenguas europeas, tales como *pronunciamiento*, *guerrilla*, *siesta*, *junta*, *desperado* (desesperado) y otros muy significativos. Y entre ellos el término "liberal" tiene raíces soterrañas que se entretrejen con las de los términos *pronunciamiento* y *guerrilla*. Las guerrillas de nuestros populares guerrilleros de la guerra de la Independencia asentaron nuestro castizo liberalismo que late —¡enorme paradoja de la dialéctica histórica!— en el alma de los guerrilleros carlistas, y nuestros pronunciamientos, aun los que parecían tener un sentido más opuesto al sentido liberal, eran liberales. Tan liberales como lo fué aquel gran pronunciamiento de los comuneros de Castilla contra el Habsburgo.

Más de una vez se ha suscitado la vana cuestión de si en España hubo o no Renaci-

miento, si hubo o no en ella Reforma, como si España hubiese vivido o hubiese podido vivir separada espiritualmente de Europa. De Renacimiento no hablemos por ahora, y en cuanto a Reforma lo que se ha llamado la Contra-Reforma, la de Felipe II, la de Iñigo de Loyola, la de Trento —donde los españoles dieron el tono—, ¿qué fué sino la otra cara de la Reforma, su complemento dialéctico? Al libre examen reformatorio, al libre examen liberal, respondía aquel famoso tercer grado de la obediencia, la obediencia de juicio, que definía Loyola en su carta definitiva, pero esa obediencia, escuela de mando, ¿no se reduce acaso a ser el alma íntima de un sutil libre examen, padre de restricciones mentales? El jesuitismo español, escuela del libre arbitrio molinista, opuesto al siervo arbitrio luterano y al predestinarianismo calvinista, ¿qué era si no otra raíz del liberalismo? Era la *gana* española, nuestra enorme gana irracional, frente al racionalismo; era nuestro fuego contra la luz.

Sí que es enorme ironía —enorme, esto es: fuera de norma—, sí que es enormidad irónica que España haya acuñado el término liberal. Pero ello se debe a que el liberalismo, la religión de la libertad surgida del Renacimiento —Cervantes—, de la Reforma —Valdés—, de la Revolución —guerrilleros de la Independen-

cia—, estuvo en España luchando con más ardor recogido que en parte alguna, se debe a que en las entrañas de esta nación, al parecer cerrada a la filosofía y la cultura modernas, por eminencia medieval y escolástica, clerical y absolutística, latía un pueblo profundamente liberal y nada servil, latía un pueblo con enormes ganas de libertades civiles y religiosas, un pueblo poco o nada escolástico. Y lo que ahora, en estos nuestros días macizos, se ha revelado no ha sido sino la revelación del alma eterna española. Y a ello, a esta trágica y a la vez cómica —en la tierra de Don Quijote la tragedia es cómica— ironía, que ha hecho que en dialéctica histórica haya sido España la acuñadora del liberalismo.

EL PECADO DE LIBERALISMO

CON qué arrobo, redondeando la boca, hay quienes pregonan: "¡Está por hacer todavía la revolución. . .; a ello!" Pero es que toda revolución —he de repetirlo— lleva su propia reacción en el seno. Y esto es lo que la hace permanente, lo que Trostki llama la revolución permanente. Porque la otra, la que no lleva entrañada su propia reacción, la que no se está revisando al día, la de una vez fijada, constituida, ésta es muerta y propiamente no es revolución. Y sería gran necesidad general cerrar el sufragio a los que a su constitución, a su estabilización se opusieran. Resultando, en cierto modo, para ello los que se llamaron en España antaño en la Restauración, partidos ilegales. O anti-constitucionales.

Lo que importa es que la revolución lleva consigo la guerra civil. O, mejor aún, que es

la guerra civil misma, y la revolución permanente, la única fecunda, la guerra civil permanente. La guerra civil que es un don del cielo, como dijo aquel Romero Alpuente, que fué alma de la sociedad secreta de los "Comuneros". Y ¿a qué asustarse de ese don del cielo? Cabe decir que desde la muerte de Fernando VII, y aun antes de ella, ha estado el cielo regalando a España con ese don. Que, latente y sorda, o aparente y estridente, en guerra civil hemos vivido. Primero, apostólicos y constitucionales; luego, servilones y liberalitos, carlistas y cristinos, y, al fin, católicos y liberales.

¡Católicos y liberales! Qué lejanos nos parecen ya aquellos tiempos de 1884, hace ya más de 47, en que en el mes del Santísimo Rosario empezaba, en Sabadell, sus luego famosísimas conferencias familiares sobre el liberalismo el presbítero D. Félix Sardá y Salvany, director de la "Revista Popular". Aquellas conferencias que, reunidas bajo el título "El liberalismo es pecado", corrieron toda España encendiendo disputas. ¡La tinta que ha corrido desde entonces! Y alguna sangre también.

"El liberalismo es pecado". ¡Qué hallazgo de título y de empresa! Tuvo tanto éxito, si es que no más, que el "Reinaré en España y con más devoción que en otras partes". El áureo libro —era la designación consagrada— así ti-

tulado recorrió toda España entre bendiciones de obispos y recomendaciones de curas de almas y de directores espirituales. Y como a un canónigo de la diócesis de Vich, don Luis de Pazos, se le ocurriese refutarlo en un opúsculo que tituló "El proceso del integrismo" y denunciarlo a la Sagrada Congregación del Índice, este instituto mandó que se amonestase al canónigo, y declaró que merecía alabanza la obrista del señor Sardá y Salvany. ¡Y lo que esto dió que decir y que contradecir entonces y lo pasado que está ya!

¿Quién no se sonríe hoy al leer aquello de que "de consiguiente (salvo los casos de buena fe, de ignorancia y de indeliberación), ser liberal es más pecado que ser blasfemo, ladrón, adúltero u homicida, o cualquier otra cosa de las que prohíbe la ley de Dios y castiga su justicia infinita"? Pero toda aquella campaña de verdadera guerra civil es la que ha traído a la ajesuitada Iglesia oficial española a su estado actual. Aquella campaña, y la que poco antes del golpe de Estado de 1923, con el nombre de Gran Campaña Social, inició el episcopado —y en un documento en que se le llamaba "cruzada" a la guerra de Marruecos— y apoyó en un principio el Rey para tener que cortarla luego. Y aun pedir que no se volviese a hablar de ella.

Pero aquella guerra civil sigue y tiene que seguir si ha de mantenerse la revolución espiritual religiosa, sin la cual no puede vivir la fe de un pueblo. Que vive de una continua revisión de ella. Que si una Constitución política no es intangible, no es irrevisable, tampoco un Credo eclesiástico lo es. Y con la separación de la Iglesia y el Estado, ella, la Iglesia, se volverá a sí misma a examinar sus discordias intestinas, lo de integristas, mestizos, católicos, liberales, los de la tesis y los de la hipótesis y todo lo demás, y a darse cuenta de que su presente estado, la persecución que hoy experimenta —porque ello es evidente— se debe a que no midió bien sus fuerzas y llevó muy mal su campaña. Hoy ha de comprender que tiene que apoyarse en aquel pecado del liberalismo para mejor poder cumplir sus fines, y que el enemigo, el verdadero enemigo de su fe y de su misión, está en otra parte. Pero ¿guerra civil? Guerra civil siempre.

Y esta guerra civil se debe al pecado del liberalismo, del que se puede decir aquello de “¡felix culpa!”, ¡dichoso pecado! Que sin pecado no hay redención, ni sin guerra hay paz. Que el Cristo que vino a traer la paz, vino —y él lo dijo— a traer la guerra y dividir las familias, padres contra hijos e hijos contra pa-

dres, hermanos contra hermanos. Y esa guerra es el empuje de subida a su reino que no es de este mundo.

La revolución, la permanente, es guerra civil permanente. Y aunque se diga y se repita hoy mucho que el pueblo español es indiferente en religión, o más bien, que es irreligioso, somos algunos los que creemos que con la revolución que llaman política se está cumpliendo, en los hondones del alma popular, una revolución religiosa. Que hay una fe que forcejea por alumbrarse. Forcejeo que es una herencia y una adherencia históricas, que es el meollo de la historia.

EL ESPIRITU PUBLICO Y EL POBRE PAPEL DE LOS LIBERALES

EN el folleto "Los Jesuítas en España: sus obras actuales", que ellos mismos, los jesuítas, han hecho publicar para defenderse —tan mal como suelen hacerlo—, citan entre los suyos —"los nuestros" es su expresión estereotipada— como a "impulsores de la cultura" al P. Mendive, "sutilísimo filósofo y teólogo e invencible controversista". Tuve que conocer —*tener que*, ¡terrible cosa!— gran parte de la obra del "sutilísimo" P. Mendive, S. J., y hasta tuve que preparar a un alumno por alguno de sus tratados, entre otros el de Psicología. Y aprendí cosas bien peregrinas en él. Entre otras, que los nervios no pueden vibrar, porque para ello sería menester que estuviesen sujetos por los dos extremos y tirantes. Así como una

cuerda de guitarra o de violín. Concepto —o pseudoconcepto— de la vibración que no es de ciencia física, ¡claro!, sino más bien metafísico o acaso teológico. Teológico jesuítico, por supuesto. ¡Lo que me burlaba yo entonces —hace más de cuarenta años —de esas y otras ideas— ¡ideas?— del “¡sutilísimo filósofo y teólogo e invencible controversista!” No menos que de las peregrinas teorías lingüísticas y filológicas del P. Fidel Fita, infatigable camelista y uno de los que más disparates han dicho del vascuence al tratar del gerundense y la España primitiva. Sin contar la ristra de despropósitos que metió en la parte etimológica de la edición décimotercia del Diccionario de la Academia Española de la Lengua. Pero ahora tenemos que volver a la imaginación —más bien que concepción— mendiviana de las vibraciones. Y más cuando esto de vibración y vibrar está de moda en el sector que se llama izquierdista. ¡Las voces que hemos oído hablar, con unción antijesuística, de vibración ciudadana!

Sí, me era fácil reírme, allá en mis mocedades, de la imagen mendiviana de la vibración de los nervios; pero ahora voy volviendo a esa primera interpretación. No ya los nervios, pero el espíritu público español, la opinión pública, está vibrando —no sabemos si longitudinal o

trasversalmente o de otro modo—, y si está vibrando es porque el espíritu público español está hoy sujeto por los dos extremos y tirante o tenso. Sujeto por los dos extremos, por los que llamamos “extremos” y tirante. Porque la tirantez del actual espíritu público español es evidente. A la cuerda espiritual de nuestro pueblo no le dejan aflojarse y descansar. Y he llegado a pensar si es que no hay una mano invisible y soberana, la del Cristo Rey de los jesuítas —que apenas tiene que ver con el Jesús del Evangelio, que huyó para que las turbas no le hiciesen rey—, o la del Gran Arquitecto del Universo —que no pasa de contratista—; una mano que maneja un gran arco de violín o tañe con sus dedos en esa cuerda pública vibratoria. Y los extremos no la sueltan.

El folleto “Los Jesuítas en España” es algo lamentable, lamentabilísimo. Todo lleno de argumentos, si es que así puede llamárseles, estadísticos, cuantitativos y no cualitativos, de argumentos catalógicos, o sea de catálogo. Diríase que el mérito de un publicista es la prolijidad. Y saben, sin embargo, los jesuítas que un pequeño librito, ligero, suelto, ágil, como las “Provinciales” del formidable Pascal, pueden caer sobre un Instituto con más peso que una serie de ingentes mamotretos de historia ex-

haustiva. Como, por ejemplo, los ocho ponderosos volúmenes de la "Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España" —me los he leído los ocho—, del P. Antonio Astrain, que constituyen, ciertamente, un trabajo muy bueno. Porque de todo lo que de los actuales jesuitas españoles conozco, es lo único que se salva. No es una obra que vibra, pero sí que enseña, y, a pesar de su extensión, de muy amena y sustanciosa lectura. La "Vida de San Ignacio" que hay en ella es excelente, y sin las mentecatas gonzaguescas de la hagiografía edificativa. Aunque, ¡claro!, para amenidad eutrapélica, está mejor el librito de "Novelistas buenos y malos", del P. Pablo Ladrón de Guevara, también de "los nuestros" —quiero decir de los suyos—, que supera al "Bertoldo". Y esto nos trae como de la mano a aquel llamado antaño "áureo libro" "El liberalismo es pecado", del presbítero, no jesuíta, Sardá y Salvany, hoy injustamente olvidado. ¡Contribuyó tanto, al actual triunfo de Luzbel! Pero de este librito "El liberalismo es pecado" —¡qué hallazgo el del título!— hay ahora mucho que decir. ¡Y aquello de que ser liberal es peor que ser asesino o adúltero! . . . ¡Pobres liberales!

¡Pobres liberales! Y qué papel están haciendo en esa cuerda tirante del espíritu público es-

pañol de hoy, cuerda sujeta por los dos extremos. *In medio virtus*, en el medio está la virtud, se dijo. Y ese pecado de liberalismo, entre los dos extremos que sujetan al espíritu vibratorio, resulta ya una virtud. ¡A qué tiempos hemos llegado, Señor!

LA CONSUMACION DE LOS TIEMPOS

OTRA vez más, dejando gacetillas de la actualidad que pasa, nos es menester asomarnos a documentos de la posibilidad que siempre queda. Y hacer esfuerzo por penetrarlos. Mucho importa la limpieza de sangre y de intención, pero importa más acaso la limpieza de pensamiento y de razón. Y es el lenguaje el que los limpia.

El liberalismo es un método —y no sólo de gobierno— y a la vez es un estilo. Todo método, es estilo, y todo estilo es método. Camino para recorrer el viaje sin fin y sin posada última. Y el liberalismo es un método, es un estilo espiritual. Liberalismo es espiritualismo. Espiritualismo, mejor aún que idealismo. Que hay idealismo materialista. Y mecánico Espiritu no es máquina. Historia no es mecánica. Y

si se dijo que el progreso lo hacen las cosas y no los hombres es que no se quiso ver que la cosa suprema es el hombre movido de hambre de libertad. Sí hay una doctrina sedicente concepción materialista de la historia, mas no sería sino muy atinado hablar de una concepción histórica de la materia, que hasta la física entra en la psicología, o sea, la naturaleza en la historia. ¿Biología? No, sino primero biografía. Pero parémonos a esto de -logias y -grafías.

La biología guarda con la biografía poco más o menos la relación que la geología con la geografía —la humana, se entiende—, o que la cosmología —producto escolástico y abstracto— con la cosmografía. A la sociología, también escolástica, podríamos oponer una sociografía, que no es sino la historiografía. Y lo que se llama teología cuando es algo vivo, humano, espiritual, histórico, es propiamente teografía, descripción del Dios de los dioses que nos hemos pensado. La biología quiere hacer del hombre una cosa, una cosa sujeta a la necesidad de vivir; pero la biografía nos le muestra un hombre, un hombre dueño de la libertad de pensar. Y sobre todo de pensarse. Y la libertad de pensar y de pensarse —que no hay que confundir con el vulgar librepensa-

miento a compás y escuadra— es el cimiento del liberalismo, método y estilo.

¿Que el liberalismo pasó ya de moda? Nunca fué de ella. El liberalismo ni es ni ha sido cosa de moda. No es moderno, de ninguna época, sino de siempre, sempiterno. No es su prez modernidad, sino sempiternidad. Y, con ello, aboriginalidad. Porque lo que es de siempre, sempiterno, es lo aborígen, lo originario de una historia cualquiera. Que no son propiamente aborígenes los prehistóricos —si es que los hay— los meros salvajes, los hipotéticos trogloditas que no se pensaban de tal o cual pueblo, con su propia tradición. Ya en el totem alboreaba la libertad de pensamiento. Y el bisonte mágico de la cueva de Altamira apenas si tiene que ver con el bisonte de carne que hartaba las tripas de aquellos cavernícolas ibéricos. Los que pintaron aquellas pinturas eran ya liberales. Los otros, los no liberales, se reducen a besar las pinturas que hicieron aquéllos. Para éstos, para los no liberales, las creaciones del espíritu del pensamiento libre, se convierten en fetiches y amuletos. El que herró su caballo para mejor poder cabalgar en él, no recoge la herradura, ya roñada y rota, para que le sirva de amuleto. Ni el que se cru-

cificó hace de la cruz un fetiche. Es decir: un hechizo. El liberalismo, sempiterno y aboriginal, rechaza toda hechicería.

¿Tradición? ¿Habrà que repetirlo otra vez? Tradición —*traditio*— es trasmisión, y la trasmisión no es lo transmitido —la *traditio* no es lo *traditum*—, como la producción no es el producto. Y trasmisión que no cambia transmitiendo lo transmitido es cosa muerta, servil. ¿Tradición de libertad y de liberalismo? De siempre que hay historia. Y lo es en España, desde que hay España, toda la de antes de Recaredo, como lo es toda la que siguió a éste y en entrañable continuidad. Que tradición es continuación. Felipe II fué, en el fondo, tan liberal y, en rigor de dialéctica, tan hereje como los arrianos visigodos. No le valió al Pontificado, sino que se valió de él el hijo del Emperador, que ordenó al Condestable de Borbón la entrada en Roma, a que se siguió el saqueo. Y los Borbones, aun en la tradición de Luis XIV de Francia —“el Estado soy yo”—, civiles, esto es liberales, aun a su pesar. Entre ellos el gazmoño Carlos III. El ultramontanismo fué en España ultramontano, de allende los montes. Y aun en doctrina —en doctrina doctrinaria— el ultramontanismo español, lo que luego se llamó integrista, nos vino de Francia.

Y es muy significativo que a apoyar con las armas el absolutismo de Fernando VII, el genuino rey absoluto de España, vinieran los cien mil hijos de San Luis. De San Luis de Francia, ya que no le apoyaran los hijos de San Fernando.

Lo que se llama ordinariamente tradicionalismo es una doctrina dogmática, esto es, cuajada o solidificada y sin fluidez. Sus postulados doctrinales son otros tantos témpanos, cuajarones de hielo. Y los témpanos, el agua helada y solidificada, pesan menos que el agua flúida y corriente. El agua corriente de un río pesa más que el hielo y corre mejor sin perder su continuidad la vena. La presa de un molino detiene a los témpanos, pero pasan sobre ella las aguas vivas. Y en saltos mueven turbinas. Por otra parte, los témpanos del tradicionalismo dogmático son arrastrados por la corriente viva de la historia, que los transporta y que a la vez los va derritiendo por su base. Entre nosotros, en España, el tradicionalismo tradicional está continuamente socavado por el liberalismo, tan tradicional como él. Y de aquí que el puro, el neto, sea cada vez más un bicho raro. Un ser fantástico soñando siempre en un siglo futuro que siente que no ha de venir sino en la consumación de los tiempos, en la fin del mundo.

DON MARCELINO Y LA ESFINGE

¡SIEMPRE amarrado a lo mismo! Seguía rumiando el pasto amargo de mis inquisiciones sobre la íntima tragedia española engendradora de malcontentos, agraviados, resentidos, resquemorados, puntillosos, recelosos, desesperanzados y desesperados, cuando ha venido a dar a mis manos la nueva edición de la "Historia de los Heterodoxos Españoles", de mi venerado maestro Menéndez y Pelayo, y cuyo séptimo y último volumen acaba de aparecer. ¡Y qué de actualidad! Porque parece de hoy la quijotesca batalla que D. Marcelino libró hace más de medio siglo contra los campeones de la revolución liberal de España. ¡Qué obra de periodista! De periodista, sí.

¡Y no era chica la ojeriza que D. Marcelino le había cobrado al periodismo! Escribier-

do de Feijóo decía: "No quiero hacerle la afrenta de llamarle periodista, aunque algo tiene de eso en sus peores momentos, sobre todo por el abandono del estilo y la copia de galicismos". En otro pasaje llama a los periodistas —que parecen ser los encantadores, malandrines y follones de Don Quijote— "mala y diabólica ralea nacida para extender por el mundo la ligereza, la vanidad y el falso saber" . . . , y sigue la tirada. En otro, hablando de los "Desengaños del teatro español", de Moratín el padre, decía que "si no eran periódico ni salían a plazo fijo, por lo menos deben calificarse de hojas volantes análogas al periodismo". ¡Hojas volantes! ¡Hojas volantes las Epístolas de San Pablo, a quien un prelado de la Iglesia católica llamó periodista! ¡Y hojas volantes las páginas del libro, profundamente periodístico, de D. Marcelino! ¡Hojas volantes! Y días, y años y siglos volantes y volanderos. ¡Y lo que nos remeje el ánimo la relectura de la obra quijotesca antiliberal en este siglo al día tan macizo y apretado que se nos está volando!

En otro pasaje dice de Feijóo D. Marcelino que fué "filósofo, sin duda, aunque no de la generosa madera de Santo Tomás, de Suárez o de Leibnitz, sino con esa filosofía sincrética y errabunda, a cuyos devotos se llama hoy

“pensadores”... ¿Y él, D. Marcelino? El, el periodista que compaginaba en robustos volúmenes hojas volantes, pensador —o investigador más bien— sincrético y errabundo más que filósofo. Benedetto Croce ha visto muy bien que le faltó filosofía. Y yo, que fui su discípulo directo —y hasta oficial—, que le quería y le admiraba, tengo motivos para creer que la honda filosofía, la contemplación del misterio del destino humano, le amedrentó, y que buscó en la erudita investigación una especie de opio, un anestético, un nepente, que le distrajera. No se atrevió a mirarle ojos a ojos humanos a la Esfinge, y se puso a examinarle las garras leoninas y las alas aguileñas y hasta a contarle las cerdas de la cola bovina con que se sacude las moscas de Belcebú. Le aterraba el misterio. Y por esto él, que tan hondamente sintió a Lope de Vega, no llegó a penetrar en todo el trágico sentido de Calderón, el de “la vida es sueño”. Y es que temía que este sueño le quitase el sueño.

En todo su juicio sobre el siglo XIX español, el de la revolución liberal, se ve que D. Marcelino no logró penetrar en el fondo de él, no logró ver la agonía de una fe que se le antojaba sin heterodoxias apenas, no logró percatarse de todo lo que había, en que casi nin-

gún español medianamente culto creyese que fuera de la Iglesia no hay salvación, que el que se muere sin aceptar sus dogmas —ni aunque sean el de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma— se condene por ellos a penas eternas, ni pudiese creer en estas penas, y con ello ni en eternos goces. D. Marcelino no llegó a tocar el fondo de la tragedia espiritual nacional, nacida del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, y que fué, no que nuestras clases cultas burguesas hubiesen perdido la fe en la religión católica como freno de malas pasiones, por temor al castigo y amor al premio de ultratumba, que esto no es más que ética o acaso política y carece de grande y eterna importancia, sino que habían perdido la fe rigurosamente religiosa, la esperanza más bien, como consuelo del delito mayor del hombre, que es, según Calderón el de haber nacido. D. Marcelino no vió que la Iglesia católica española, la clerical, la de la Contra-Reforma, la jesuítica, se constituyó en policía, y no vió las desesperaciones a que conducía a los espíritus renacientes, reformados y revolucionados, la incertidumbre de su propio destino y de su vocación íntima. ¿Es que no vió toda la tragedia, por ejemplo, de aquel pobre don Benito Bails, matemático de fines del siglo XVIII, a quien se

le dió su casa por cárcel por haberse confesado "reo de vehementes dudas sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma?"

Empiezan ya a resucitarse juicios de D. Marcelino en su periodística "Historia de los Heterodoxos Españoles", y se parece querer proseguir en su incomprensión —¡y cuán comprensivo era en todo lo demás, y, sobre todo, en estética! —del último fondo de la revolución religiosa —que no fué otra cosa— de la España de los Borbones. No vió que la llamada Contra-Reforma, la española, llevaba en sí todo el jugo de la Reforma, la germánica y aun la ginebrina, contra que luchaba; no vió que la cruz de una cara es a la vez, la cara de una cruz. Y aun siguen sus continuadores sin atreverse a mirar ojos a ojos humanos a la Esfinge. Y siguen hasta contándole las últimas cerdas que le han salido en la bovina cola con que se sacude las moscas de Belzebú; siguen escudriñando los servicios que a la llamada "ciencia española" rinden éstos o aquellos eruditos y diligentes padres espirituales y teográficos; siguen sin querer comprender que la cruz no puede ser cetro de rey, y menos del rey de este mundo, sino símbolo de consolación dolorosa y acaso de esperanza desesperada; siguen sin querer darse cuenta de que la Policía —tal es la mo-

ral— es cosa del César, y que de Dios es la religión, el sueño del divino sueño con que nos sueña.

Volveremos, pues, a nuestro —¡y tan nuestro!— D. Marcelino y a sus voceros de hoy, ya que sus días de periodismo anti-periodístico han vuelto. Y aquí estamos, con estas hojas volantes, que son estos nuestros comentarios . . . periódicos.

LA SEGUIDA DE LOS SIGLOS

CUANDO se está uno recogido y acurrucado en el viejo hogar, que va apagándose, de los recuerdos olvidados, tiritando en siesta de imaginación, oye que de pronto se la cortan con un “¡Pero qué joven está usted, D. Miguel!”, y piensa que estar joven no es serlo. “Pero ese que así me la cortó, ¿quién es? ¿Cómo se llama? Ah, sí; su apellido empieza con pe; a ver: pa, pe, pi, po, pu, pla, pra, pri . . . ¿Pardo? ¿Prado? . . . No sale . . . ¿Dónde y cómo le conocí? ¿Me conoce él? ¿Quién es? Ah, sí; uno de esos mozos que van por ahí diciendo y rediciendo —¡son tan redichos!— que hemos dado un salto archisecular, que ésta es una España nueva, otra generación, otro siglo”.

Siglo, *séculum*, quería decir en su origen propiamente generación. Los siglos, *sécula*, que

se seguían eran las generaciones. Y ellas formaban una seguida, una cuerda continua, aunque formada de varias hebras que se cortaban. Mas como no todas en un punto, de aquí la continuidad secular y seglar. ¿O es que se rompía alguna vez la seguida? ¿Es que hay solución de continuidad histórica? ¿O es que los hombres representativos, los que dan nombre a una generación, a un siglo, se dan, como dicen por aquí en tierra salmantina los charros que se dan las desgracias, por ventregadas? Así lo proclaman esos que se entregan a la sociología. Pero la historia, que se ríe de tales casilleros, se calla a tal propósito.

El presente comentador, uno de esos a quienes nos encasillan en la generación del 98, tenía entonces, en 1898, cuando el desastre de Santiago de Cuba, en las postrimerías de la Regencia, treinta y cuatro años. ¿Qué edad tienen los de este siglo, los de esta generación que llamarán la de 1931 o la de la República? ¿Qué edad tienen estos que niegan la edad que fué?

“Empieza otra generación, otro siglo —nos dicen—, un siglo redondamente seglar y un siglo en que ya no cabe dormir”. ¡Con que nos quepa soñar! Porque nos dicen los sabihondos que durmiendo, en el sueño, reposa el corazón, aunque sueñe el seso. Pero hay pesadillas...

Y hay reposos de muerte, descansos en paz última, en terrible paz civil, cuando se rompe la seguida. Aunque si el grano no muere, no echa raíces, ni prende en tierra, ni se reproduce.

Ahora viene —¡vaya por Dios!— un siglo estrechamente seglar, secularizado, en el que se van a arrancar los últimos rastrojos de la que D. Marcelino llamó la democracia frailuna española, en el que vamos a entrar por el camino laico, esto es, lego, y pedagógico. Ahora vamos, o mejor, van ellos, a vulgarizar el arte y la ciencia seglares. Y sólo a algunos melancólicos soñadores al amor del fogón, que va apagándose, de los viejos recuerdos olvidados se les puede ocurrir que vulgarizar resulte avulgarar, achabacñar. ¡Es tan duro tener que resignarse a tener que salirse del siglo para volver al claustro materno de la tierra!

¡Pedagogía y demagogía! (Acentúese así, en la i, como en pedagogía, porque demagogia ha venido a querer decir muy otra cosa). ¡Pedagogía y demagogía! O como dijo aquel Joaquín Costa —¡también del 98?—: escuela y despensa. O también política escolar y política hidráulica. O como decían los otros: “¡Pan y catecismo!” A lo que algún seglar contestó con lo de “¡Carne y ciencia!” Política escolar y po-

lítica hidráulica, o dicho de otro modo: saltos de saber y saltos de agua.

¡Ah! Pero es que en la política hidráulica entran los saltos de agua, las cascadas; pero entran también los pantanos, los remansos de agua. Y junto a los saltos de saber, ¿es que no hay también remansos de saber? ¿Y, sobre todo, amparos de consuelo? Y esa pedagogía demagógica y seglar, ¿no va acaso a dejar que se quede en seco el gran remanso de nuestro tradicional consuelo?

Así, junto a los rescoldos de los viejos recuerdos olvidados, se abriga uno con nombres, con nombres que son almas de las cosas. Y el comentador se refugia en esta lengua maravillosa en que por profesión se recrea, en esta lengua que remansó Cervantes y que batieron con sus arabescos Góngora y con sus grecas Quevedo. Y en ella repite en arcaísmo: "Sanctificado sea el tu nombre". Porque esto de *el tu nombre* es un arcaísmo, como lo es lo de "venga a nos el tu reino", que hoy diríamos "que nos venga tu reino" . . . Pues todavía rezamos el padrenuestro en un romance de siglos, de generaciones atrás, en un romance no seglar, sino claustral.

Pero temo atollarme en una meditación que amaga hacérseme abismática. Acaso en nos-

otros los del 98 resucitaron los de 1836, como en estos de ahora los de 1868. ¿Resucitaremos en los de 1970? Que así se siguen las generaciones, se revezan los siglos y reviven en los nietos los abuelos.

DE LA RELIGION Y LA POLITICA

“NO hay que andarse con contemplaciones —me escribe el consabido lector de mis monodiálogos, después de haber leído mi contemplación del Diplodoco—; hay que obrar. Y para obrar, salirse del templo de las contemplaciones”. Y luego: “¡Hay que vivir!” Y yo, al leerlo, me he dicho que lo que hay que hacer es digerir lo vivido, asimilárselo, es pensar la vida, posar en la vida en la tras-vida, es pervivir. Hay que vivir, sin duda; pero no creamos que con vivezas políticas se labra una vivienda para siempre, que el vivo político no siempre suele ser un verdadero viviente.

Y me añade el consabido lector: “Menos religión y más política”. Que es como si dijese: “Menos cósmica y más política; menos Uni-

verso y más ciudad; menos templo y más oficina". Y me habla en el sentido más callejero y trivial —esto es, de plazuela o trivio— del misticismo. ¿Misticismo? La contemplación del Diplodoco, lejos de incapacitar para la acción, capacita aún más para ella. Pues nunca se obra con más eficacia política que cuando se va a forjar la leyenda, cuando se busca el poder para la gloria. Ejemplo: el cardenal Jiménez de Cisneros, que buscó la España de Dios para el Dios de España y del Universo todo.

Sí, ya sabemos que hay que vivir y para vivir hay que enterrar a los muertos —que no nos estorben nuestra vida con su podredumbre—; pero sabemos que este político y utilísimo oficio lo es de muertos que se creen vivos. Pues escrito está: "Dejad que los muertos entierren a sus muertos". Y que éstos pasen a la historia que pasa y no a la leyenda que queda. Sí, ya sabemos que hay que vivir en la ciudad; pero cada cual tiene su vocación y destino, y si la de otros es dictar decretos, organizar elecciones o tramar Constituciones, la de este comentador que monodialoga con su lector consabido es la de hurgar en la religiosidad latente española, que es piedad, hasta que se desperece y así se desemperece y despierte la que no esté despierta ya, y ésta se dé mejor cuenta

de sí misma y se reforme. Que estampen en el papel constitucional que no hay religión del Estado en España; pero el comentador sabe que hay religión nacional, y lo sabe porque siente el eco que entre sus compatriotas —no sin sorpresa suya en un principio— han encontrado sus pesquisas —y hasta inquisiciones— del sentimiento trágico de la vida, de la agonía del cristianismo, del misterio del Cristo de Velázquez.

Y como esta piedad, esta religiosidad, este sentimiento universal y eterno lo ha posado y reposado nuestro pueblo, un pueblo de Dios, en su lenguaje, he aquí por qué el comentador se entrega a escudriñar ese lenguaje y a desentrañarlo. Porque la política es espuma y la religión es poso, y en el poso está el reposo, y en la espuma la racha y el alboroto del día o del siglo que pasan. “La espumadera de los siglos”, tituló Roberto Robert —hoy ya olvidado— a un libro de gacetillas históricas, y el título es ya de por sí, lo que suele suceder a menudo, un hallazgo. Espumen, pues, otros, despabilando, para mejor hacerlo, las luces de la crítica —aunque ya con las bombillas eléctricas las despabiladeras “han pasado a la historia”—; espumen otros la actualidad secular —y seglar— que pasa, que el comentador se va a reposar al poso de eternidad y de potencia-

lidad que nos queda; se va a buscar el sello de nuestra fe en nuestro lenguaje.

En nuestro lenguaje, sí. Filología, o mejor onomatología —logología sería otra cosa— es teología. “Santificado sea tu nombre”. ¿Y hay mejor manera de santificar un nombre que estudiarlo, que contemplarlo hasta que se haga nuestro? Véase por qué buscamos en los nombres el esqueleto espiritual, la leyenda de las cosas nombradas. ¿La cosa en sí, que dijo Kant? No, sino el nombre en sí. “¡Dime tu nombre!”, le mendigaba Jacob al ángel, al divino mensajero, con quien estuvo luchando desde la puesta del sol hasta el rayar del alba.

Queremos en estos Comentarios, que aspiren —¡habráse visto atrevimiento!— a hacerse permanentes en cierto modo en el ánimo de sus lectores, mentar y comentar aquellos hechos —no menos sucesos— que estén haciendo nuestra España de Dios, que estén haciendo de Dios a nuestra España. Lo demás son gacetillas, aunque en forma de leyes vayan a parar a la “Gaceta”, saliendo de una Cámara que, como es inevitable y acaso útil en el sistema parlamentario, se compone de camarillas. Camarillas políticas, inevitables y acaso útiles, que no son, por supuesto, peores que los convertículos pseudo-religiosos, que no son peores que esas congre-

gaciones que tratan de usufructuar la piedad popular y laica. Pero esta piedad, que tiene que vivir en el siglo que pasa, que tiene que ser seglar, esto es, política, se nutre de lo que no pasa, se nutre de la contemplación de lo que se queda.

Y he aquí por qué, consabido lector de nuestro monodílogo, la contemplación de todo diplodoco, pirámide o leyenda revolucionaria, nos hace volver a la vida de la irrevocable actualidad, a la política, al deber civil, con nuevas fuerzas; nos hace volver a la espuma, corroborados con sales del poso; nos hace volver a la milicia, que es la vida del hombre sobre la tierra, con renovación de reposo.

COMO ha vuelto a hablarse de aquello de la impolítica retirada de los crucifijos de las escuelas nacionales y precisamente en el Parlamento y por parte del jefe de un partido político republicano, hoy de oposición al Gobierno, y como fuimos nosotros de los primeros que protestaron contra aquella impolítica y torpe medida, nos cumple volver a ello para poner ciertos puntos sobre ciertas íes.

A favor del estado de nerviosismo, y hasta de histeria que reina —¡esto sí que es reinar!— hoy en nuestra nación, se da por unos y por otros proporciones de categorías imperativas a menudencias que no pasan de anécdotas insignificativas. La manía de abultar las cosas está provocando estragos. Aspavientos de los de un lado y los del otro. A lo que contribuye no

poco esa desdichada ley de Defensa de la República con esas multas absurdas por no acatar liturgias. Habrá que esperar a que esa ley se deshaga en sucios jirones como se deshará aquel ridículo trapo que en el ministerio de Hacienda cubre la corona real que remata el bello escudo carolino de su fachada. ¡Qué bien decía Bernard Shaw que los iconoclastas son idólatras! Lo que cabe aplicar a los que con furor iconoclastico arrancaron, que no quitaron, los crucifijos de las escuelas. Que fueron pocos, muy pocos, poquísimos. Se tardaría poco en contarlos.

Porque, en efecto, cuando se dió aquella orden, no sabemos por presión de qué clase de idólatras, en la inmensa mayoría de las escuelas se cumplió sin ostentación y sin escándalo, y en muchas, en muchísimas, no se ha cumplido aún porque a los vecinos del pueblo, a los padres de los niños, no les interesa nada que se cumpla. En algunos lugares el escándalo provino de maestros serviles, serviles con el que manda, que cumplieron la orden sin discreción y con alarde de un laicismo que no es laicismo. Algunos de ellos eran de los que más y mejor se doblegaron a la dictadura pasada. En otros lugares el escándalo provino de maestros, y, sobre todo, maestras, que ejecutaron la

orden protestando contra ella, y hasta arengando a los niños para que celebraran una función de desagravio al pobre crucifijo expulsado de la escuela.

Y a propósito del laicismo de las escuelas nacionales conviene recordar cuál era la situación del maestro nacional al respecto de la enseñanza religiosa durante el que hemos dado en llamar el antiguo régimen. En los más de los lugares el cura se preocupaba poco del maestro y de cómo enseñara, porque ejercía su cura de almas con las menores preocupaciones posibles. Pero en otros lugares se dedicaba a querer dirigir al maestro y a tutelarlos cuando no a subyugarlos. Sabemos de párrocos que asistían a los exámenes para examinar a los niños de catecismo, amonestar públicamente al maestro por las deficiencias de la instrucción religiosa de los discípulos y añadir que otras nociones eran ociosas. Leer, escribir, las cuatro reglas de contar, y luego catecismo y más catecismo. Y prácticas de devoción en la escuela y llevar a los niños a misa los domingos. Por cierto que José María Gabriel y Galán, el poeta, que les llevaba así, por propio impulso, pues era católico practicante y fervoroso, dejó de hacerlo cuando el cura le denunció porque algunos domingos se iba a un pueblo cercano a

ver a sus padres. Cuando quisieron imponerle como obligación —que legalmente no lo era— lo que en él era devoción sincera, se rebeló. Y para que acabara aquella imposición pedagógica de los curas fué menester que un ministro de Instrucción pública —y fué un conservador— dictara una orden mandando que en los exámenes ante la Junta local preguntara sólo el maestro.

El que esto escribe, siendo rector de Universidad, antes de 1914, tuvo que decirle a un cura que se le fué a quejar de lo mal que, a su juicio, enseñaba el catecismo el maestro que fuese él, el cura, a la escuela, a ciertas horas o ciertos días, a suplir las deficiencias del maestro, lo que era, no ya su derecho, sino su deber, según la legislación de entonces. “El maestro no es teólogo —le dije—, y usted debe serlo: vaya, pues, a la escuela y enseñe religión al maestro y a los niños, ya que en la iglesia, según parece, no acierta a enseñarla”. Lo que había era que quería rebajar al maestro. Y trabajar él, por su parte, en su ministerio evangélico lo menos posible.

La separación de la Iglesia y el Estado y el nuevo régimen de laicismo en la enseñanza va a obligar al clero católico español a preocuparse de la instrucción religiosa de los hijos de los

fieles, menester que tenía descuidadísimo, dejándoselo a los pobres maestros para poder luego reprenderlos como a pasantes o monaguillos. Y con ello ganará la Iglesia. Porque los curas, para poder enseñar doctrina cristiana a los hijos de los fieles, tendrán que aprenderla. Que buena falta les hace. Mal, muy mal vivían los más de los curas de aldea; pero tampoco se ganaban esa pobre vida. Su misión pastoral, de enseñanza, la cumplían desastrosamente. El cura llamado de misa y olla era como el clero negro, o secular, de la Iglesia ortodoxa rusa, un aldeano más sin más instrucción evangélica que sus convecinos. Aunque en algún sermón despotricara contra Voltaire, Rousseau y el liberalismo.

La situación de prepotencia de que la Iglesia gozaba en España, respecto al Estado, le acostumbró a la relajación de sus deberes evangélicos, a preocuparse más de inspeccionar la enseñanza oficial que de organizar la propia, y sobre todo a descuidar su magisterio propio. Y ello se cifraba en lo del Catecismo del jesuita P. Astete: "Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia Católica que os sabrán responder". Y así cultivó el clero esa ignorancia, la de la fe implícita o del carbonero, y, cultivándola, se

hundió cada vez más en ella. Y los doctores se negaban a responder alegando que eran indiscretas las preguntas. Y mientras el clero secular —y aun el regular— se iba deslustrando y destruyendo, a pesar de la teología, el magisterio público se iba ilustrando e instruyendo, a pesar de su pedagogía. Y a la vez la respectiva posición económica, y con ello su prestigio, se invertía y trastrocaba.

VIENE uno . . . —aunque es ya vez de dejar este socorrido truco de estilo eufemístico y de volver al natural e ingenuo yo, al que dicen satánico . . . —, vengo bajo la impresión del alud de muchachos y muchachas que está cayendo sobre los centros de enseñanza a la espera de una futura República española de empleados públicos —no propiamente trabajadores—, y de bachilleres desde luego, y vengo de una región castellana que empieza a estar sacudida por el vendaval de la reforma agraria y donde el campo ceñudo espurría almas a las villas y ciudades. Y ello me ha hecho volver de nuevo a la visión de aquella vieja España a que queremos y creemos renovar. ¡Renovación nos dé Dios! De aquella vieja España de picardía y ascética —más que mística—, de pi-

carismo ascético y de ascetismo picaresco, de aquella España de clérigos y soldados hambro- nes, de frailes mendicantes y andariegos y de tercios que iban a poner pica en Flandes o a poblar las Américas. Mientras las incipien- tes industrias —tejedores, ferrones, curtido- res... — se arruinaban y se despoblaban los campos. Los cruzaban, camino a la ciudad uni- versitaria, estudiantes capigorriones de cuchara de palo en la gorra, mendigos de pan y de apa- rentar saber.

¿Es que a aquellos pícaros eclesiásticos o castrenses les llevaban al convento o al cuartel vocación religiosa o vocación belicosa? Nada de eso. Era un proceso económico que ilustra- rían más tarde Malthus y Carlos Marx, eran el ejército de reserva del proletariado de que hablaría éste, eran el excedente de población pobladora, los que no podían emparejar ni fun- dar hogares. El genio de la especie de que decía Schopenhauer, el que para propagarse ayunta varón y hembra, ese mismo genio se enfrena, se contiene —en cierto modo se cas- tra—, y a las veces llega a suicidios parciales. ¡En cuántas guerras el resorte íntimo, incon- ciente para los que le obedecen, no es más que una cura quirúrgica de la sobrepoblación! Y en este caso, tanto la recluta monástica —o ecle-

siástica en general— como la militar, no eran más que casos de leva malthusiana, de poda. Y luego la sangría a las Américas, a poblarlas de criollos y de mestizos. ¡Triste casta aquella de segundones! Los clérigos eran los verdaderos maestros del pueblo, los sucesores de los pedagogos de la decadencia romana, como aquél Dómine Cabra, “clérigo cervatana” del inmortal Quevedo —inmortal gracias a clérigos así—, y en cuanto a los pobres mercenarios de las armas, el ejército español fué siempre un ejército de indigentes, casi de mendigos, sin que apenas los llamados grandes de España lo comandaran, que aquí no hubo propiamente feudalismo ni muchos ricos hombres de muchos calderones, sino menesterosos soldados que por mezquino sueldo se iban a servir al rey.

Uno de éstos, Cervantes. Y en él nació el alma inmortal del pobre hidalgo lugareño, de Alonso Quijano el Bueno, el de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor, aquél cuyas tres partes de hacienda consumía una menguada dieta, ocioso lo más del año y soñando imperios. Todo menos un burgués, que en España no ha habido —por maldición del sino— verdadera burguesía. Para burgueses, aquellos orondos mercaderes de los Países Bajos que se nos presentan, satisfechos

de la vida, en los cuadros flamencos. ¿Pero en España?, ¡en España no! No tuvimos burguesía. No lo era aquella cuitada clase media que armó el tumulto de las Comunidades de Castilla. ¿Clase media? Pero ¿entre qué?

¿Y hoy? Hoy los que entonces se habrían recogido al claustro, a la colegiata, al beneficio canónico o al real del campamento, hoy asaltan la matrícula de la bachillería. Clérigos laicos y tercios paisanos. Siguen los tiempos. ¿Qué importa que no se alisten bajo la cruz o bajo la bandera, que no vistan sayal eclesiástico o uniforme militar? ¿Y a dónde si no se van a ir? La adusta tierra ni alimenta ni viste —ni entretiene y divierte, que es acaso peor— a ese sobrante de sus hijos. La industria en estas mesetas, en estas cuencas de los grandes ríos centrales, no puede medrar. Esta es la verdad verdadera. Y el cultivo del campo... Ah, dejémonos del señorío; los pequeños propietarios, casi pegujareros, los colonos, los arrendatarios huyen de una masa campesina sobre que sopla un viento no de locura, sino de insensatez, y pronto veremos una lucha como la de los kulakes moscovitas contra las comunidades agrarias. Digan lo que dijeren los señoritos comunistas. Masas que en ciertas regiones —menos en Castilla— no quieren tierra, sino harto jor-

nal y poco y flojo trabajo. Que ésta es la verdad verdadera, la verdad liberadora, la cruz de la verdad.

¿Que por qué me complazco en estas visiones trágicas? Es que ellas curan de ensueños que llevan a mayor tragedia. Es que ellas llevan a buscar el remedio en otros ideales que los de un arregosto de bienestar engañoso. Que si aquellos clérigos y aquellos soldados trataron de consagrar y santificar el instinto malthusiano que les llevaba al sacrificio con ideales de gloria celestial o terrenal, de fe cristiana o de honor caballeresco, que estos venideros empleados, funcionarios de Estado, se hagan un ideal de sacrificios, que no crean que la nueva España, la republicana, va a ser una próspera Jauja, que no se les antoje tomar en serio aquella candorosa declaración del artículo 45 de la Constitución de la República Española — “República democrática de trabajadores de toda clase”, ¿de toda clase, eh? — de que “asegurará a todo trabajador las condiciones necesarias de una existencia digna”. Digna ¿de qué? Que se forjen más bien una religión civil y laica sobre los eternos cimientos de la antigua religión cristiana y caballeresca. ¡Y a sobrevivir!

LO RELIGIOSO, LO IRRELIGIOSO Y LO ANTIRRELIGIOSO

SEGUIMOS percutiendo y auscultando el espíritu público español, que no es lo mismo que la opinión, pues la llamada opinión pública no siempre tiene limpia conciencia de su propio espíritu. El examen de conciencia colectiva, y más que colectiva, común, es más difícil aún que el examen de conciencia individual, y todos los confesores y curadores de almas saben cuán difícil es éste.

Seguimos percutiendo y auscultando a este espíritu público español, atacado hoy de hiperestesia, de histeria y hasta de epilepsia. Los más de los españoles con algo de conciencia común, de conciencia civil o política, ni saben lo que quieren y ni siquiera saben lo que no quieren. Muchas de las explosiones públicas

no son más que ataques epilépticos. Y en ellos, el público, o se muerde la lengua o irrumpe en gritos inarticulados, que no son otra cosa los más de los vivos y de los mueros. Nos basta volver la vista a las jornadas de las quemas de conventos.

Es indudable, a las quemas de conventos se unieron profesionales del motín, deportistas de la violencia; pero es no menos indudable que esa obra tuvo si un carácter económico, un carácter también religioso, o sea antirreligioso. No irreligioso. Porque toda protesta, pacífica o belicosa, contra una forma de religión, se hace movido por otra forma de religión. La irreligión, la verdadera irreligión, no protesta nunca, ni pacífica ni belicosamente. Se limita a ignorar la religión —y con ella a ignorar la religiosidad— y a encogerse de hombros ante ella. El ateo religioso, el que profesa la religión —que lo es— del ateísmo, cree en el anti-Dios. Cree tanto como el creyente en Dios. Todo acto antirreligioso, que es acto religioso, es acto de fe. Tan de fe es creer que hay Dios como lo es creer que no le hay. ¿Saberlo . . . decís? Sí, ya sé que dicen que saber no es creer, que saber es cosa de razón. Pero después de todo si fe es, según nos reza el Catecismo del P. As-tete, creer lo que no vimos, razón —razón re-

ligiosa— es creer lo que vemos. ¡Y qué terrible es la religiosidad racionalista!

“La religión es el opio del pueblo”, dicen que decía aquel terrible profeta, hoy canonizado y erigido en momia de idolatría, que fué Lenin. No sé si dijo “opio del pueblo” o si dijo “opio para el pueblo”; pero es igual. Opio para el pueblo, elaborado por el pueblo mismo. Y lo es toda religión, incluso, ¡claro está!, la religión de Lenin, el materialismo histórico de Carlos Marx —otro profeta canonizado—, elevado a religión bolchevista, con sus dogmas, su disciplina, su jerarquía y su liturgia. Y es que el pueblo apetece opio, porque le necesita. Uno u otro opio, el ruso ortodoxo, el católico, el nacionalista o el bolchevista. Necesita opio para calmar sus dolores y hasta su hambre; necesita opio para consolarse de haber nacido a esta vida pasajera. Y ese opio es creer en otra vida, o después de la muerte corporal o antes de ésta. ¿Qué es el comunismo si no fe en otra vida? O en otra sociedad, que es lo mismo. Opio es toda utopía, aunque se envuelva en cientifismo.

Es, pues, religión el bolchevismo ruso, y lo es el fajismo italiano, y lo es el socialnacionalismo tudesco, y lo es el americanismo, y lo es el sindicalismo anarquista, y empieza a serlo el

neorrepublicanismo español, que aún no sabe bien ni lo que quiere ni lo que no quiere. Y quema conventos para ver si a la luz de sus llamas ve salir el sol —hay quien enciende una candela para verlo nacer—, y no ve más que humo. Y todo es opio; opio para calmar los dolorosos retortijones del hambre espiritual, del hambre de personalidad —individual o colectiva—, del hambre de historicidad, del hambre de inmortalidad histórica. A los más de los quemadores de conventos les mueve el ansia de representar un papel en la tragedia de la Historia, de salir a escena aunque sea como coristas, y el que puede, de partiquino. “Estamos viviendo unos momentos históricos”, me decía un pobre mozalbete, atosigado de la peor literatura llamada proletaria. Literatura novelística, claro es.

¡Hambre de historicidad! ¡Hambre de celebridad! ¡Qué sentimiento tan divino! En unas oposiciones a escuelas de niños que se celebraban en Salamanca, un opositor, un maestrillo, explicaba en un ejercicio a unos niños el pasaje aquel del Catecismo en que el P. Astete nos dice que Dios hizo el mundo para su gloria, y al explicárselo les decía que Dios hizo el mundo para hacerse célebre. Y el juez del Tribunal de oposiciones que me lo contaba me decía rien-

do: "Ya ve usted, no sabía explicarse eso de que uno haga algo para su propia gloria como no sea para hacerse célebre, para ganar renombre". Y yo le contesté: "Pues se lo explica muy bien el pobre maestrillo que oposita para ganarse un sueldillo. ¿No reza usted todos los días "santificado sea el tu nombre?" Pues santificar el nombre de Dios —el nombre, fijese usted— es darle renombre, es celebrarlo, es hacerle célebre a Dios, a Dios, cuya gloria celebran los cielos". Y le hice comprender al pedagogo que la ingenua religiosidad del pobre —¡y tan pobre!— maestrillo no iba descaminada, que el maestrillo tenía conciencia histórica.

¿Y la gloria de la República española? O sea, ¿y la religiosidad civil española? Porque si ha de haber una verdadera unidad española, si España ha de ser una nación con una conciencia común, ha de ser sobre el cimiento de un sentimiento común de una misión del pueblo español. Y ahora nos falta averiguar, percutiendo y auscultando, si ese sentimiento se fragua bajo los ataques histéricos.

PRONUNCIAMIENTOS DE ANALFABETOS

CONVIENE dejar pasar los sucesos —lo que sucede, o pasa— para mejor contemplar los hechos, lo que se hace y queda. Tal con el último aborto de pronunciamiento militar. Y aquí se nos viene, por asociación verbal, a las mientes aquel cuento del gitano que al poner a prueba aquel burro del que afirmó que sabía leer, expuso: “lee, pero no pronuncia”. Al revés del burro del gitano, hay quienes “pronuncian”, pero no leen. O mejor, se pronuncian, pero no saben leer. Es que el fracaso de muchos pronunciamientos se debe a que los pronunciados son, en mayor o menor grado, analfabetos. No saben leer bien el libro de la Naturaleza, ni menos en el de la historia. Y no saben leer en el alma del pueblo. Toman una

opinión pública —la de su público—, y aún ésta mal leída, por opinión popular. Y, es que no creen en el pueblo. Y, es claro, con caudillos así no se hace política. Como tampoco guerra. Ni siquiera guerrilla para la que lo que hace falta, según Prim —que no lo creía, pues no era analfabeto— es lo que el otro llamó masculinidad.

¡Masculinidad! La mayor sorpresa del dictador másculo —o macho— de 1923 fué que no se le adhirieran desde luego algunos de los que más denunciaron los males del llamado entonces antiguo régimen, algunos de aquellos a quienes calificó después de autointelectuales. Y es que era imposible que se le adhirieran al leer junto a la “masculinidad” lo de “los de nuestra profesión y casta”. Con gente de casta, y como de tal casta, ¡ni a la gloria! Y esto no lo vió Primo por un profesional analfabetismo suyo, porque no había aprendido a leer en la sociedad que rodeaba al islote de su peña.

“Con militares nada, ¡ni la República!” —solía decir Pi y Margall mientras Ruiz Zorrilla persistía en el error. Y al fin se ha visto que la República no la han traído pronunciamientos militares. ¿Que han preparado su advenimiento? Dejemos esto por ahora, que aún no es tiempo de proclamar a todos los vientos

lo que casi todos nos cuchicheamos. No un pronunciamiento, sino el modo torpe de reprimirlo preparó en parte —y sólo en parte y no grande— aquel advenimiento. “¿República pretoriana? —solíamos decir algunos—; mejor monarquía civil”. Pero como el caso era que la monarquía había roto con la civilidad, con la democracia liberal, que no podía ya, ni aunque lo hubiese querido —que no lo quiso—, civilizarse, ni los pretorianos podían sostenerla ni podían derribarla. La lucha de clases, por otra parte, no dejaba lugar a la lucha de castas. El hablar de “los de nuestra profesión y casta” era un ataque a la civilidad y a la civilización. En la casta se trasparentaba el analfabetismo de los promotores de pronunciamientos. A un pueblo que empieza a saber leer no se le rige con corazonadas, como las de Martínez Campos, el de Sagunto.

Acaso en el último suceso —incidente— de Sevilla los analfabetos de mayor o menor graduación —de analfabetismo, se entiende— que lo prepararon se creerían que republicanos muy sinceramente tales, pero descontentos de la conducta del Gobierno, habrían de acabar por ponerse, más pronto o más tarde, al lado de los pronunciados si éstos no se proponían restaurar la monarquía imposible. Es que no saben leer.

Y menos los que son escritores públicos, aunque no populares. Aparte de que agranden lo del descontento, no saben leerlo. Ni en qué estriba.

Somos fatales las gentes de letras cuando no oímos por debajo de éstas las palabras. Y a propósito de esto de letra y de palabra, dejad que en digresión —aunque regresiva— os digamos que cada vez que oímos hablar— y es frase favorita de pretorianos— de “palabra de honor” nos preguntamos si es que hay otra palabra, otra que no sea de honor. Y al pensar que un hombre puede tener dos clases de palabra, una de honor y otra sin él —la famosa restricción mental jesuística— venimos a dar en que su palabra de honor lo es de un honor de palabra, no más que de palabra. Y en el mal sentido de este soberano término.

Otra lección nos ha repetido el suceso último, y es que así como los obispos de levita son más perniciosos a la causa nacional que los de sotana y mitra y báculo, y toda clase de legos seculares que se meten a clericalizar, así también no hay peor enemigo de la civilidad de un pueblo que el pretoriano honorario —de aquel honor de que os decíamos— el señorito de complemento que con frecuencia suele ser algo entre cazador y torero. ¡Cosa fatídica un

civil condecorado militarmente, un civil de casino militar! De casino, no de cuartel. Es algo así como un laico de sacristía. Y este señorito de complemento, deportista, suele ser profundamente analfabeto. Y analfabeto por desuso. Y le hemos oído a uno de éstos, a un doctor de escopeta y perro, analfabeto por desuso —el doctor, no el perro—, después de sostener que la cultura no depende en absoluto del alfabetismo —lo cual es muy cierto— agregar que en su región aumenta el número de los que saben leer y escribir. Y añadió: “porque, como el burro del gitano, leen, pero no “prenuncian”. Y sin poder contenernos le replicamos: “Qué, ¿le han dado a usted alguna coz?” “¡Más de una!” —nos contestó el señorito—. “Pues eso es porque usted —le dijimos—, que cree saber pronunciar, ha olvidado saber leer”. Y le añadimos otras consideraciones que le pusieron de mal humor. Y luego fué a una de esas vitrinas o escaparates de casino —peceras las llaman— en que tales señoritos hacen ostentación de holgura en holganza.

ENTRE AQUILES Y EL CID

EN el poema homérico se nos cuenta de cómo Ulises, en su odisea, bajó al reino soterráneo de los muertos, de las sombras de los que habían de veras vivido, y de cómo evocó la de Aquiles. Y al presentársele, el héroe le saludó como a rey de los muertos, a lo que éste le respondió que es mejor que ser rey de los muertos ser lo peor que puede serse en el reino de los vivientes. Y que lo peor que puede a uno caberle en suerte en el reino de los vivientes es ser criado de amo labrador pobre. Amo de labranza pobre, diremos que es igual que amo pobre de labranza. Lo peor en esta tierra es ser labriego a servicio y sueldo de labrador. De pobre pegujalero que necesita brazos de alquiler, de pequeño propietario, de arrendatario o colono que tiene que empeñarse para pagar

la renta. Y ésta ha sido la tragedia en las mesetas centrales de este reino —ahora república, y es igual— de los pobres vivientes españoles. Cuya suerte no sabemos si envidiará la sombra del Cid Campeador, el que iba por la cuenca del Duero reclutando desesperados para que saliesen de miseria y lacería con el botín arrancado a los moros de las ricas huertas de Valencia.

Lo que nos hemos acordado de las palabras de Aquiles y de otras del Cid ahora en que ingenuos creyentes en la virtud de una reforma agraria —de una cualquiera— parecen esperar que ésta corregirá una . . . llamémosla injusticia de la Suerte. O del Destino. Porque hay en esta pobre, pobrísima tierra de nuestros vivientes algo peor que ser criado de amo de labranza pobre, y es, dejando de ser criado, jornalero, pretender sacar harina de las peñas, que a lo más sirven para muelas con que se muele el centeno. Por lo que se comprende que muchos de esos pobres vivientes quieran no tierra sino jornal, y el más alto posible. De la tierra saben ellos que se saca para darles el jornal; pero saben también que ellos, los pobres jornaleros, no podrían sacar de ella, por sí mismos, el jornal que sus pobres amos les tienen que dar, aun a costa de agotar sus reservas y arruinarse.

¿Que hay tierras ricas? ¿Que hay, por lo tanto, amos ricos de tierra? Sin duda, y aquí viene lo de los grandes terratenientes, lo de los latifundarios, envuelto ya en fábula y en leyenda. Y aquí cudraría decir algo de la famosa ley de la renta, del famoso economista Ricardo, que fueron él y Malthus los principales inspiradores de la doctrina teórica del socialismo de Carlos Marx. Y después decir algo de cómo en una comunidad económicamente solidarizada esa renta natural que rinden a quienes las trabajan esas tierras más ricas tendría que ir a sostener decorosamente a los que se condenan o los han condenado a trabajar las tierras que no pueden mantener a sus trabajadores. Suprimid los grandes terratenientes; confiscad o expropiar sus tierras a los grandes señores, y llegad a la distribución de sus rentas entre todos los trabajadores de la tierra, y entonces veréis cara a cara la realidad y lo que son las desigualdades naturales de los hombres y de las tierras. Y entonces veréis cómo nuestro Aquiles, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, el de la áspera y enjuta cuenta del Duero, veía claro el trágico problema cuando llevaba a los pobres pecheros castellanos a que viviesen de la presa arrancada a la renta natural de los ricos moros huertanos de Valencia.

Luego aquellas altas tierras del Duero, y las del Tajo, y las del Guadiana, se despoblaron en gran parte, pues iban los descendientes de los mesnaderos del Conqueridor a conquista en Flandes, en Italia, en las Américas. Para que luego sus más remotos descendientes, los más cerca de nosotros, los de nuestros tiempos, sin Valencias, ni Países Bajos, ni Italias, ni Américas que conquistar, se pusiesen a talar los montes donde medraban ganados, los de aquellos rabadanes de casta celtibérica que por cañadas y cordeles de la Mesta guiaban sus rebaños desde las navas de Extremadura hasta las montañas de Asturias y León, y vuelta a volver. Talaron los montes para romper páramos, porque los pobres se propagaban de manera abrumadora, y la vida pastoril no tolera tanta propagación. Las vacas, las ovejas, las cabras y hasta las conejas se comen a los hombres que han de comer de ellas. Y cuando les sustituyen los hombres se comen éstos los unos a los otros, y vienen luchas, no de clases —¡qué clases ni qué ocho cuartos!—, sino de oficios —labradores, de Caín, y pastores, de Abel—, de gremios, de regiones, de lugares o términos municipales y de asociaciones, sindicatos y clientelas proletarias entre sí. Que todo es por la prole, y proletarios todos.

Dice el versillo 28 del capítulo I del Génesis bíblico que "los bendijo Dios y díjoles Dios: creced y multiplicaros, y enchid la tierra y sojuzgarla, y señoread en los peces de la mar, y en la aves de los cielos, y en todos las bestias 'que se mueven sobre la tierra'. Y al crecer y multiplicarse y henchir España, los españoles no pudieron ya señorear lo debido a los peces y a las aves, y a las bestias, y entraron en lucha —y no de clases, otra vez— unos contra otros. Y cegados por la ilusión engañosa de la renta jurídica, personal, del tributo que había que pagar al amo, no vieron la renta natural, real, la preminencia de la tierra rica sobre la tierra pobre, de la huerta sobre el páramo, ni vieron el tributo que hay que rendir a la suerte, que suele ser muerte. Y los pobres criados de ambos labradores pobres, empeñados, a los que envidiaba el rey de los amos muertos, Aquiles, creyeron que podrían mejorar de suerte acabando de arruinar a sus pobres amos para igualarse todos en pobreza. Que es a lo que lleva la tragedia de la prole.

Y tendrán que sentir, para luego comprender, ante el pavoroso problema de la distribución, no de riqueza, no de renta, sino de población, de prole, que no está el remedio en arruinar a los dueños de tierras pobres sino en

empobrecer a los trabajadores de tierras ricas, dueños o no de ellas, para que no vivan de hambre —que es peor que morir de ella— los que se propagan en tierras pobres. Y si resucitase el Cid y predicase una nueva cruzada —¡lo que tapa la cruz!— para ir a medrar del botín de los naturalmente ricos, de los que heredaron y trabajan tierras ricas, tampoco lograría hoy mucho; pero le llamarían de seguro comunista y echaríanle en cara que propugnaba la tiranía del Estado, sostén del crédito. Que el Estado —monárquico o republicano—, Providencia civil, tiene a las veces que empobrecer a prorrato a los ciudadanos para poder subsistir él en su unidad integral. Y que las reformas —de forma— de casi nada sirven sin refundiciones —de fondo— que pongan a un pueblo de cara a su fundamental destino. Y que el peso de la refundición agraria recaería al cabo sobre las regiones a que se cree que la reforma afecta menos. Y que entre los “trabajadores de todas clases” que somos constitucionalmente los españoles, los hay de varias clases, en efecto, como las tierras y según ellas. No en el sentido mítico que el término clase ha cobrado en el socorrido tópico de la “lucha de clases” del marxismo, que tan proletarios son los llamados burgueses como los otros, sino en el sentido rigurosamente histórico y natural a la vez.

S O B R E E L D I V O R C I O

CUANDO me disponía a comentar bien lo que me escribió el amigo Mourlane respecto al Dios de mi tierra, y con ello mi lema de Dios, Patria y Ley —Dios sobre todo—, bien las pintorescas incidencias de la proclamación del Estatuto gallego, con su característico regodeo de quejumbre y el inevitable mito de la esclavitud céltica, he aquí que se me atraviesa un tema intercurrente, debido a una de esas que llaman encuestas y propiamente deberían llamarse enquestas, o, mejor, enquisas. Gusto muy poco de ellas. No me place ser enquestado o enquisado, y menos ser entrevistado o entreparlado. No sé por qué a los que por mal de nuestros pecados o por nuestra buena suerte, hemos llegado a cierta notoriedad pública se nos ha de requerir para que opinemos, y a tenazón, de lo que se

presente de moda. Y en este caso se me ha querido inquirir lo que del divorcio me parezca, y si creo que deba o no establecerse en España.

Es esa cuestión del divorcio una de las cuestiones interesantísimas que no han logrado nunca interesarme. No me interesa familiarmente, pues no se ha presentado el problema ni en mi propia familia ni en aquellas que me son, por más conocidas, más queridas. No me interesa literaria o estéticamente, como tesis de comedias, o de cuentos, o novelas, porque ni me siento Alejandro Dumas, hijo, ni Linares Rivas, hijo también, ni me creo con dotes para hacer literatura de divorcio a base de divorcios literarios. Tampoco me interesa jurídicamente, porque, no siendo yo ni siquiera licenciado en Derecho, carezco de clientela de bufete de abogado, en que se me podría presentar el caso. Pero puesto que, por lo visto, éste se quiere poner de moda y podría uno venir a dar en legislador, no he de rehuir el exponer unas ligerísimas consideraciones sobre el divorcio.

Todo este pequeño toletole de la necesidad de implantar el divorcio en España me parece que obedece más que a ansias de los malmariados, a una especie de sentimiento anticatólico o, si se quiere, anticlerical, respecto al ma-

rimonio. Es éste, en efecto, para la Iglesia católica, canónicamente, un sacramento indisoluble, aunque parece ser que en estos últimos tiempos esa indisolubilidad ha aflojado mucho, y son bastantes los matrimonios canónicos que se disuelven por sugerencias más o menos napoleónicas o económicas. El Estado, por su parte, tiende a civilizar el matrimonio, a hacerlo un contrato meramente civil, sin reconocer efectos civiles al sacramento meramente canónico y no registrado civilmente. De un lado, pues, la canonización sacramental del contrato civil, y de otro, la civilización contractual del sacramento canónico.

Para la Iglesia, el matrimonio puramente civil entre fieles no pasa de ser un concubinato, y para el Estado un mero sacramento no tiene, sin más, efectos civiles. Lo mismo que un reo puede ser absuelto en el sacramento de la penitencia, y hasta ser canonizado, sin que por eso se le libre de la pena, y acaso de una ejecución capital. Y esto de la civilización o la canonización es tal, que hoy, en España, un ordenado "in sacris", un sacerdote católico, no puede casarse civilmente, y aun cuando el celibato eclesiástico no es propiamente de derecho canónico. Ni se puede civilizar a las barraganas.

Aparte de los efectos civiles, el cuidado de los hijos cuando los haya, el mantenimiento, la herencia, etc., hay el aspecto que podríamos llamar social, o, mejor, ético, y es cómo han de ser recibidos en sociedad y qué estimación pública se ha de otorgar a los divorciados y vueltos a casar. Mas esto no depende de legislación, y hoy la sociedad, hasta la más gazona, no usa de melindres a este respecto. Es más: se ha hecho en ciertos países de tan buen tono el divorcio, que hay ya quienes se casan para divorciarse. El divorcio da un cierto picante a una nueva aventura matrimonial. Esto es muy cinematográfico.

Claro está que éstas son cosas de lo que llamamos burguesía y de la aristocracia. El que se llama por antonomasia pueblo no se preocupa apenas del divorcio. Es problema que al verdadero proletario, al que tiene que cuidar de su prole, no se le suele presentar. Y es que en el proletario, en el obrero, la igualdad de los sexos es mayor. Ténganse en cuenta las familias obreras en que la mujer es más sostén de ellas que el marido. Hay obreros parados que comen a cuenta de la mujer y que, en vez de obreros en paro, son maridos en parada. Marido u hombre. "¡Es mi hombre!" —bella expresión—. A la que responde: "¡Es mi mujer!" "Mi mujer", y no

mi esposa o mi señora, denominaciones pedantescas. Y pedantesca también "mi compañera", de los que quieren dar a entender que ni canonizaron ni civilizaron su matrimonio. ¡Pero en punto a denominaciones estilísticas! . . . Con decir que aún hace poco he leído a un escritor que muy en serio le llamaba a su padre "el autor de mis días . . ."

CACIQUISMO, FULANISMO Y OTROS "ISMOS"

EN mayo de 1901 contribuí con un escrito a la información que, dirigida por Joaquín Costa, abrió la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Madrid sobre "Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España; urgencia y modo de cambiarla". De los sesenta y cuatro contribuyentes a ella —entre los que figuraban D. Antonio Maura, Pi y Margall, Ramón y Cajal, Azcárate y otros así— sólo dos, mi amiga la Pardo Bazán y yo, tratamos de representar al caciquismo como la forma más natural de gobierno popular en España, "la única forma de gobierno posible, dado nuestro íntimo estado social", dije entonces "El cacique —añadí— es la ley viva, personificada; es algo que se ve y se toca y a quien se siente;

la ley, cosa abstracta y escrita". "No es el mal el cacique en sí; el mal es como el cacique sea". Y escribí también —¡hace treinta años!—: "lo que ocurre es que el instrumento con que los hombres hacen hombres son las ideas, y que sin hombres no hacen ideas las ideas".

Dos años después, en abril de 1903, publiqué mi "Sobre el fulanismo", que figura en el tomo IV de mis *Ensayos*. Y en él remaché mi tesis personalista. Las personas y no las cosas —contra Marx— son las que hacen la Historia. Un hombre, un hombre entero y verdadero, es una idea mucho más rica que lo que llamamos una idea. Y ésta tiene peores contradicciones íntimas que las que pueda tener un hombre. Los más grandes y más fecundos movimientos históricos, empezando por el cristianismo, llevan apelativo personal. Hegelianismo quiere decir algo; idealismo absoluto, muy poco o nada. Marxismo es algo; socialismo, casi nada. No he entendido el transformismo hasta que no estudié el darwinismo. ¿Revoluciones de ideales? Rousseau engendró en la Revolución francesa a Napoleón I, y Dostoyeysqui —más que Marx— engendró en la revolución rusa a Lenin. Y en cuanto al jacobinismo y al bolchevismo se me escapan por su falta de personalidad. Donde no asgo una persona no retengo un ideal.

Por esto me parece que estuvo acertado Sánchez Guerra en Córdoba al presentar como bandera su nombre, como programa sus actos y como promesa la de cumplir con su deber y esto aunque se rechacen su bandera, su programa y su promesa. Y por esto me parece que en la actual campaña electoral no se hace sino confundirle al pueblo con eso de la derecha liberal republicana, del partido republicano liberal demócrata, el radical, el republicano radical socialista, el de acción republicana, el de al servicio de la República, el federal, el socialista . . . y todos los otros, más o menos extravagantes. ¿Qué entiende de eso el pueblo?

El hecho es que en estos años de dictadura se han traducido no pocas ideas políticas, pero no se ha traducido, que yo sepa, un solo hombre; se han formado acaso opiniones; pero ¿cuántas personas se han formado? Y así nos presentamos a un pueblo profundamente personalista o fulanista, que no entiende de abstracciones ideológicas, sino de concreciones psicológicas. Los más de nuestros lugares se hallan divididos en dos partidos: el de los antiequistas, que siguen a Zeda, y el de los antizedistas, que siguen a Equis, y todos son antis, y todos son fulanistas. Y en el fondo todos son adictos. ¿Ahora republicanos? Topé con un tío cazurro

que me dijo que era republicano antirrepublicanista, y admiré su castizo ingenio barroco.

Y a este pueblo así, en busca de nuevos caciques —el anticaciquismo es siempre caciquista —se le presenta una lechigada de candidatos desconocidos que van a ver si hacen su personalidad en las Constituyentes caniculares. ¡Lo que tendrán que sudarla! Después de las próximas elecciones tendremos que erigir un monumento en forma de urna al elector desconocido.

Y menos mal los que, como D. José Sánchez Guerra, pueden presentarse como banderas o símbolos de lo que sea; lo peor es los que tienen que esbozar un programa. ¡Un programa! Nunca lo he podido hacer ni para la asignatura que explico, y eso que es reglamentario; me he limitado a copiar el índice de cualquier libro de texto. ¡Programa! ¡Asignatura! Son, después de “pluscuamperfecto”, las palabras más feas que hay en castellano. Y bien decía Carlos Marx que el que traza programas para el porvenir es un reaccionario. Y como no se pueden trazar para el pasado . . . Ya que en este caso serían metagramas y pásese me el voquible.

¡Cuántos partidos van a surgir de las Constituyentes? El Diablo lo sabe. Y sólo Dios, los hombres, las personas, que van a surgir o resurgir, que van a nacer o a renacer —resu-

citar— en ellas. Y entre tanto ya hay quienes están pensando en la persona a la que van a enterrar o a enjaular en la Presidencia de la República española. Yo, para entre mí, y por seguir moda, tengo dos candidatos, uno, si se tratase de entierro, y otro, si se tratase de enjaule; pero, ¡claro está!, me los reservo y callo, pues no quiero pasar por malicioso.

¿Y cuántos partidos van a hundirse en las próximas Cortes? Alguno hay que teme llegar a constituir mayoría en ellas; le teme a la responsabilidad del Poder no compartido con otro partido; le teme acaso a su propio programa. Que es lo que sucede cuando éste, el programa, es un índice de soluciones en vez de ser una metodología.

Y ahora, lector desconocido —tan heroico y respetable, pues que me aguantas, como el elector desconocido, como mi elector desconocido—, voy a formarme candidato en una campaña electorera más bien que electoral. De la que espero salir ganándome; ganándome a mí mismo, que no es igual que ganar un acta de diputado constituyente. Y si me pierdo, no si pierdo la elección, sino si me pierdo, ya sé lo que me espera. Dios me libre.

AHORA en que por ciertos políticos se pretende aunar la acción llamada agraria con la llamada católica —lo económico con lo religioso— conviene volver a leer lo que hace ya cerca de un siglo, en mayo de 1835, escribía Mariano José de Larra (“Figaro”) en su artículo: “El hombre-globo”. En el que trató de hombres sólidos, líquidos y gaseosos. Llamaba hombre sólido a “ese hombre compacto, recogido, obtuso que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana”, y tras de motejarle de “hombre-raíz” y “hombre-patata”, hacía de él una descripción que parece remedo de la que La Bruyère hizo del campesino francés, apegado al terruño. “En religión, en política, en todo —escribía Larra— no ve más que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará...; es

la costra del mundo . . . , es la base de la humanidad, del edificio social", y luego que "de esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto, en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él". "No raciocina, no obra, sino sirve. . . ; es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo". No prevía "Fígaro" que este pueblo de los campos llegase a leer y a saber lo que de él se dice, y a menos que se soliviantáse. "Alguna vez—decía—se levanta y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto". Y a evitar un terremoto de estos acuden los sedicentes agrarios—"agarrarios" les llaman en México—acuden a calmar al pagano, al hombre del pago, con bisma católica.

Veía Larra junto al hombre-sólido el hombre-líquido, la clase media que "serpentea de continuo encima del "hombre-sólido", y le moja, le gasta, le corroe, le arrastra, le vuelve, le ahoga". Y si el hombre-sólido provoca terremotos, el líquido avenidas. "En momentos de revolución. . . se amontona, sale de su cauce, y, como el torrente que arrastra los árboles y piedras, lo trastorna todo, aumentando su propia fuerza con las masas de "hombre-sólido" que lleva consigo". Y luego "Fígaro" se desahogaba contra la clase media—la suya—, que va "siempre

murmurando" y que "si se alza momentáneamente, vuelve a caer". Y acababa, con un mesianismo muy a la española, pidiendo el hombre providencial, el caudillo; "si hay un "hombre-globo", que salga, y le daremos las gracias", y "si no le hay lastimoso es decirlo, pero aparejemos el "paracaidas". ¿Presentía a Mendizábal, terror de los "agrarios" de entonces? Pero Mendizábal, el hombre-globo de la desamortización, se les desinfló y el mismo Larra hubo de apoyar el opúsculo que contra aquel escribió José de Espronceda, el poeta, y en que, refiriéndose a la venta de los bienes nacionales, decía que el Gobierno "pensó. . . que con dividir las posesiones en pequeñas partes evitaría un monopolio de los ricos, proporcionando esta ventaja a los pobres, sin ocurrírsele que los ricos podrían comprar tantas partes que compusiesen una posesión cuantiosa". Prosa muy cabal ésta del poeta romántico.

"En religión, en política", el hombre sólido de Larra, el labriego, "no ve más que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará". Así hace un siglo. ¿Y hoy? En religión, el hombre del pago, el pagano, sigue viviendo debajo de la historia, debajo del tiempo humano, sin más relojes que el sol y la estrellada, haciendo del almanaque el juicio del año, teniendo en vez de

recuerdos memorias y en vez de esperanzas aguardes. Los hombres líquidos—más como la tinta que como el agua—se preguntan si los hombres de la tierra creen. ¿Creen?, ¿no creen? ¿Y qué es creer? ¿Abrigan dudas? (¡Y qué frase esta de “abrigar dudas”!) ¿Creen en otra vida? La otra vida para ellos es esta misma. Y los hay que se dicen aquello de: “Cada vez que considero—que me tengo que morir—, tiendo la capa en el suelo—y no me harto de dormir”. De dormir sin soñar.

¿Terremoto? ¿Revolución campesina? Pronto volvería la tierra a su asiento. Nada más conservador que su espíritu. Pero no, ¡claro agrarios, de los terratenientes, de los señores. agrarios, de los terratenientes de los señores. ¿Y cual es la religión honda, arraigada, de ese hombre sólido, de ese hombre tierra, y cuál el hilo del laberinto religioso de que no sabe salir? Es que ni piensa en salir de él. ¿Laberinto? Sí, ma en que duerme sin soñar apenas. Sin darse cuenta de ello profesa el quietismo, mejor sería llamarla “nadismo”, de aquel recio aragonés que fué Miguel de Molinos, y que en el último tercio del siglo XVII conquistó con él a la burguesía de Roma. La muchedumbre inmensa que llaman pueblo”, la de nuestros campos, vive “la vida negada” que decía Molinos, la que “ni co-

noce si es viva o muerte, si perdida o ganada, si consiente o resiste, porque a nada puede hacer reflexión" que "ésta es la vida resignada y la verdadera". Y así es como "lega al sumo bien, a nuestro primer origen y suma paz, que es la nada", y se sepulta "en esta miseria". "Yo te aseguro—aseguraba el aragonés—que siendo tu de esta manera la nada, sea el Señor el todo en tu alma". ¡Soberano consuelo para "los que viven por sus manos"—así cantó el coplero—sobre la tierra!

"¿Asistiremos a un terremoto de los "nádistas"? De todos modos, la religión de los sedicentes agrarios no es la más adecuada para hacer que el hombre sólido se resigne. Y si se eleva el hombre-globo. . .

OBSERVAMOS, no sin complacencia, por de contado, que empieza a desconfiarse de eso de la cordialidad y a sustituirlo por serenidad. La cordialidad, como todo lo que dice el corazón, es muy peligrosa para entenderse y enterarse —hacerse enteros— los hombres. Cierto es que, como decía Pascal y lo hemos repetido muchos, más o menos pascalianos el corazón tiene sus razones; pero las razones del corazón, sobre todo las del corazón de la turba, suelen ser razones turbias y turbulentas. Con esas razones no se razona, no se “enrahona” bien. Y el corazón, además, y esto es lo peor, suele gustar andarse por encrucijadas y callejuelas y pasillos, en penumbras, y valerse de artes de seducción que huyen de la serenidad.

¡Serenidad! Sereno (“serenus”) es lo pro-

pio de la tarde, la "sera", cuando es clara. En tierras de Castilla, en tierras de Salamanca al menos, las gentes del pueblo se reúnen a convivir, a conversar, a enterarse unas con otras, en las tardes serenas, cuando empiezan a nacer las estrellas, y a esa reunión se le llama "serano". Y en las villas, cuando el velador nocturno da las horas a los acostados, les saluda acaso con un "¡Ave María Purísima!"; pero de ordinario al número de la hora añade un... "...y sereno" si el tiempo, si el cielo lo está. Y sabe el acostado que si asomase a la ventana y reconstándose en su alféizar mirase al cielo, vería sin nubes la estrellada, vería la verdad del mundo infinito, que de día, aunque esté sin nubes, encubre y tapa el sol, corazón turbulento de nuestro pequeño mundo. Ya dijo el poeta que ese cielo azul que todos vemos "ni es cielo ni es azul". Aunque esto no sea más que una salida tropológica. Pero para serenidad de noche, cuando se abre la inmensidad, cuando se abre el cielo, cuya visión le sobrecogía a Kant como la visión de su propia conciencia.

En Flandes, los veladores nocturnos, los serenos, lanzaban desde lo alto de una torre, a bocina, el "alles is stil"! todo está tranquilo, que es, en otro sentido, nuestro "¡... y sereno!" Y en ese mismo Flandes, cuando empezaba a

luchar contra el poder de nuestros Habsburgos, de los Austrias de España, en tiempo de aquél Carlos Quinto de Alemania, Primero de España, el nieto de nuestros Reyes Católicos, el que encarnó en Gante para empezar a vivir en Yuste, en aquel Flandes se celebró, y en Gante, un "landjuweel" en 1539, un concurso de "moralidades", y fué el mismo Carlos Quinto quien propuso el tema tradicional: "¿Cuál es el mayor consuelo para un moribundo?" ("Twelken mensch stervende den meest troost es?" en flamenco). Fué tal el escándalo de las respuestas—luteranizantes—, que se prohibió la lectura en la representación.

"¿Cuál es el mayor consuelo para un hombre moribundo?" El tema de Carlos Quinto decía "hombre"—"meusech"—; pero lo mismo cabe añadir pueblo. Aunque no se trata, ¡claro está!, de muerte física o material. El que hablaba de consuelo para un hombre moribundo—"mensch stervende"—, creía al hombre inmortal. Y aún más inmortal que un hombre—si es que cabe más y menos en inmortalidad— es un pueblo, es una nación. ¿Y cuál es el mayor consuelo para un hombre, para un pueblo agonizando, es decir, luchando por su inmortalidad? ¿Cuál es el mayor consuelo para un pueblo que en un momento de su historia,

de su vida, siente que se le muere una forma de esa vida, siente que se tiene que transformar si ha de seguir viviendo su inmortalidad histórica? El mayor consuelo es morir—o, mejor, transitar—al sereno, contemplando el cielo eterno de las estrellas. Su consuelo no ha de hallarlo en las turbulencias del corazón, no ha de hallarlo en una engañosa cordialidad, sino en la serenidad de la visión histórica, sin nubes, ni brumas, ni nebulosidades.

Y las peores nubes son las que más empañan la claridad del cielo de la historia, las que más enturbian—con pasiones de turba—la serenidad, son las nubes definitivas. Queremos decir las de definición. Porque nada más turbio que las definiciones, sobre todo las jurídicas, las políticas y las teológicas. Apenas si se salvan las definiciones geométricas o matemáticas y las logométricas o gramaticales. Y aún... ¿Pero las otras?, ¿las juristas? Qué de nebulosidades —y definitivas— en los conceptos de soberanía, autonomía, federación, delegación... y tantos más. A las veces se puede aclararlos algo logométricamente, por análisis lingüístico, ¡más aún así...! ¡Porque ha entrado tanta cordialidad turbia y turbulenta en la serenidad del lenguaje racional! ¡Tienen tantas resonancias emotivas las palabras...! ¡Sobre todo cuando

se hacen motes! ¡Y cuando sirven a intereses de partidos y de particularismos!

A lo partido—y a un partido—se opone lo entero. Y esto de entero viene del latín “integrum”. Lo entero es lo íntegro; la “enteridad”—y con ello la entereza—es la integridad. Y aquí entra lo de integral e integralidad. Lo integral es lo interizo, lo no partido; es también lo indiferenciado. Enterarse es integrarse, es completarse. Y cuando uno pierde su integridad, su enteridad y se le restituye la parte que perdió, se le reintegra, se le integra. Que también se dice, con otro derivado, que se le “entrega”. Y es curioso que habiendo derivados populares, romanceados, de “integrum”, en castellano, en portugués, en francés, en italiano, apenas si le hay en catalán. Porque, en rigor, en catalán “enter” es un castellanismo. La voz propiamente catalana es “sencer” (o, mejor acaso: “sencé”). Pero la concepción radical es otra. Porque “entero” es una cosa y dice relación a integración, y “sencer”, sincero, es otra, y dice relación a pureza. Hasta cabría sostener que la sinceridad—que tira a conservar lo diferencial—se opone a la enteridad, a la integridad con otros. Y basta por hoy.

Tendremos que volver a esto, a considerar que el consuelo de perderse, de morir como pe-

queño todo "sincero", puro, para renacer en una integración, en una enteridad superior, en un todo entero, el consuelo de tener que inmolarse la sinceridad diferencial, particular, para hallarse más radical y hondamente uno mismo —mismo con otros—, ese consuelo estriba en la serenidad de contemplarse en el cielo estrellado y sin nubes de la historia universal. Al nosotros del "nos-otros solos" no le queda más que el pobre anejo del "otros". Y el otro, en rigor de sentido espiritual, aunque se quede sincero, puro, no es entero. La consolación de la muerte de la sinceridad, de la diferencialidad, de la pureza, que es "avara pobreza"—ya lo dijo Dante—, está en la serenidad con que se afronta, haciéndole callarse al corazón, una muerte que es puerta de inmortalidad. Y es amor lo que nos dicta este consejo.

LA VOCACION Y EL DESTINO

DE este comentario sobre la vocación y el destino podría decirse que es un comentario perpetuo, por encima de actualidad, aunque sugerido por ella. . . ¡La vocación y el destino! Los dos goznes de la tragedia religiosa y a la vez económica—de religiosidad a lo humano y de economía a lo divino—de nuestro pueblo, sobre todo en su clase media.

La vocación. De “vocare”, llamar, es aquella profesión—más bien misión—a que el Señor nos llama en esta vida del mundo. Pero hay quien no oye la llamada y hay quien oyéndola no le hace caso. Y hay que forzarle de ordinario con móviles económicos. ¿Qué son esas Asociaciones, generalmente de señoras, para el fomento de las vocaciones religiosas? ¿Como se ha solido atraer al seminario o al claustro a los

jovencitos, casi niños, que no se sentían por dentro llamados a ellos? ¿Quién ignora que las más de las órdenes llamadas religiosas se han nutrido por una especie de recluta malthusiana?

Un pobre padre, generalmete aldeano, cargado de hijos, no sabe cómo colocarlos, y cuando llega el otro padre, el padre monástico, sin hijos de la carne, que recorre los pueblos echando al lazo de la recluta, le entrega uno de sus hijos como podría haberle echado al torno de la Inclusa. Una boca menos que llenar. Y el pobre niño se ve sometido a una educación reclusiva, se le sugiere una vocación, y luego, cuando al llegar a la edad de propia conciencia, despierta el hombre natural en él, se encuentra con que ya no le cabe revocación. Su destino es ya de hecho irrevocable. ¡Y qué tragedias en esta irrevocabilidad!

Esa vocación, que debe serlo de sacrificio, se encuentra enredada en el otro gozne: el destino. Esa vocación no determina el destino, sino que es determinada por éste. ¡Y terrible término este de destino! En su significación general, el Destino es el Hado, es la Fatalidad, es el Sino, es aquel sino que arrastró al Don Alvaro de nuestra casticísima tragedia romántica. Pero luego, en el uso corriente y vulgar de

nuestro lenguaje callejero, el destino ha tomado otra significación no menos trágica; es el dechado de la triste tragedilla cotidiana de nuestra clase media. Tener que vivir y que mantener una prole con un destinillo de tres o cuatro mil pesetas en Hacienda, en Gobernación o en Trabajo. ¡Un destinillo en trabajo! Y ésta es la tragedia cotidiana del funcionario, del cagatintas, del empleadillo, como la de la vocación es la del fraile o la del pobre cura de misa y olla.

Si la vocación se ve rebajada por el destino, éste en cambio, el destino, rara vez se ve realizado por la vocación. ¿Es que pueden sentir vocación por su destino los más de los pobres funcionarios predestinados? ¡Y tan predestinados! Basta observar en las oposiciones o concursos a plazas o destinillos de mal pasar lo que es la pre-destinación de nuestra proletaria clase media. De donde resulta que a los de la vocación, a los irrevocables, y a los del destino, a los pre-destinados, les abarca una común pordiosería. Tan mendicantes, tan pordioseras, como las órdenes monásticas así llamadas lo son las corporaciones civiles de funcionarios proletarios.

En el fondo, un problema religioso-económico, un problema de cómo ha de propagarse mejor este agónico linaje humano que quiere

salvarse en este mundo y para el otro. "Criar hijos para el cielo", que dice el Catecismo. Las órdenes monásticas han obedecido a un resorte económico. Había que limitar el crecimiento de la población; había que dar empleo a aquella parte de ella que no podría formar familia; había que hacer algo con las solteras y los solteros forzosos. Y hoy en los países en que no hay vocaciones monásticas —y aun en éstos— esa parte de la sociedad irrevocablemente predestinada a la infecundidad va a caer en un trágico abismo de prostitución de ambos sexos, cuya difusión aterra.

En mi obra sobre "La agonía del cristianismo" he tratado de inquirir algo que se toca con este conflicto trágico entre la vocación y el destino; la vocación, por ejemplo de padre espiritual y el destino del padre carnal.

Y después de todo, ¿qué ha sido aquí, en nuestra República española de hoy, el último episodio de lo que se ha llamado la cuestión religiosa? Religiosa apenas, ni del un lado ni del otro. Ha sido una lucha de los pre-destinados, de los funcionarios laicos, de los proletarios del destinillo, de los padres carnales de muchos hijos, contra los de vocación forzosa —pre-destinados también—, contra los irrevocables hermanos y padres "espirituales" (¡¡); una lucha de

la burocracia contra la clerecía. Una burocracia sin vocación y una clerecía sin destino. Ya Carlos Marx decía, creo que a propósito del "Kulturkampf", que el anti-clericalismo representa una lucha entre abogados y clérigos en que apenas se interesaba. Y es que es una lucha entre la irrevocable predestinación civil y la predestinada irrevocabilidad eclesiástica. Los dos negocios.

Y ahora deberíamos volver la atención a nuestra castiza literatura picaresca con sus lazarillos, sus pordioseros, sus juglares, sus bulderos, sus cléricos andariegos, sus cazurros, sus frailes, sus españoles de antaño redivivos ⁿogaño. Y es que la historia se continúa.

EL "POR DIOS" Y EL "ADIÓS"

¡QUE descanso —me decía a mí mismo— el de desentrañar palabras! Imaginábame lo como un juego de niño que destripa un muñeco para ver lo que tiene dentro y a las veces llora cuando no saca más que serrín. Pero... ¿descanso? No, sino nuevo cansancio. Y nueva cuita. Así, en un diario poético que llevaba allá, en Hendaya, durante mi destierro fronterizo, encuentro anotado, con fecha de 6 de enero de 1930, esto: "Niño viejo, a mi juguete—al romance castellano— me di a sacarle lastripas—por mejor matar mis años—. Mas de pronto, estremecióse, —y se me arredró la mano—, pues temblorosas entrañas —vertían sonoro llanto.—Con el hueso de la lengua,—de la tradición, badajo—"miserere", ave María—tañían en bronce sacro.—Martirio del

pensamiento,—tirar palabras a garfio,—juguete de niño viejo,—¡lenguaje de hueso trágico!” Y después, vuelto ya del destierro, y a las veces enterrado y aterrado en mi patria restituida —y aún no constituida—, ¡cuántas he vuelto por vía de descanso a ese juego del desentrañamiento de palabras buscando extrañarme de los hombres! En vano, pues, encontraba a éstos, y lo más íntimo, lo más hondo, lo más entrañado de ellos, en esas palabras que más que hechas por hombres fueron ellas, las palabras las que les hicieron. Que en el principio fué el Verbo, la Palabra, que después encarnó en Hombre, y es el nombre el que le hace al hombre.

Se nos ha dicho a los españoles, y yo lo he repetido muchas veces, que somos el pueblo que más abusa del santo nombre de Dios. Cosa que crispera los nervios a esos puritanos ingleses —que aun quedan— que evitan pronunciarlo. Y, sin embargo, se dice que la palabra “bigot”, francesa e inglesa, que vale por gazmoño, beato, santurrón, y también fanático, es de origen inglés y deriva de la frase “by God”, por Dios. Como nuestro pardiez de la expresión francesa “par Dieu”. Mientras entre nosotros el “por Dios” ha dado lugar a esas casticísimas y tan reveladoras palabras de por-

diosear, pordioseo, pordiosero y pordiosería, palabras que destilan amargura de siglos, palabras que vierten quejumbroso llanto. Junto a pordiosero, mendigo apenas si quiere decir cosa que valga.

Y de si “por Dios” hemos hecho esos derivados, en cambio de “a Dios” —que solemos escribir, quitándole su fuerza, adiós— no hemos hecho ni adiosear, ni adioseo, ni adiosero, ni adiosería. El “por Dios” del pordioseo es una demanda, es una súplica, y el “a Dios” suele ser un despido, las más de las veces un rechazo. Cuando a otro se le dice adiós es que se le manda a paseo. La contestación, sin embargo, a la demanda de “una limosna por el amor de Dios” no suele ser “a Dios, hermano”, o sea “a Dios os encomiendo”, sino “¡perdone, hermano!” Otra manera de quitárselo uno de encima. Y esa palabra “limosna” que desde el griego vino rodando a nuestros romances, y que es de la misma raíz de la que usamos en la jaculatoria litúrgica de: “¡Kyrie, eleison!” y “¡Christe, eleison!” ¡Ten compasión de nosotros, Señor! “Adiosear” podría ser el modo de despedirle, remitiéndole a Dios, al que nos pordiosea. “Pordiosero, pordiosero,—Dios nos tenga de su mano:—Satán inventó el dinero,—¡a Dios y perdone, hermano!” ¡Por qué se me ha

ocurrido esta despiadada cuarteta? ¿Por qué me acongoja tanto este pordioseo español?

¡Dios, Dios! Esta es una de las contadísimas palabras que en nuestro romance derivan del nominativo y no del acusativo latino, como es lo corriente. Y ¿por qué? Lo más verosímil es que se deba a que la palabra 'Deus', Dios, en nominativo, entraba como sujeto en muchedumbre de frases consagradas, como "Dios nos valga", "Dios nos asista", "Dios le ampare", etc., etc. Y, sobre todo, en todas aquellas en que tratamos de descargar nos en Dios. Y Dios, teológicamente, no es objeto, sino sujeto, es el Sujeto por excelencia, no el término de la acción, sino el principio de ella, o mejor, la acción misma. O el acto puro.

Y pensando, por camino lingüístico, en este Acto Puro y en nuestra impura actualidad, venía a oír el llanto que brotaba de los temblorosas entrañas de ese "por Dios" que rueda a través de nuestros siglos de mendiguez. "¡Por Dios, por Dios, hermano!" Y otras veces el "a Dios" que dirigían a su patria, al desterrarse de ella, los pobres que iban a buscarse la vida en extrañas tierras. Pobres, sí; pero no pobres de solemnidad. Porque los pobres de solemnidad se quedaban aquí, en su patria, pordioseando solemnemente.

¿Conoce el lector expresión más terrible que esa de "pobre de solemnidad"? Sí, esos pobres que sirven en las solemnidades para que los personajes hagan ostentación de su caridad litúrgica.

¡Ah, y cómo me acuerdo de aquel solemne pobre de oficio que se nos arrimaba embozado en un fantasmático silencio y retirando las manos para mejor pordiosearnos con la húmeda mirada de su menester!

Quería consolarme del triste espectáculo que ofrecen nuestras calles, de la visión de la lacería pordiosera, refugiándome en la tarea de mi oficio; pero los hombres se me venían con las palabras y lloraban en éstas. Lloraba nuestro lenguaje; gemía mi romance castellano. Por Tí, Dios mío, ¿cuándo nos dejarás dar el último "a Dios", el último a Ti, a nuestras miserias?

DEFINICION DEL JABALI

V OY, en efecto, a definir al jabalí, que es el modo de defenderlo. Pues merced a una frase de José Ortega y Gasset tomó cuerpo en nuestras Constituyentes, y después, en la opinión pública del país, un calificativo psicológico, y es el de jabalí junto a los de tenor y payaso. Y como suele suceder en tales casos, algunos de los que se creen aludidos han tomado el remoquete a honra, y lo han adoptado. Y vamos al jabalí.

La palabra "jabalí" es adjetivo arábigo que vale como salvaje, bravío o montaraz, aplicado al puerco. Le distingue del doméstico o casero, que se hace en cierta manera urbano y hasta civil, dando en pocilga. A pesar de lo cual, suele comerse crudos a los niños tiernecitos, como los descuiden sus padres, y lo hace acaso

en pre-represalia de que esos padres se lo coman a él.

La braveza y aún bravura del jabalí es proverbial y épica, pues que Homero nos lo describe destrozando los sembrados, asolándolos, cuando irrumpe en ellos desde las brañas y los matorrales de su guarida montesa. Y es también proverbial y también épica su singularidad, el hecho de que obre solo y solitario, señero. Pues el puerco jabalí o bravío no se da como el doméstico en piaras. Su distintivo es la singularidad, la individualidad. Como que es por esto por lo que en francés se le llama "sanglier", del latín "singularius", o sea, en nuestro romance castellano, "señero". La característica, por lo tanto, del homérico jabalí es la singularidad. Y es curioso que esta voz: singularidad — "singularitatem" — haya dado en bable la voz "señardá" — que en castellano habría sido, de haberse desarrollado, "señeridad", o mejor "señeredad" —, que equivale en sentido a la "morriña", gallega, a la "saudade" portuguesa, a la "soledad" andaluza, a la "enyoranca" catalana — de que hicimos "añoranza" —, al "iñor" valenciano y a la voz bachillesca nostalgia. El jabalí, el puerco montaraz y señero, siente soledades, morriña o añoranza del monte, de la braña, del breñal donde crió su singularidad

bravía. Es un bravo individualista que defiende a colmilladas su singularidad, y no se pliega a dejarse domesticar, a dejarse civilizar.

¿Que no se concibe una piara de jabalíes, una manada de solitarios? Así lo hemos dicho; pero... Ahí están las Cartujas. Y, en rigor, monasterio no quiere decir otra cosa que un convento —una convención— de “monachos”, de monjes, de solitarios, de jabalíes religiosos hozando en las sementeras de la creencia. Por lo demás, lo malo es hacer el jabalí sin serlo, lo que sucede a menudo tanto en los conventos como en las sectas y los partidos. El verdadero jabalí espiritual es el acabado hereje, de la ortodoxia y de la heterodoxia, como aquel aragonés Miguel Servet, que decía que el ánimo de los españoles es “inquietus et magna molliens”, inquieto y que resuelve grandes cosas, soñando grandezas.

Y si se pregunta si es el español individualista o socialista se hace una pregunta tan vacía como la de preguntar si otro es egoísta, pues que el individuo que mejor afirma su yo, su “ego”, es el que mejor afirma la sociedad de que participa, ni hay nada más universal que lo individual. Y así, al dirigirnos al supremo Yo, al infinito y eterno, a Dios, en la oración dominical, no le tratamos de Vos, en plural,

como a las potestades terrenales sino de Tú singular y señero.

El español de tipo medio castizo, es gracias a Tí, Dios nuestro, bastante y acaso harto jabalinesco. Hasta al someterse lo hace anárquicamente. Y tiene del jabalí una cualidad —¿y calidad?— que señala muy bien el Baedeker de España al decir que el español suele ser “pointilleux et ombrageux”, quisquilloso —o puntillioso— y receloso. La puntillosidad, tan bien retratada en el pundonor de los celosos maridos calderonianos, cuyos celos no son más que envidia —¡aquí de Quevedo!—, y la recelosidad son hijas de nuestra singularidad, de nuestra señeridad jabalinesca y montaraz, precivil. ¿Incivil?

La civilización y la civilidad exigen piaras, manadas. Algo más que monasterios. Pero... Si la manada, si la piara ha de propagarse sin dejar de serlo, los jabalíes tienen que dejar de ser jabalíes. (Véase mi libro sobre “La agonía del cristianismo”.) Se les han de caer los colmillos. Que el verraco no es propiamente jabalí, sino muy otro. Don Juan no es la carne de Don Quijote. Pero ambos señeros.

El jabalí no se rinde a disciplina; no es discípulo más que del monte, y su escuela es el breñal. El jabalí ha de ser un dechado legen-

dario para consolar de su domesticidad, de su civilidad, al puerco casero, productor de lomo, jamón, chorizo y morcilla. ¿Qué sería da la pía-
ra si alguna vez no oyese el gruñido del jabali
señero? ¿Qué sería de ortodoxos y heterodoxos
sin herejes? Si todos los animales fueran do-
mésticos y no hubiera tampoco hombres salva-
jes, es de temer que la civilización humana
—conventual y convencional— se ahogase en
podre. Sin jabalies acabaríamos todos en pa-
yazos y tenores. Y el jabalí, si no lleva compa-
ñía, suele llevarse acompañamiento. ¡Y para
soledad la de un acompañamiento que no ha-
ce compañía! ¡Señero y solo entre acompañan-
tes, sin un solo compañero!

Y ahora tengo que declarar que no se me
oculta —¡qué va!— que cuando mi buen amigo,
compañero y colega José Ortega y Gasset for-
jó el afortunado calificativo y clasificativo psi-
cológico de jabalí no lo apuntó, ni mucho me-
nos, en el sentido que yo aquí. Referíase a
otra calidad y a otra clase. Y, por otra parte,
que hacer el jabalí, lo repito, no es serlo sino
una forma de payasada y su gruñido modo de
gorgorito de tenor. Y que es fácil distinguir
al jabalí genuino, espontáneo y natural del con-
trahecho, forzado y artificial.

En resolución, ¡suerte fatal la de tener que
civilizarse!

ASCENSION Y ASUNCION

¡BIENAVENTURADOS los que nunca se han sentido en contradicción consigo mismos! ¿Bienaventurados? ¡No! Que no cabe bienaventuranza en el reino del limbo. Ni vive vida, verdadera vida humana —acaso más que humana— quien no lleva en sí todo un pueblo en perpetua guerra civil. ¿Pues qué le da a uno empuje para contradecir eficazmente a un adversario sino sentir las razones de este adversario mejor aún que él las siente? Esto el que lleva en sí a los dos adversarios, al que él en el momento representa y al otro. ¡Lleva uno en sí tantos! . . . Y fracasados. Lleva en sí todos los posibles que fué dejando en las bifurcaciones y encrucijadas de su camino, cuando tuvo que tomar una senda renunciando a todas las demás. “Ah, sí entonces yo! . . .”, se dice.

Pero hay que atenerse no a aquel entonces sino a este ahora. Que al punto pasa a ser entonces. ¿Y no te duele, lector, que venga otro a hacerte, medrosa y comedidamente, objeciones que te haces tú a tí mismo osada y descomedidamente? Algún día tengo que escribir el apólogo del lobo que llora al tener que devorar a una oveja de que está enamorado, y al llorar se siente ovejizado. Mas, a pesar de todo, no, no hay bienaventuranza en no sentirse en contradicción consigo mismo, en no sentir dentro de sí la guerra civil de la muchedumbre que le hace a uno. Ese bienaventurado sería un simple no un entero; un puro yo, un individuo en el sentido más literal, un indiviso; mas: un indivisible, un átomo. un... nadie. Un puro consecuente.

Un día un sedicente tradicionalista me dijo: "El que no cree en la otra vida, la de ultratumba, no cree en España". Y yo, sin responderle —¿para qué?— me pensé: "¿Y qué es creer en la otra vida? ¿Qué es creer en España? ¿Qué es creer? ¿Y si uno no cree ni en sí mismo? ¿Ni en sus ideas? ¿Suyas? ¿Son nuestras o nosotros de ellas? ¿Autonomía? Nadie se da la ley a sí mismo..." Y volví a mi lucha, que es mi creencia. Creer es luchar. Pero esta lucha, esta automaquia, ¡cómo cansa! Y para mantener la

guerra hace falta en ella, dentro de ella, paz. ¡Paz, sosiego, descanso! Sueño para alimentar la vida. Y unidad, que es paz, para mantener la diversidad, que es vida. Y esa paz, esa unidad, esa concordia consigo mismo, esa tregua de la propia contradicción, ¿dónde hallarla? ¿Dónde? En la naturaleza, en el campo.

Horas divinas en que la cumbre de una montaña rocosa, al pie de un aliso, junto a un arroyo claro, en medio del páramo, en un rincón de costa, sobre la madre tierra y bajo el padre cielo se encuentra uno, uno y unido, y hasta único. Y se sienten uno todos los que uno es. Se siente uno hijo, hijo del mismo cielo y de la misma tierra, y todos los que uno es se sienten hermanos, y se siente uno hermandad y unidad. Y descansa. Y mirando uno al cielo azul, sin nubes, nuestro divino espejo, lo ve desempañado del vaho de lágrimas que de ordinario le empaña. Y lo mismo da que sea en cumbre de sierra que en recodo de soto de valle, que en medio de páramo, que en rincón de costa, pues todos los paisajes, como todos los lenguajes, son apaciguadores y hermosos. He gustado todos los paisajes de nuestra España, como he gustado sus lenguajes todos; he soñado el páramo palentino en la cumbre de Gredos y he soñado la cumbre en el páramo; la

mar, tierra adentro, y tierra adentro, la mar. Y he compadecido al hombre simple que no vive fuera de su escondrijo. De aquel escondrijo donde se esconde de sí mismo.

Hace unos días, buscando unas horas de paz, de sosiego, de unidad de mí mismo, pasé por la ciudad de Segovia, la de aquella arpa de piedra del acueducto —es expresión consagrada ya— en que tañen los siglos sus recuerdos de eternidad. Pasé porque el destino de todo luchador —sobre todo del automáquico— es, pasar. Entramos, todos los que soy, más un amigo que nos acompañaba, en el santuario de la Virgen de la Fuencisla, y nos detuvimos ante aquella reja que ofrendaron los del gremio de cardar y apartar; un momento volaron sobre nosotros recuerdos de los Comuneros, y otros más remotos, de Enrique de Trastámara, y salimos, y por la alameda nos acercamos al Eresma y a su frescura natural. Y recordé otra tarde en que, a orillas del Bidasoa, estuve viendo temblar en el agua, en reflejo, un chopo, y con dos temblores: el que la brisa le daba a las hojas y el que les daba el rizo de la corriente del río. Encima del Eresma se algaba grabada en el cielo, la ciudad de Segovia. ¿Se alzaba? ¿Era una ascensión? ¿No era más bien una asunción?

Ascensión es la del que asciende, la del que sube por su propia virtud, tal en la mitología cristiana la del cuerpo resucitado del Cristo al cielo. “Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, se alzó y una nube le recibió de sus ojos”. (“Hechos de los Apóstoles”, I, 9). ¿Se alzó o fué alzado? No está claro. En cambio cuando se trata de su madre, de la Virgen María, la creencia popular —aunque no dogmática— es que su cuerpo fué asumido por el cielo, que el cielo se lo asumió, y por eso se le llama Asunción. ¿Cabe distinguir bien una ascensión de una asunción? ¿Cabe reconocer cuando uno asciende y cuando es asumido? ¿Cabe separar la acción de la pasión? Y viniendo a estas nuestras gloriosas ciudades españolas, naturales y nacionales, talladas en roca de nuestras sierras o amasadas con barro cocido de nuestra tierra, ¿cabe distinguir si ascienden al cielo o es que el cielo se las asume? ¿Queréis decirme si Ávila de Teresa de Jesús puja al cielo, o el cielo la tira a sí? Estas ciudades, que cuando viene el peregrino, o siquiera el turista—peregrino del arte—no las ve hasta que está al pie de ellas, y de pronto se yerguen, ascensionales o asuncionales. Y se yerguen diciendo paz, sosiego, unidad. Y lo dicen con sus recuerdos de lucha. ¡Y cómo nos hablan

de la entrañada y entrañable comunidad natural humana esas ciudades de los comuneros nacionales!

Para la paz interior de uno, para su unidad, para el concierto, en tregua, de la muchedumbre que en uno pelea, sumersión en la tierra y en el agua y en el cielo comunes de España, pero . . . ¡Son los otros, son los otros, los que no son uno . . . ! Y alejándose uno de la muchedumbre de fuera, de los otros, de su sociedad, para encontrarlos más íntimamente en la soledad dentro de sí mismo, sale, sube al campo. ¿Asciende o es asumido por él? ¿Ascendía uno al cielo de España o era asumido por este cielo? ¿Pujaba uno a la España celestial, común, o era atraído por ella? ¿Ascendía en libre alberdrío o era asumida en gracia?

En todo caso descanso de paz, de unidad, de comunidad. Para poder volver luego a forjarse y refregarse en guerra civil íntima. ¡Y esta si que es disciplina! Disciplina de disciplinazos. De los que uno se los aplica encerrado en la gran celda de la asunción nacional; celda de soledad.

A.—Pues veo, amigo mío, que no le preocupa a usted mucho ese malestar creciente. ¿No cree que estamos expuestos a graves conflictos?

B.—No creo que el malestar sea creciente. Y en todo caso lo peor no es un malestar que es un malestado, lo peor es el mal-ser. Usted sabe la diferencia que va de ser a estar, de ser malo o ser borracho a estar malo o estar borracho. La esencia es lo grave, no el estado. Y en cuanto a ese malestar se cura con paciencia. . . con un "¡alto!", esto es: "¡tente!"

A.—No, no, no; hay que obrar con energía. Hace falta más energía para contemporizar que para precipitarse. ¿Es usted padre?

A.—Desgraciadamente, no, señor.

B.—Los niños, sobre todo los niños mima-

dos, suelen despertarse a las veces con una cierta tensión nerviosa a que tienen que dar escape. Necesitan llorar, pero en vez de llorar bienamente, porque sí, porque se lo pide el cuerpo, inventan un pretexto. Piden una cosa a sabiendas de que no se la darán, y si se la dan, piden otra, y al cabo la luna. Y como no se la dan rompen a llorar. No arman la llorera porque no se les haya dado la luna, sino porque el cuerpo les pide la llorera. Pero se pasa la rabieta y todo vuelve a su cauce. ¿O es que cree usted que hay niño que tenga ganas de luna? ¿Verdaderas ganas de verdadera luna?

A.—Como no sea lunático . . .

B.—O histérico. Que las más de las veces no es sino mimado. O dicho de este modo, mal educado. Y si sirviera decirle: "allí tienes la luna: cógela!" Mas no sirve.

A.—Pero bueno, aparte de esto; ¿no observa usted en éstos y aquéllos, en los de acá y en los de allá, en los de un bando y en los otros bandos una nerviosidad, un malestar, un desasosiego peligrosos?

B.—¿Y no cree usted, amigo mío, que hay quienes juegan al malestar? ¿No cree usted que hay no poco de deporte? ¿No cree usted que, sobre todo después de la tragedia de la Gran Guerra, se ha formado en todo el mun-

do una especie de imaginación catastrófica, y que hay mucha, muchísima gente, que asiste a la historia que vivimos como si fuese una película emocionante? ¿No ha oído usted alguna vez esta frase fatídica: “¡Es un asco! ¡Aquí no pasa nada!” Piden hule. Y la paz les aburre.

A.—¿Y no le recuerda a usted, amigo mío, esto lo del *panem et circenses* de los romanos, nuestro: pan y toros?

B.—¿Y si viera usted lo bien que está poner el *toros*, el *circenses*, los gladiadores del circo, la diversión trágica, sangrienta, junto al pan! Porque tan de primera necesidad como el comer es para un pueblo divertirse, y divertirse a su manera. Usted sabe los motines que se arman en los villorrios cuando se les prohíbe una capea. La cultura de un pueblo se conoce más que por su modo de producción por su modo de consumo. Hay un consumo de diversiones también.

A.—¿Quiere usted decirme que un pueblo que consume diversiones trágicas, cruentas, es inculto?

B.—¿Ni mucho menos! La tragedia es una necesidad popular. Y no sólo la tragedia representada, teatral, sino la otra. Y tengo para mí que es esta hambre de tragedia la que ha llevado a nuestro pueblo tantas veces a la gue-

rra civil, de la que aquel Romero Alpuente —¡qué castizo!— dijo que era un don del cielo. Necesitamos reñir unos con otros. Por lo cual creo que en vez de estar discutiendo ocho, diez veinte horas, para venirse a las manos sería mejor en muchos casos empezar por la refriega manual y resolver luego el pleito en un cuarto de hora. . .

A.—Y acaso resultaría que estaban de acuerdo. . .

B.—¡Pues claro! Y si viera usted, amigo, aparte de la gimnasia lo que ayuda una refriega así a conocerse. . .

A.—¿A conocerse. . . cómo? Cada uno a sí o uno al otro?

B.—Nadie se conoce a sí mismo si no conoce al otro. Sólo a través de los otros se conoce uno a sí. Porque lo de replegarse uno en sí mismo, como un cartujo, en la sociedad, y vivir en perpetuo examen de conciencia es el modo de olvidarse de sí mismo, de vaciarse de sí mismo, de despegarse del propio ser.

A.—¡Y esa sí que ha de ser tragedia! . .

B.—Hay otra peor, y es la que podríamos llamar autofobia, el terror a sí mismo. El temor a la responsabilidad de sí mismo. ¿Y no cree usted, amigo, que ese malestar de que hablábamos, ese estado de imaginación catastrófica, no

obedece en gran parte al anhelo de escaparse de sí mismo, al terror de encararse con el propio vacío? La mayor parte de ese malestar procede de falta de lo que se llama vida interior. Y sobre todo de no saber hacer de la vida exterior vida interior, de no saber apropiarse, ensimismarse la historia. ¡Qué pocos viven, lo que se llama vivir, la vida pública! ¡Qué pocos viven el papel que en ella les toca llenar! A lo sumo algún desesperado. . .

A.—Querrá usted decir algún pesimista. . .

B.—No hablemos de eso porque ya las gentes llaman pesimista, como llaman escéptico, a cualquier cosa. Hace falta una gran disciplina mental —que no es, ¡claro está!, disciplina de partido— para interiorizarse, mejor, para intimarse la vida pública, para hacerse conciencia propia individual la historia en que nos piensa Dios. . .

A.—De modo que el mal. . .

B.—Tiene raíces religiosas. O irreligiosas, que es igual. Y aquí entre nosotros, la que llamamos crisis es una crisis de fe, y de fe religiosa. El español medio ya no sabe para qué ha de vivir como español. Y es que no sabe para qué es España. Mas como esto nos llevaría muy lejos, y acaso a abismos tenebrosos, vámonos allá, a ver si hay hule. . .

DESDE la cama, lector. Postrado en ella por una de esas que llaman indisposiciones, a ratos pesadas. Es lo que se dice estar malucho. Y qué tierno diminutivo éste de malucho, casi vasco, diminutivo de malo, enfermo, no de malo moral. Se está, no se es malucho. Y estas indisposiciones suelen ser convalecencias, en que se ve las cosas a una nueva luz y como de alba. La mía, mi indisposición, lector, es una convalecencia de las últimas sesiones de la Cámara. ¡Cámara! ¡Qué nombre!

Y aquí, en el lecho, no recibiendo del mundo exterior más que ruidos de la calle. El fragor de esta estrepitosa Gran Vía. Vocerío de pregoneros de periódicos, bocinas de "autos", barullo de camiones. ¿Y eso es la calle? Y el hombre de ella, de la calle, ¿qué es? No

ciertamente el del hogar. El otro día en la Cámara dijo un diputado que hablaba en nombre del hombre de la calle, queriendo acaso hacer de la Cámara una Cámara de la calle. Y Pérez de Ayala, que estaba a mi lado, me dijo: "No de la mía". A lo que yo: "Toda calle tiene dos aceras". Y además el hombre que vive en una cualquiera de las casas de la calle, en su hogar callejero, y se calla, ¿no opina? ¿O es que el hombre de la calle es el hombre del arroyo? Acaso sin hogar.

Pero hay también el hombre de los campos, el hombre del campo. Y en el campo, en las aldeas, no hay propiamente calles ni tienen éstas aceras. Los hogares campesinos se agrupan por lo regular en derredor a una humilde iglesia que alberga a un humilde Cristo, y en ellos habitan hombres rebeldes y resignados. Resignados, sí, pero a la vez rebeldes. Rebeldes cuando el viento de rebeldía les sopla; rebeldes a la renta y al fisco y a las regulaciones puramente civiles o humanas; pero resignados a la mano del Señor, que hace llover lo mismo sobre los buenos que sobre los malos; resignados al destino, que es divino. Y a estos hombres de los campos, hambrientos de tierra y de justicia, no les llegan esas irresignaciones —irresignaciones más que rebeldía— que agi-

tan a los hombres del arroyo. Si un día se alzan contra sus exprimidores esos hombres de los campos, no te choque, lector, que lleven enarbolado el Cristo de su iglesia. De su iglesia popular, esto es, laica.

En todas estas cosas meditaba, o más bien soñaba, mientras la indisposición, que es convalescencia, me iba purgando de ciertos dejos. E iba, en examen de conciencia, repasando mi vida histórica toda, la vida que he dedicado a meditar, a soñar, a mi España y a su Señor, que es mi Señor, que es, lector, Nuestro Señor. Y ¡qué bien se sueña aquí, en el lecho! Porque en la calle le rompen a uno el sueño. Los callejeros, aunque parezcan sonámbulos, no sueñan. Y meditaba, aquí, mientras mi nombre anda llevado y traído en lenguas, meditaba en la íntima unidad de mi vida en comunión con mi España y con su Señor. Mientras traen y llevan mi nombre.

¡El nombre! El nombre es la esencia humana de cada cosa. Un objeto cualquiera natural, una roca, un árbol, un río, un monte, un lago, un animal, se hace humano se humaniza y hasta se domestica cuando un hombre en una lengua cualquiera humana le pone nombre. Adán se adueña según el Génesis, de los animales todos, poniéndoles nombres. Y es por

esto por lo que los hombres luchamos más por nombres que por cosas, ya que cosa sin nombre no es humana. Por nombres y por motes.

¿Y mi nombre, mi esencia humana? Jacob luchó toda una noche desde la puesta del sol hasta el rayar del alba con un ángel, esto es, un mensajero del Señor, y no le pedía perdón ni paz, que bien los necesitaba, sino que le pedía su nombre. “¡Dime tu nombre!”, tal era la congojosa pregunta de Jacob. Y yo repasaba aquí, en mi lecho, y en ensueños de insomnio de convalecencia, mi vida histórica, pública, y veía la unidad, la continuidad de ella. Y como durante toda ella no he hecho sino luchar con el ángel, con un arcángel del Señor, preguntándole: “¡Dime tu nombre!” Y soñaba ahora, en ensueños de indispuerto, de malucho convalesciente, que ese nombre, que el nombre del arcángel con quien he estado en lucha, era mi mismo nombre, era el nombre que por gracia divina llevo, era el nombre de Miguel, que, declarado, quiere decir: “¿Quién como Dios?”

Los ruidos de la calle han cesado en el momento en que escribo estas líneas; el hombre de la calle parece andar por otras calles. Y hay hombres de la calle que están peleando contra nombres. No le preguntan al que creen su enemigo cómo se llama; no le dicen: “¡Dime tu

nombre!", sino que creen saberlo. Y ellos, que se han puesto un mote, un apodo, vociferan para permanecer fieles al mote. Pero el mote no es sino caricatura de nombre, peor aún, simulación de nombre. El mote es al nombre lo que el mono es al hombre. Ni es nombre, designación de la esencia humana de una cosa, el que un lorito le da. El nombre que pronuncia un lorito no quiere decir nada, porque el lorito nada quiere decir.

Y aquí dejo, con la incoherencia de ensueños de malucho, estas divagaciones nominales sobre mi nombre, tan claro en España de Miguel, "¿Quién como Dios?"

SOBRE EL PARLAMENTO O PALABRAMENTO

OTRA vez días de reflujo. Cansado de pensar. Sobre todo quien, como el comentador, piensa, en hombre, con palabras; piensa palabras, y más siendo de oficio desentrañador del lenguaje. Duro oficio donde la pereza mental colectiva, nutrida de lugares comunes, confunde todas las palabras de tal modo que apenas si quedan entendederas enterizas y sanas. Y luego tener que —¡terrible tener que!— pensar con palabras, pensar palabras en un Parlamento, en un “Palábramento”. Palábramento en que los abogados, más o menos palabreros, sienten la necesidad de renegar de su oficio. Oficio no de fabricantes de palabras, sino de revendedores de ellas.

“¡Palabras, palabras, palabras!”, decía el

personaje shakespeariano. Y el dickensiano, aquel inmortal maestro de escuela de los "Tiempos difíciles" del más inmortal Dickens, decía: "¡Hechos, hechos, hechos!" ¿Pero es que hay oposición entre la palabra y el hecho? Toda palabra, si es viva, es un hecho, un hecho vivo, y todo hecho vivo es palabra. Se equivocaba Fausto al corregir la palabra del prólogo del Cuarto Evangelio. Sólo hay lo muerto y lo vivo, sea hecho o palabra. Y el hecho, muerto es el hecho consumado, es decir, consumido, es lo acabado. Si se quiere, lo perfecto. "Estamos ante un hecho" —me han dicho algunos buenos catalanes amigos míos, que son todos mis buenos amigos catalanes. Y yo, renunciando a exponerles filológicamente la diferencia entre un hecho, algo que se hizo, y un suceso, algo que sucedió o pasó, me he dicho y les he dicho que un hecho es algo, si es vivo, que se está haciendo y deshaciendo. Se empieza a morir el día en que se nace. Y así al hecho opone el hombre el que-hacer, y el que-hacer suele consistir en deshacer el hecho. Que es rehacerlo. Todo menos la posición fatalista, materialista—en el sentido de Marx— de que el hombre se deje llevar de las cosas, de que la personalidad se soyugue a la llamada realidad. Hay una necesidad más honda, una ne-

cesidad espiritual, aquella de que hablaba el Apóstol Pablo cuando decía que él evangelizaba movido por necesidad, "ananque". Y así el comentador. Tiene que decir, por necesidad espiritual, lo que dice y por duro que el decirlo le resulte.

Marx, el materialista de la historia, enseñaba que el estómago dirige al hombre. Pero Maquiavelo, que de psicología, y por lo tanto de historia, sabía más y mejor que Marx, enseñaba que el hombre entrega la vida por la bolsa y la bolsa por la vanidad. Y a la vanidad suele llamársele personalidad. El mercader que nos parezca más materializado se deja arruinar por mantener su personalidad, y pierde el crédito por sostener su credo. No, no; no es todo negocio. El espíritu puro, desinteresado, tiene sus aduanas. Y hay un comercio de ideas y de sentimientos, que es más hondo que el comercio de artículos manufacturados. Hasta en nuestras luchas intestinas tratémonos como personas.

"¿Nación? ¿Estado? ¡Es cuestión de palabras!" Así me decía mi buen amigo, como catalán que es, el Sr. Companys. ¡Cuestión de palabras, por si le llamó tal o cual, por si habla así o asá, llegan hasta a matarse los hermanos! ¿Leyes? ¿Códigos? ¿Codiguillos o codi-

cilos? Importan muy poco. Lo que importa es el espíritu, es la palabra íntima con que se aplican. ¿Cordialidad? Racionalidad, ya lo dije. Por algo en catalán a hablar le llaman razonar, "enrahonar". ¡Y ojalá razonaran siempre!

Lo que importa es la palabra íntima, la palabra de comprensión. Y comprenderse, entenderse o tomarse mutua y conjuntamente, es convivir. No hay más unidad viva que la de la convivencia. Y lo que le queda a este comentador por decir respecto a la convivencia. ¡Qué cartas que rezuman amargura y hasta congoja está recibiendo de los que no pueden ya convivir con sus convecinos, de los que se sienten sentidos —y resentidos— como bárbaros en el significado primitivo de este vocablo tan sobado y asendereado! Bárbaros, es decir, extraños, forasteros, metecos.

¡La convivencia! Aquí está todo. Y la convivencia no es cosa de convención; convivir no es sólo convenir. Ni es cosa de pacto. No se pacta la convivencia. Y más cuando, querámonos o no nos queramos, tenemos que convivir. Los pedantes hablan de simbiosis.

Y ahora, lanzado en este camino de palabras, llevado por ellas, como le llevaban a mi San Pablo, el gran conceptista y gran palabrero —así le llamó un pretor romano—, re-

cuerdo lo que le dije a uno que me decía que quiero a España con locura, y es que le respondí que no es que yo quiero a España, sino que quiero España. Y no es lo mismo.

Mas dejemos, lector, estas palabrerías para continuarlas otra vez. ¡Si supieras lo que cansa al pensamiento, y a la vez lo que enfebrecce al corazón este febril y apasionado desentrañar el lenguaje en busca de la palabra íntima sobre que se asiente la convivencia española!

LOS MILAROS DE LA VIRGEN DE EZQUIOGA

NO es tarde ya para comentar las apariciones de la Virgen de Ezquioga en mi nativo País Vasco. No es tarde porque el movimiento religioso a que ha dado lugar, y que tanto se parece a aquel del llamado "revival" en Gales, no es movimiento del día, ni del año, ni del siglo, sino del momento; es decir, de la eternidad. ¿Y qué fué ese milagro de la aparición de la Virgen de Ezquioga?

¿Milagro? Lessing, el más implacable crítico de los milagros; Lessing, el racionalista, decía que cuando la Sagrada Escritura dice, por ejemplo, al principio del primer Evangelio, que, estando encinta María, se le apareció a su esposo José un ángel en sueños, quiere decir que José soñó que se le aparecía un ángel.

Pero ¿es que no es siempre, y en todo el milagro que es la conciencia religiosa, lo mismo? Y más si la aparición se hace colectiva. ¿Qué más objetividad que el que una aparición se haga colectiva? El ensueño que sueña una muchedumbre es lo que le hace a ésta pueblo, es lo que le da una conciencia única.

Pero hay algo más crítico. ¿Es ésa una aparición religiosa popular, nacional, laica? Laica y religiosa. Laico estrechamente vale como popular y se contrapone a clerical; del pueblo, de la verdadera Iglesia, y no sólo del clero, de su burocracia. Y a este respecto conviene recordar aquel gracioso suceso que sucedió en Plasencia, siendo allí obispo aquel recio integrista —gallego él— que fué D. Pedro Casas y Souto. Pues ocurrió que, como empezara a esparcirse el rumor de haber aparecido una monja milagrera, el obispo exclamó: “¿Milagros en mi diócesis y sin mi permiso? Lo prohibo, y si sigue haciéndolos son del demonio”. Y es fama que se acabaron los milagretes de la monjita de Plasencia. Ahora lo que puede ocurrir es que si hay milagros sin permiso del ordinario puede haberlos por mandato o sugestión de él o de otra autoridad clerical. Y hasta milagros estratégicos.

No parece que las autoridades eclesiásticas

de Guipúzcoa hayan intervenido directamente, como no sea para permitirlos en los milagrosos ensueños de la muchedumbre popular que se congregaba en Esquioga y de los turistas que acudían al espectáculo veraniego. ¿Y qué iban a hacer sino permitir que unos pobrecitos desterrados hijos de Eva pidieran a la Virgen Madre, gimiendo y llorando en aquel risueño valle de lágrimas, que después de este destierro les muestre a su hijo Jesús, fruto bendito de su vientre y Cristo Rey, pero no rey de este mundo?

Mas hay otra cosa, y es que los que no se avienen a que el reino del Cristo no sea de este mundo pudieran, no ya permitir, sino sugerir, sino ordenar esas apariciones milagrosas. ¿Es que no dicen que se trata de robarle su fe al pueblo? ¿Y cómo? Entremos en el meollo de la cuestión. Por la enseñanza nacional, por la escuela única nacional, esto es, popular, y, por lo tanto, laica. Que laico no quiere decir propiamente sino esto: popular.

Bien sabemos que laico ha adquirido otro sentido, un sentido que con razón ofende a toda conciencia religiosa. Bien sabemos que para muchos laicismo quiere decir irreligiosidad. ¿Pero es que cuando el hondo movimiento religioso de la Reforma no inició este movimiento

la laicización de la enseñanza pública? ¿No fué acaso la Reforma la que desenclaustró la enseñanza del pueblo?

De nada servirá que se quiera hacer laica en el mal sentido, en el sentido jacobino, la enseñanza popular, nacional, si el pueblo, si la nación, es religioso, es cristiano. En un pueblo cristiano no hay Estado, por fuerte que sea, que pueda ordenar que se quite de las escuelas populares, nacionales, laicas, la imagen del Cristo, rey del reino de después de este destierro terrenal. Y hay un Cristo nuestro español, popular, nacional, laico: ese Cristo de Velázquez, en cuya contemplación me he sumido. Y que no es ese otro del Sagrado Corazón, de origen francés, que preside a la industria pedagógica de las Ordenes eclesiásticas de enseñanza, ajesuitadas ya todas.

¿Enseñanza religiosa? Toda enseñanza verdaderamente popular, nacional, laica, tendrá en nuestra España cristiana que ser religiosa. Querámoslo o no. Pero no la enseñanza de la fe implícita, de la fe del carbonero, que se cifra en aquella sentencia del Catecismo del jesuita padre Astete, cuando dice: "Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder". Una enseñanza religiosa popular, nacio-

nal, laica, ha de tender a que no haya ignorantes, a que no sean los ignorantes explotados por los doctores. Y ésta es la reforma de la enseñanza. Esta es la Reforma, sí. Esta es la reforma española, popular, nacional, laica.

Y en cuanto a la Virgen Madre de Esquioga: ¡salve! Salve, María, Reina y Madre de Misericordia, vida y dulzura y esperanza nuestra . . . , y después de este destierro, muéstranos a Jesús, a Cristo Rey; pero en su reino, que no es el de este mundo. Y entre tanto, salgamos de la ignorancia religiosa del carbonero. De la que la industria pedagógica clerical no nos ha sacado.

VISIONES Y PALILLOS

PREOCUPADO uno con eso de los incendios de templos y otros actos así de salvajería, he aquí que le llegan las revelaciones atribuidas a la Madre María Rafols, fundadora de la Orden de Santa Ana, escritos que se dice, el uno hecho en Villafranca del Panadés, el 19 de abril de 1815, y el otro en Huesca el 1° de julio de 1836. Los edita un jesuíta de Zaragoza. Fué hechura de ellos, de los jesuítas, la Madre Rafols. Uno de éstos bendijo el milagroso crucifijo de la visionaria, y le aplicó “muchas indulgencias”, lo que nos hace recordar la causa ocasional del estallido de la Reforma luterana. A la Madre María Rafols se le aparecía de cuando en cuando Cristo; pero no el Jesús de Santa Teresa, que era de visión intelectual y no visible y era mudo. Este otro es, como el

de Margarita María de Alacoque, un Cristo parlanchín, que larga parlamentos untuosos y almibarados. Y en ellos le revelaba a la M. Rafols lo que habría de ocurrir un siglo después, ahora, de 1931 en adelante. Le anunció el Cristo que sus revelaciones aparecerían en estos nuestros tiempos. Que Pío XI —¡así!— establecería la fiesta de Cristo-Rey. Que el escrito de su sierva oyente sería encontrado en enero de 1932. Que la época de persecución empezaría abiertamente en el año 1931, cuando habría de empezar su Reinado en España. No el reinado del Cristo, cuyo reino no es de este mundo, sino el del Sagrado Corazón de la Compañía. Que las mujeres habrían de usar vestidos impúdicos. Que se habría de quitar “de la vista de sus pequeñuelos su imagen” y se prohibiría enseñarles su “doctrina divina”. Y además, ¡es claro!, le revelaba ese Cristo a la M. Rafols que quería que no hubiese en España ni provincia, ni pueblo, ni aldea, ni individuo en que no reinara el consabido Corazón S. J., consagrado en cátedras y oficinas, y representada su insignia “hasta en la bandera de mi amada España” —le dijo—, pues “El es el que me está dictando todo lo que escribo”, se lee en el escrito que por inspiración divina había de encontrarlo en el Archivo del Hospital

de Zaragoza una de las hijas de la Orden de Santa Ana el 29 de enero de este año. Y basta de referencias.

El Jesús invisible de Santa Teresa de Jesús no se entretenía con ésta en tales parlamentos, ni le hacía vaticinios agoreros. Verdad es que en aquella época, que era la de los alumbrados y visionarios, la Inquisición andaba muy despierta para ahogar materializaciones y milagrerías mágicas. Fué mucho más tarde, hace cosa de un siglo, cuando se le quiso hacer de agorero al corazón de la santa, que se ofrece a la veneración de sus devotos en el convento de Alba de Tormes, donde ella murió y se conserva su cuerpo. Y fué que en el fondo de la ampolla de cristal donde, montado en unos alambrios, está ese corazón, apareció, en días de persecución al clero regular, una que dijeron espina, y tiempo después otra, y luego otra, y así unas pocas; no recordamos su número. Y empezó a resonar entre la gente beata el milagro de las espinas del corazón de Santa Teresa. Las vimos muchos y se sacaron fotografías de ellas y se reprodujeron en estampa. En el archivo de esta Universidad de Salamanca se conservaba un divertido escrito de una comisión de doctores que fué a informar sobre semejante milagro, y a la que, ¡claro!,

no se le permitió sacar las tales espinas de la ampolla para analizarlas. Aquel naturalista que fué D. Manuel M. José de Galdo, muy mentado un tiempo, salió con que debían de ser unas fungosidades brotadas del poso de polvillo cardíaco. Aquel Francisco Fernández Villegas. "Zeda", escribió, por su parte, que acaso por falta de fe no logró verlas cuando las vimos todos los que las miramos, entre ellos el que os dice. En los libros que sobre su Santa escribían los carmelitas se encarecía y comentaba el espinoso milagro. Y quién sabe si ahora no habrían aparecido algunas espinas milagrosas más a no ser por cierto paso que dió la Orden del Carmelo para que se reconociese por Roma el milagro y hasta se hiciese mención de él en el correspondiente rezo canónico. Roma encargó información al ordinario, al prelado de la diócesis de Salamanca, que a la sazón lo era el P. Cámara, agustino. El cual se fué a Alba de Tormes, entró en clausura, reunió a la comunidad conminándola a decir la verdad, y sacó de la ampolla el corazón y con él unos palillos mondadientes. Y entonces las ingenuas monjitas declararon que había sido costumbre de personas devotas de la Santa llevarse objetos de culto —estampitas, escapularios, medallitas, rosarios . . . — tocados con el corazón,

y como el toque inmediato apenas era hacedero se tocaba a aquél con un palillo mondadientes, y luego con éste al amuleto para transmitirle la virtud mágica y que en algunos casos el mágico palillo trasmisor, se caería al fondo de la ampolla convirtiéndose así en espina milagrosa y agorera. Hizo el prelado limpiar la ampolla y mondarla de mondadientes, y reponer, ya sin ellos, el corazón y recoger las fotografías y estampas del milagro y publicar en el boletín eclesiástico de la diócesis un muy cuidado documento para dar fin y quito a la superchería y que no se hablase más de ella. No sabemos si de no haber venido la orden de Roma habría hecho lo de aquel otro obispo, éste de Plasencia, e integrista él, que, al enterarse de que había surgido una monja milagrera, exclamó: “¿Cómo?, ¿milagros en mi diócesis y sin mi permiso? Los prohibo, y si siguen es que son del demonio”. Y no siguió la milagrería monástica.

Dícese que van a reanudarse las visionerías de Ezquioga. ¿Será que los padres de la Compañía, los del fantasma parlanchín de las M. M. Alacoque y Rafols quieren, a fuerza de milagros de magia o tramoya, llegar a que su “insignia” campee en “la bandera de su amada España”?

¿Y qué relación tiene todo esto con mozos petroleros y pistoleros y con estanislaos y luis-
ses? Ah, es que con magia milagrera, con supercherías de fetiches y amuletos, a que acaso se apliquen indulgencias, con visiones y audiciones histéricas, con agüeros y hechicerías, no se alumbra, sino que se entierra y entenebrece el misterio de la religiosidad. Ni una religión así, materializada, de ojos y oídos, de carne, es tal religión ni cosa que lo valga. Ni tiene que ver con el Cristo espiritual, cuyo reino no es de este mundo de la Compañía.

EN el prólogo de la edición francesa del Baedeker se decía que el español es "pointilleux et ombrageux", quisquilloso y receloso. Y esto acaso se deba a esa terrible plaga nacional que es la envidia. ¿Sólo de España? ¡Lo que le preocupaba a Herodoto, el de la democracia helénica! Y recuerdo que en cierta ocasión me dijo Cambó en la plaza Mayor de Salamanca que la envidia nació en Cataluña. Pero, ¡es claro! a cualquier otro ciudadano universal de España que se le oiga se le oirá decir lo mismo de su propia región o patria chica. Porque la envidia, que es recíproca, es de estas patriezuelas que se achican. Lo más del anti-caciquismo, ¿no es acaso producto de esa típica secreción democrática?

Y ahora veamos esas pequeñas anécdotas

insignificantes a que esa enfermedad de la visión, que consiste en no poderse ver —de “invidere”, no ver, deriva “invidia”—, convierte en vigas las pajas. ¿Quién no ha oído la tópica anécdota de: “¡hable usted en cristiano!”? Y, sin embargo, esto es de un grosero rarísimo y excepcional. Y tal vez a ese grosero incomprendido le provocó otro grosero que, pudiendo hablarle en comprensión mutua, prefirió molestarle poco cristianamente. Si bien esto era más raro aún. Porque mi experiencia personal en Cataluña me ha enseñado que en el “archivo de la cortesía”, que dijo Cervantes, todos los hombres cultos —y no he tratado otros allí— se acomodan al modo de entendimiento mutuo. Y eso que yo les rogaba que me hablasen en su cristiano vernacular, pues deseaba ejercitar mi oído y mi sentido a su comprensión. Otra cosa habría sido si hubiesen pretendido imponérmelo.

Esa tan asendereada y sobada anécdota revela un estado de lamentable neurastenia colectiva en quienes la recogen y repiten. Un pueblo sano de verdad no se percata de cosas como esas, o las olvida al punto. Es algo parecido a las pequeñeces que agrandó poéticamente la gran Rosalía a cuenta del trato que se daban los segadores gallegos y no que les daban los

castellanos de Castilla. ¡Triste enfermedad esa de creerse un hombre o un pueblo vejados! ¡Tristes quisquillosidad y recelosidad españolas! ¡Triste manía persecutoria, colectiva! ¡Por dónde se va a parar a las republiquetas de taifas, al pueril juego de los estatutillos resentimentales!

Recuerdo ahora otra simpleza de pobres resentidos, y era la de creer que dialecto es respeto a idioma o lengua un término peyorativo, algo que expresa un grado inferior. “Dígame, D. Miguel —me preguntaba un ingenuo víctima de lo que hoy se llama un complejo de inferioridad—, esta nuestra lengua, ¿usted cree que es dialecto o idioma?” Y le respondí conforme a mi condenada profesión: “Mire amigo, ello es cuestión de palabras, y pues que estamos en éstas, sepa que idioma significa lo particular, el resultado de la acción particularizadora, como poema es lo creado, y que si el poema corresponde al poeta, lo creado al creador, el idioma corresponde al idiota, o sea al particular, que no empezó queriendo decir otra cosa esto de idiota. Un idiotismo es una particularidad”. Y el buen amigo se quedó pensando no sé en qué, acaso en la generalidad más o menos particular; es decir, contradictoria. O dicho en oro y sin recovecos, que

España tiene el deber de imponer a todos sus ciudadanos el conocimiento de la lengua o dialecto —me es igual— español; pero que no debe consentir el que se imponga —así, se imponga— a ninguno de ellos el bilingüismo. Sea biligüe quien quiera, y trilingüe y políglota; ¿pero como obligación de ciudadanía?, ¡jamás! La ciudadanía es simple, y no la hay doble ni triple ni múltiple. Y en lenguas las hay diferenciales y las hay integrales.

A base de idiotismos, que degeneran en idioteces, de particularidades, de anécdotas, de anejos, de reconcomios, de visiones de ictericia, de agravios fantásticos, hay señoritos que quieren forjar la conciencia personal de pueblos sanos. ¡Qué cartas henchidas de amargura recibo de españoles que empiezan a sentirse tratados de metecos —meteco es algo así como maqueto— en su propia España, y a cuyos hijos se les quiere imponer una doble ciudadanía y con ella una doble comprensión cuando no se ha acabado la sencilla!

¡Pobres españoles que tendrán que pagar en represalia agravios históricos, los más de ellos más supuestos que efectivos, de lejanos tatarabuelos, resentimientos que sólo conservan los neurasténicos! Porque miren, hermanos, que eso de recordar el “bon colp de fals” no es cosa

de historia, sino de histeria. ¡Y pobres metecos!

Mas de esto de los metecos, maquetos, forasteros o advenedizos nos queda mucho que decir.

SOBRE EL ESPAÑOL MEDIO

RECOGIMIENTO de celda. Aquí se quiere mejor a los prójimos que estando entre ellos. El techo de la alcoba —celda— llega a parecer un cielo —todo es ilusión—, y hasta se sueña en él nubes. Nubes fantásticas, quiméricas, humanas, en las que va uno hiñendo el futuro español medio, el que salga de todo esto. ¿Será otro?

Esto del español medio me lo sugiere una expresión felicísima de M. Herriot, el jefe de los radicales socialistas franceses, hombre de fina cultura literaria, y, por lo tanto, de atinados aciertos verbales. Esa expresión, que halló fortuna, fué la de “le francais moyen”, el francés medio. Término éste de origen estadístico. “Durchschnittsmensch”, hombre de corte medio, dicen los alemanes; “average man” los in-

gleses. Si metéis cien hombres en una especie de caldera psíquica y los fundís, de modo que desaparezcan sus individuales notas diferenciales —esa diferencialidad de que tanto se envanecen los pobres sujetos que no tienen otra cosa de que envanecerse—, y sacáis luego un cacho de la masa, ya bien fundida, para hacer el término medio, éste lo determinará. ¿Aceptable? Hay quien cree que un cacho así de muchedumbre puede ser útil para ser manejado —sobre todo como elector y votante—; pero que es poco apetecible para quien busca algo más íntimamente humano. A mí, por lo menos, este término medio me seduce muy poco. Tengo la impresión que en ese sujeto —mejor: objeto— medio se acusa y exacerba el defecto, la nota diferencial, de la masa de que forma parte.

¡El francés medio! ¡El inglés medio! ¡El español medio! ¡No es de temer, amigo Salvador Madariaga, que en cada uno de éstos se acentúe el vicio diferencial de estos tres pueblos que usted tan agudamente inquirió, más aún que en los casos extremos? El español de tipo medio ha de marcar el vicio característico y diferencial de la españolidad más aún que el español divergente excéntrico o extravagante. La divergencia, la excentricidad o la

extravagancia libran algo del común pecado. ¡Y el nuestro es tan terrible!

Desde luego, el español medio tal como me lo figuro no es el español de la calle. Es más bien del hogar. Si bien por otra parte mi reciente experiencia me ha hecho llegar a la conclusión de que no sé qué es eso del hombre de la calle. Los que he oído llamar así hombres de la calle no eran hombres, sino mozalbetes. Mozalbetes que se dedicaban al deporte de alborotar sin importarles la finalidad del alboroto.

Pero . . . ¡el español medio! Cuando Herriot, el caudillo radical socialista francés, soltó lo del francés medio, exclamé yo con cierta petulancia patriótica: "Afortunadamente, no hay español medio; en España tenemos sólo extremos". ¡Qué pronto y qué improvisadamente lo dije! Mas después he ido recapacitándolo mejor y he ido viendo formarse el hombre del periódico, el hombre del santo y seña, el hombre de partido, el ciudadano conciente, y me he puesto a pensar en el español medio. Que ha de ser, naturalmente, una medianía.

Sí, ya sé que Cervantes, que tan bien conoció al español medio de su tiempo —Sansón Carrasco, entre los extremos sanchopancesco y quijotesco—, hablaba de las medianías bien in-

tencionadas; pero ¡ay mi Dios!, desconfío tanto de las intenciones medianas. Prefiero las extremas. Y llego en esto a tal punto, que hasta me inquietan las inteligencias moderadas. ¿Te has fijado, lector, en los terribles efectos de la acción de muchos de esos hombres de inteligencia moderada? Y aquella triste y trágica sonrisa, aquella sonrisa abismática, de tan amarga dulzura, en que anegó Cervantes a su España, ¿no nació acaso al choque con las medianías bien intencionadas?

Estamos pasando tiempos en que se va fraguando un nuevo español; en esta que he llamado renación española está renaciendo un nuevo español. ¿Qué guardará del viejo? Porque renacer es continuar la historia. Lo cogolludo, lo nuclear, lo más profundo del hombre del llamado Renacimiento era el hombre medieval. Y no digamos nada del hombre de la Reforma. Y yo aquí, en este recogimiento de celda, a solas con mis compatriotas, sin el obstáculo de su presencia, voy sintiendo qué de antiquísimo régimen son éstos del nuevo.

¡El español medio de mañana! ¿Cómo será, Dios mío, cómo será? ¿Lo voy a deducir de todos esos pretendientes en corte que no saben hablar sino de enchufes? ¿Lo voy a deducir de todos esos otros que, aspirando a hacer

una que sea sonada, apenas se preocupan sino del son? Y siento formarse una singular especie de espíritu público, mejor será decir de desánimo público, la de un pueblo que de repente ha hecho casi sin saberlo, como en hipnosis, un cambio, y se da cuenta de que no sabe qué hacer con lo que ha hecho. Y cuando oye decir a los militantes que tienen que responder a los anhelos del pueblo, éste, el pueblo, se pregunta: "Pero ¿cuáles son mis anhelos?" Y de este estado de conciencia, o si se quiere de inconciencia pública, ¿qué español medio va a salir? Porque los extremos, los unos o los otros extremos, ya no me inquietan. ¡Qué conflicto, Señor!

TIENE usted razón, mucha razón, en lo que me dice usted en su anónimo, desconocido lector; ése como otros comentarios lo escribí para usted, expresamente para usted, hombre de su casa y no de la calle, solitario y no miembro de una muchedumbre de reunión pública. Sí, tiene usted razón; a las veces quiero hacer de esto no tribuna, no púlpito, sino gabinete de confidencias, confesonario. ¿Monólogos? ¡Ah!, no, sino diálogos, diálogos con lectores como usted, pues oigo en mí, dentro de mí, como usted me responde —no sólo me contesta— y me corresponde. ¡Nos conocemos tan bien! . . .

Cuando ha empezado a difundirse eso del radio he pensado alguna vez en poder utilizarlo para dirigirme, no a una masa, no a un montón de unos miles de personas formando lo

que se llama un público, sino a cada uno de ellos, tomado separadamente, en su hogar, aislado de los otros y libre del sentimiento rebañego de la muchedumbre. Es decir, no en un mitin. (Y entre paréntesis he de decirle que un amigo mío, rimador de sonetos, propone que el vocablo inglés "meeting" lo demos por "metingue", que tiene la ventaja de rimar con pringue y con potingue, sin contar extingue). Seguro de que así haría más y mejor opinión o conciencia pública.

Lo sé, sí, lo sé; sé que se toma muchas veces por neutro al ciudadano solitario, al hombre de su casa, que con actos oscuros, cotidianos, contribuye al curso de la historia. Y sé cuán lejos de la neutralidad se halla esa solitariedad. Basta recordar aquellas maravillosas elecciones municipales del 12 de abril, que tanto sorprendieron a los que no creen más que en el hombre bullanguero de la calle, en el hombre muchedumbroso. Y sé que esos hombres desconocidos son los que nos han traído el cambio. ¿Y ahora? Fué después proclamada y aclamada la República; pero muy luego se acalló el clamor, y hoy lo que se oye es cierto reclamo de una Dios sabrá qué revolución, pues no lo saben los que la declaman. Y con ustedes, los solitarios, nadie apenas cuen-

ta. Nadie cuenta con su solitariedad, que no es precisamente soledad, pues no es la soledad del desierto la solitariedad de un monasterio, de un convento de "monachos", monjes o solitarios. ¿Y no tiene España mucho de un monasterio laico?

Tiene usted también razón en lo que me dice comentando lo que dije en Málaga acerca de la comunión de los héroes en la historia perdurable en comparación con el dogma católico romano de la comunión de los santos en la vida perdurable. Hay en la historia que se hace en el tiempo, pero queda hecha en la eternidad de la idea, una comunión de los héroes, los más de los cuales son anónimos y desconocidos. Hablaba yo en Málaga de Torrijos y decía que vivió y obró en una tradición, en la tradición liberal, constitucional que viene desde los Comuneros de Villalar hasta los conjurados de Jaca; desde Padilla, Bravo y Maldonado hasta Galán y García Hernández, y pude haber añadido que así como el fusilamiento de Torrijos por orden de Fernando VII contribuyó a determinar el cambio político ocurrido a la muerte del déspota, así el fusilamiento de los de Jaca por orden del biznieto suyo fué lo que más contribuyó a la caída de éste. Y así como hay una comunión de los hé-

roes, los más anónimos, en la historia ya hecha y eternizada, hay una comunión de los solitarios, de los ciudadanos de su casa, en la historia que se está haciendo, que se está eternizando.

Ha sido, señor mío, mi fe —mi fe y mi esperanza— en esa comunidad silenciosa y desparramada de ciudadanos solitarios que no forman partido, que no se matriculan o enmadriqueran en ningún Comité, lo que me ha hecho prever con claridad el curso que habría de tomar nuestra historia española. Es lo que en el destierro fronterizo me hacía confiar en la eficacia de las voces que daba, pues no eran murallas rocosas de Jericó lo que había que abatir, sino bambalinas de papel de una Corte desmantelada. Confié en la mocedad estudiantil, en la juventud escolar; confié en los hombres que, como usted, mi desconocido lector, no se apuntan en ningún partido, pero no por eso se escabullen de la historia. Y tienen justicia los que aseguran que ellos nos han traído esto.

Usted, señor mío, y los hombres como usted que me rinden la confianza de oírme cuando dialogo conmigo mismo no me han pedido nunca que les recomiende para cargo alguno, no me piden sino con su atento silencio, con su silenciosa atención —dispéñeme el giro— que

les ayude a rumiar la historia que nos va quedando. Y sé que me perdonará que insista tanto en esto de la historia, que es mi estribillo favorito.

— Profesor de historia e historiador fué aquel inolvidable Emilio Castelar, cuya frente bronceada suelo ver brillar al sol de Castilla cuando paso por el paseo de la Castellana, y veo erguida su diestra en ademán más profético que oratorio, aquel repúblico del 3 de enero de 1874, el que luego, en la Restauración, formuló el posibilismo que es el historicismo, y con ello preparó al pueblo español para el último cambio de postura constitucional.

¿Derecha? ¿Izquierda? Sé que usted, mi desconocido lector solitario, no es ni diestro ni zurdo, sino maniego. Y sé que usted no busca programas, sino informaciones. Y que le ayuden a sentirse y consentirse en España.

HAY QUE ENTERARSE

ESCAPANDO, de momento al menos, al hoy tumultuoso a fin de tomar fuerzas para el mañana, me remonté al ayer de hace un siglo, a la época aquella en que Mariano José de Larra, *Figaro*, dechado de periodista —de la “mala y diabólica ralea” que tanto atosigaba a don Marcelino—, escribía sus artículos en “El pobrecito hablador”. Me puse a leer los dos primeros: “¿Quién es el público y dónde se encuentra?” y la “Carta a Andrés”. Y me encontré al punto en el hoy, y en el hoy más candente. Y me di cuenta de que el hoy es el ayer, y que acaso el ayer es el mañana. “Todo está lo mismo, parece que fué ayer”, dice un consabido dicho decidero. Y yo he dicho, por mi parte, y hoy lo repito, que “cualquier tiempo pasado es mejor”. El ser pasado, su

preteridad, le mejora. ¿Pero acaso está todo lo mismo?

Fíguro resumía su juicio respecto al público diciendo que “el ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende”. Y ponía en duda que sea público el que deja en las librerías las obras clásicas nacionales y “en las épocas tumultuosas quema, asesina y arrastra, o el que en tiempos pacíficos sufre y adula”. Ese, sin duda, no es público, que es cosa de literatura, mas ni es pueblo, que es cosa de vida común, de civilidad. Y en la “Carta a Andrés” vuelve *Fíguro* al tema, aunque con un rodeo, al preguntarse: “¿No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?” Que es preguntarse si no se consume porque no se produce o no se produce porque no se consume. Lo que me recuerda aquella contestación de un querido amigo mío, hombre cultísimo, lector infatigable, que preguntándosele una vez por qué no escribía, respondió: “No soy más que lector; yo produzco consumo”. Y no era poco en un tiempo en que apenas leían sino los escritores —se leían unos a otros—, haciendo de la literatura coto cerrado. Sin que se pudiera decir por eso que ni los que leían supieran escribir ni tampoco que los que escribían supieran leer. A lo que hay que añadir

que de nuestros Institutos de segunda enseñanza —ahora Liceos— se suele salir sin la menor educación de escritor, que un bachiller nuestro apenas si ha aprendido a redactar una carta. Nuestro profesorado de segunda enseñanza no conoce la tan pesada como generosa obra que le incumbe al de Francia con la tarea de tener que corregir los *devoirs*, los ejercicios escritos de los alumnos. Y a pesar de ello...

A pesar de ello hemos adelantado, y no poco, desde hace un siglo, desde los días en que Larra preguntaba quién es el público y si no se lee porque no se escribe o no se escribe porque no se lee. Y hemos adelantado, es decir, nos hemos civilizado, merced a la Prensa. La Prensa ha hecho lo que no ha logrado hacer la enseñanza pública oficial. Y esto os lo dice un universitario que es a la vez un periodista, un escritor de hojas volantes. La Prensa ha hecho que el pueblo se haga público. Y el mismo D. Marcelino hizo más por la ilustración popular con su obra de periodista, de apolo-gista de la plaza pública, que con su obra universitaria, a la que nunca le tuvo gran apego.

La Prensa es la que más ha contribuído a hacer conciencia popular nacional. Con-ciencia, o si queréis con-sabiduría, a que los españoles con-sepan lo que les interesa. Que consaber

es el camino para consentir. Y conviene, y más ahora, insistir en esto del consaber, del enterarse —enterarse es la forma romanceada del latinismo “integrarse”—para librarnos del confuso sentido —muchas veces contrasentido— que se amaga en términos como el de “cordialidad”. Cuando de éste se abusa hay que recelar engaño. No concordia, ni discordia, sino conciencia. Que cada uno sepa lo que quiere y quiera lo que sabe; que cada uno sepa lo que da y lo que pide, sepa lo que concede y lo que niega.

Para enterarse, para integrarse, naturalmente, lo que hace falta es tener buenas entendaderas, pero esto depende, naturalmente también de las explicaderas de quien se nos dirige. Y es cosa de observación cotidiana lo de que aquellos que más se quejan de la incomprensión ajena suele ser porque no saben —o mejor, no quieren— darse a comprender. Y ni siquiera darse a entender. Que los que más presumen de hablar claro suelen ser los que hablan más oscuro. Desde luego no hay nada menos claro que las llamadas estridencias, como no sea ciertas sinceridades. Que con razón se ha dicho que hay una cierta sinceridad que está reñida con la veracidad.

A la Prensa le compete la labor de aclarar

los problemas públicos —públicos y populares—, de enterar de ellos al pueblo. ¿La cumple? En general, sí. La Prensa española es hoy una de las más honradas, de las más veraces y de las mejor enteradas. Y de lo que debe cuidar es de no empeñarse en definir demasiado ni las instituciones, ni los problemas, ni menos las personas. Aunque éstas, las personas, sean individuales o colectivas, son, gracias a Dios, indefinidas e indefinibles. No se define a una personalidad viva. Nadie osará definir a Felipe II, a Cisneros, a Calderón, a Cervantes, a Goya, a Prim . . . Acaso quepa definir —y lo dudo— a un radical socialista, pero a este concreto, individual, de carne, hueso y espíritu, a éste no lo define nadie. Ni se puede definir él mismo. Cabe definir la república, y la monarquía, y la dictadura, y la anarquía, que todo esto no es más que sociología, pero no cabe definir España, o Cataluña, o Vasconia, o Galicia, o Castilla, que son indefinibles.

Pero sobre esto de la definición, que tanto daño nos está haciendo, a favor de la pereza mental de los partidarios —que pues forman parte de un partido, en el que se definen, y no de un entero en el que se enterarían, no se enteran—, sobre esto he de volver. Y he de

volver para insistir en que enterarse es indefinirse. Y si alguien me dijere que éstas no son más que logomaquias lingüísticas le diré que es, en gran parte, merced a ellas como he logrado redimirme de la servidumbre del santo y seña, de eso que llaman disciplina y que de disciplina, de cosa de discípulo, del que *discit* o aprende, del que se entera, tiene muy poco si es que tiene algo. Y he aquí el que cuando se trata de resolver un asunto en que hay que enterarse, el mayor tropiezo para el enteramiento sea la falsa disciplina de partido. Un partidario no suele enterarse.

ESCUELA Y DESPENSA UNICAS

SUMA y sigue. Porque nos peta continuar y ensanchar las consideraciones tan obvias que hacíamos en nuestro último comentario sobre lo que sobra o lo que falta. Consideraciones que a más de un lector le habrán parecido inspiradas en lo que se dice interpretación materialista de la Historia. ¿Pero lo es? ¿Dónde el materialismo? ¿Dónde la materia y dónde el espíritu? Muy en lo justo andaba aquel economista inglés que dijo que la economía y la religión son los dos ejes de la historia humana. Y acaso son uno solo. La llamada religión, una economía a lo divino, atenta a resolver el gran negocio —así le llaman los jesuitas— de nuestra salvación eterna, y la llamada economía política, una religión —lo es

el bolchevismo— atenta a resolver el negocio de nuestra salvación temporal. Y entre las dos una estrechísima alianza.

Hablábamos de la recluta malthusiana de las Ordenes religiosas dedicadas a la enseñanza para surtir de siervos pedagogos a la sociedad civil. Pero hay —se nos dirá— las otras Ordenes, las contemplativas, las dedicadas a la oración. También ellas cumplen una misión económica, o si se quiere económico-religiosa. Son asilos en que se refugian los náufragos de la vida, náufragos de nacimiento. Son los que permiten a los demás vivir con un poco, muy poco, más de anchura. De crisis económica surgieron en el siglo XIII las Ordenes mendicantes. Y quien lea atentamente nuestra literatura picaresca podrá darse cuenta de lo que significaban el monacato y la frailería cuando estalló la Reforma.

Hoy a la Iglesia sucede el Estado, y si aquélla, la Iglesia, fué una institución benéfico-docente, una institución benéfico-docente se está haciendo el Estado. Tiende a hacerse la escuela única y el asilo único. “Escuela y despensa”, que dijo nuestro Costa. Cuando oigáis hablar de eso de la escuela única fijaos en que no se trata, ni sólo ni principalmente, de que esté abierta la escuela a los hijos todos de

los ciudadanos cuanto de que sean funcionarios del Estado todos los instructores, todos los maestros. El Estado docente ha de atender tanto o más que a todos los que aprendan a todos los que enseñen. Y a la vez el Estado se convierte en el único asilo, en la única despensa. Escuela única y despensa única. Y decídme, ¿son otra cosa el sovietismo y el fajismo? Y lo mismo da que el Estado surja de los Sindicatos libres. Las dos clientelas acababan por fundirse en una, única y... ¿libre? Libre, nunca.

Hay aquello que Carlos Marx llamaba el ejército de reserva del proletariado, el que había de mantener la que Lasalle llamaba ley férrea del salario, el ejército de esquirolas o rompe-huelgas. El de los obreros parados, que es de siempre, de los que con su paro mantienen esa ya mítica ley férrea. Y en cierto modo formaban parte de ese ejército económico la clerecía y el ejército militar. Para guardar la que se llamaba sociedad burguesa o capitalista, sus capitales, sus caudales, tiene que rodearse de un verdadero ejército diversificado; pero este ejército es el que llega un tiempo en que le consume tanta parte de caudal como el que trataba de guardar. La prima del seguro le cuesta tanto como el riesgo de que trata

de asegurarse. Y es el proceso actual de expropiación del capitalismo. ¿Que los anarcosindicalistas se preparen al asalto de expropiación? El remedio consiste en hacerlos guardias de asalto al servicio de los capitalistas. Es ya antiguo lo de que el matute se acaba haciendo celadores de consumos a los matuteros todos. Y así el asalto llega por otro camino.

Por los tiempos mismos en que nuestro Costa repetía su tópico de "escuela y despensa", otro español típico, nuestro Ganivet, solía repetir otro tópico, y es que las revoluciones se evitan aumentando, universalizando la burocracia. Es el tópico central de la conquista del Reino de Maya por el último conquistador Pío Cid. Los señores serán despojados por sus criados. Pero figuraos que entra a conquistar el Reino —o República, es igual—, en vez de Pío Cid, que es una especie de Don Quijote, con una cabeza confusa, con un entendimiento brumoso, sobre un corazón y un sentimiento todos luz y nobleza, que entra una especie de Julián Sorel —el del "Rojo y negro", de Stendhal—, es decir, una cabeza bien organizada, un entendimiento claro y cortante y frío, sobre un corazón torturado y resentido, y decidme lo que puede ocurrir. Aunque el resultado sería

igual, pues no depende de la psicología de los conquistadores.

¡Lo que estamos pensando en estos días de disolución íntima de nuestro régimen histórico —disolución económica, disolución religiosa, disolución política, acaso disolución estética—, en nuestro Don Quijote, y en nuestro Iñigo de Loyola, y en nuestro Segismundo, y en nuestro Don Juan. Y andamos buscando en nuestra historia o en nuestra leyenda pasadas las figuras que correspondan al Yago shakespeariano o al Julián Sorel stendhaliano.

Nuestra España está entrando en el período disolutivo en que tan entrada está ya Europa, que va a un nuevo régimen económico-religioso. Hubo el Renacimiento, hubo la Reforma, hubo la Revolución. Ahora llega el Resentimiento y con él la escuela y la despensa únicas, el Reino de Maya.

¿DERROTISMO? ¿PESIMISMO?

EL otro día, al volver a reestrenarse en las Cortes el señor Alba, se creyó obligado a sincerarse diciéndonos que él no es derrotista. Tristes palabras las más de éstas en —ista y en ismo—, que hacen tanto daño porque aún conservan “prestigio”. Y subrayo esta de prestigio porque en latín, en su sentido originario —o aboriginario si se quiere— vale por engaño. Y no suele ser más que engaño el valor de esas palabras en —ista y en ismo—, con las que tratamos de ahorrarnos de tener que pensar. Derrotismo es una de ellas.

¿Qué es eso de “derrotismo”, traducción del francés “defaitisme”? Es más que una palabra, que debe ser una idea, un truco inventado por los que no quieren mirar las cosas a toda luz y con los ojos bien abiertos. Y hay que mi-

rarse, tenemos que mirarnos unos a otros, sobre todo cuando se nos invita al abrazo de la concordia. No hay concordia posible a ojos cerrados y vencidos por prestigios, esto es, por engaños. Toda concordia presupone sinceridad y veracidad. Prestigios, engaños, no; vengan en la forma que vinieren. Las habilidades suelen ser debilidades.

¿Derrotismo? ¿Pesimismo? Precisamente en estos días leíamos el librito "Regards sur le monde actuel", de Paul Valéry, y en él esta sentencia, que coincide con lo que tantas veces ha dicho y repetido el comentador que ahora la comenta, y es: "El juicio más "pesimista" sobre el hombre y las cosas y la vida y su valor se acuerda maravillosamente con la "acción" y el "optimismo" que ella exige. Esto es europeo". A lo que podríamos añadir que es también español, no sabemos si español europeo o español africano, si español periférico o español central. Aunque el comentador tenga la convicción de que lo más europeo, o mejor dicho, lo más universal sea en España lo de la tan calumniada, por mal conocida, paramera.

Y a propósito del pesimismo español —hay quien cree una obra pesimista a "La vida es sueño" y tal vez no vaya descaminado en semejante creencia—, habrá que recordar que una

de las palabras que del castellano han pasado a otros idiomas, al inglés sobre todo, es con pronunciamiento, guerrilla, torero, siesta y otras —entre ellas “raza”—, es “desesperado”, generalmente en la forma de “desperado”. Y es que por heroica, nos atreveríamos a decir, que a las veces por divina desesperación el genio, así como el ingenio español, han llevado a cabo sus más grandes hazañas, han quemado sus naves para cerrarse la retirada. Y esa quemadura de desesperado, de pesimista, no excluye el optimismo circunstancial que exige la acción. Aún hay más, y es que nadie obra con más optimismo temporal que el acuciado por pesimismo eterno. Y en más baja esfera nadie lucha con más ardor que el que no quiere pensar en el valor definitivo del triunfo. ¿Derrotistas? Los más nobles, los más fuertes, los más sólidos luchadores son los que han ido serenos a una prevista derrota. Derrota que luego Dios cambia en triunfo. Fué un español antes de España, un precursor de la españolidad, fué el cordobés Lucano quien dijo que la causa vencedora plugo a los dioses; pero la causa vencida, a Catón. Y téngase en cuenta que desesperación no es lo mismo que desesperanza. La desesperanza sume en el abatimiento, en la resignación pasiva, mientras que la

X desesperación lleva al acto, a la resignación activa, a rogar a Dios mientras se da con el mazo.

¿Será acaso derrotismo, eso que los perezosos de mente —y la pereza no es más que cobardía, como ésta no suele ser más que pereza—, será acaso derrotismo abrir los ojos, mirar, y confesar luego que la sociedad civil española está hoy atacada de unas terribles ganas de disolvimiento, de una enfermedad de disolución? ¿Es que no estamos oyendo cómo cada lugareño representativo se nos viene con el viejo estribillo de los mezquinos resentimientos del lugar a que representa? ¿Es que no estamos viendo alzarse el fantasma de una leyenda de supuestos agravios y vejaciones con que la pereza mental, la cobardía, ha eludido el pensar la historia? La historia que siempre es tragedia. Y más trágica cuanto más heroica. ¿Es que no estamos asistiendo al pavoroso ensañamiento de esa terrible enfermedad tan típicamente española que es la manía persecutoria? Y con ella la de que no haya comarca que no se crea cenicienta. Terrible enfermedad que se alía al resentimiento, así como éste a la envidia.

Sobre ello se elevaron nuestros nobles desesperados, los que, fundando en pesimismo ra-

dical el optimismo que la acción exige, salvaron más de una vez el alma eterna de la patria.

S O B R E E L P L E I T O D I N A S T I C O

EN estas mismas columnas apareció el Jueves Santo "Una lección de Historia", por el Conde de Romanones, en el que este viejo político liberal comentaba los cambalaches y conchabamientos de la Reina Gobernadora, doña María Cristina, viuda de Fernando VII, con su cuñado D. Carlos —Quinto para los tradicionalistas—, y el conde liberal decía que "si bien por tal camino quedaba resuelto el pleito dinástico, no era menos cierto que resultaba vencida la causa de los que, siendo monárquicos, su monarquismo tenía como base la Constitución y el régimen parlamentario". Y en aquel artículo aludía el Conde a ciertos "¡dichosos manifiestos!".

¡El pleito dinástico! El tal dichoso pleito

nunca lo fué, en rigor, de legitimidad sucesorial, sino de doctrina política. Fué la lucha entre el llamado tradicionalismo y el liberalismo, aquel liberalismo que los espíritus superficiales, a la moda del día que pasa, declaran pasado de moda. Siempre lo creímos así, y nos lo ha corroborado una vez más cierto folleto que se dice “estudio jurídico, histórico y político”, y se titula: “El futuro caudillo de la tradición española”, y está escrito por D. Jesús de Cora y Lira, del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid. Folleto en que este tradicionalista de la tradición borbónica carlista —porque hay una tradición, acaso tan antigua liberal— pone bien en claro el tal pleito.

Pues a vueltas del Reglamento de Felipe V, duque de Anjou, y de todo eso de la ley sálica, y si se ha de *preferir* para la sucesión a los varones, sin *excluir* por ello a las hembras y a vueltas de la Pragmática de Fernando VII —tan odiado por los carlistas como por los liberales—, se traen palabras del primer duque de Madrid, el Carlos VII de ese tradicionalismo en que decía que si “la dinastía legítima que nos ha servido de faro providencial estuviera llamada a extinguirse, la dinastía de mis admirables carlistas, los españoles por excelencia, no se extinguirá jamás” ¿Y en qué fun-

dan esos tradicionalistas del carlismo la ilegitimidad de la rama procedente de Isabel II, la que pretende ahora conchabamiento con los leales del viejo Alfonso Carlos I, que así le llaman? No en términos de derecho sucesorio, sino en que ha pactado con la Revolución —¡vaya revolución!—, con el liberalismo, que es pecado, por ser el complejo de todas las nefandas herejías modernas, las condenadas en el famoso Syllabus de Pío IX.

Bien claro se le dice allí al nieto de Isabel II que aunque se arrepienta . . . “¡Qué dicha, qué gloria para todos, qué satisfacción para la Iglesia, ver a un arrepentido —y más si es un príncipe— atravesar las puertas de un monasterio buscando un refugio piadoso donde hacer penitencia, en pos de un consuelo y de una reconciliación!” Sí pero . . . “no pensará nadie —prosigue— que ese hipotético arrepentimiento . . . ha de tener otro premio y otra recompensa que el perdón de nuestro Señor. Si del arrepentimiento hubiera de seguirse un bien material y terreno habría una *habilidad*, pero no el dolor profundo y sincero del arrepentido”. Y he aquí al nieto de Isabel II, al que ha querido acaso casar la tradición carlista con la liberal, rechazado por ambas y a culpa de habilidades.

Y viene la descendencia del hábil, y habla

el folletista de "la culpa de los padres". ¿Cuál la de los hijos, pobrecitos infantiles? "Los hijos que nacen —escribe— de uniones ilegítimas no son responsables de los hechos de sus padres; pero siempre llevan grabado el estigma de sus progenitores; los que padecen enfermedades específicas o alcohólicas suelen engendrar seres llenos de alifafes y de lacras, y, sin embargo, no tienen éstos culpa de los vicios de los autores de su vida". Así el señor Cora. ¿Y cuál la culpa de los padres de esos infantiles hoy proscritos? ¿Cuál otra que el terrible pecado original de la civilización moderna, revolucionaria, el liberalismo?

El folletista, refiriéndose nominativamente a D. Juan de Borbón y Batenberg, nacido en 1913, y a su hermano D. Gonzalo, en 1914, pues a los otros dos los excluye por obvias razones, pasándolos en piadoso silencio, dice que no se sabe que hayan abjurado, y edad tienen para ello, de la culpa de sus padres, y añade: "Si los principios revolucionarios son un error condenado por la Iglesia, de que deben acusarse los que los profesan, ¿cabe duda de que por las respectivas (culpas) de esos Infantes, se incurrió en las sanciones religiosas como pecadores y herejes?" ¡Pobrecitos Infantes pecadores y herejes! Enfermedad la de la herejía li-

beral, mucho más grave que las meramente carnales que hayan podido heredar los otros. Que no hay hemofilia ni sordera peor que las del liberalismo. Y el liberalismo más grave el de habilidad, el maquiavélico, como el de Fernando VII de 1820 a 1823, pues es pecado contra el Espíritu Santo para el que, según el sagrado texto, no hay perdón. Graves, sí, gravísimos los liberalismos todos, pero el más grave el hábil, pues resulta que por confundir el haber con el deber la habilidad se vuelve debilidad. ¡Terrible el liberalismo en que hemos sido engendrados tantos españoles del siglo de las luces revolucionarias! El que esto escribe oyó estallar en su casa las bombas de los carlistas, y lleva en su sangre la herejía consentida.

Miremos, pues, lo que hay debajo de este pleito que se dice dinástico, y como los conchabamientos entre Alfonso de Borbón y Habsburgo-Lorena y Alfonso Carlos de Borbón y Este no lograrán casar el liberalismo con el carlismo, ni menos restaurar la Monarquía, definitivamente, creemos, perdida, y más la absoluta, que una y otra tradición, la liberal y la carlista, rechazan de consuno. Y veamos cómo la cura del llamado ahora cavernicolismo —de derecha o de izquierda— no está en confusionarias novedades de moda, sino en el tradicional,

genuino y castizo liberalismo español, herético, al que le falta aún por sacarle mucho jugo la República. Y que no es ni de izquierda ni de derecha —¡fatales términos de cajón!—, sino de frente y de cara al sol de mañana.

VICIOS PROPIOS DE LOS ESPAÑOLES

¿QUE quiere usted? —me dijo encogiéndose de hombros—; éste es un país imposible, de niños gastados y donde la gente se muere de sueño”, y al oírle le miré a los ojos y sentí escozor en el meollo del espinazo. ¡Morirse de sueño! —pensé—, no de hambre, ni de sed, ni de asco, ni de dolor, ni de aburrimiento, ni de cansancio, sino de sueño, y de sueño de dormir, ¡no de sueño de soñar! ¡Que la vida, y con ella la muerte, sea sueño pasel, ¡pero que sea dormida! . . . Y en seguida me acordé de aquel pasaje del libro de la “Agonía del tránsito de la muerte”, publicado en 1544, del casticísimo escritor toledano Alejo Venegas, donde nos dice que los que están a la puerta de poder ver a Dios, en trance de morir, “no es razón que se duerman”. Por lo que

aconseja que para curar “este sueño profundo, que los médicos llaman Jubet”, se le ate al moribundo “fuertemente con unas vendas los muslos y dende a poco abajar las ataduras a las pantorrillas y fregarle las piernas con sal y vinagre y ponerle a las narices ruda y mostaza molida”... y “echarle a cucharadas por la boca enforbio trociscado, que tienen los boticarios, e por no dejar remedio alguno, travarán un lechón de la oreja para que gruña a los oídos del flemático soñoliento”... Basta.

Pero... Vicente Medina, siglos después, cantó: “No te canses, que no me remuevo; —anda tú, si quieres, y éjame que duerma,— ¡a ver si es para siempre!... ¡Si no me despertara!... —¡Tengo una cansera!...” Y el pueblo, anónimamente había cantado: “Cada vez que considero—que me tengo de morir,—tendiendo la capa en el suelo—y no me harto de dormir”. ¡Morir de sueño!

Y el mismo Venegas, en el mismo libro, tratando de “los vicios propios de España, de los cuales tienta el diablo a los españoles, ni han de pasar del monte Pireneo adelante, ni del estrecho de Gibraltar”; es decir, de nuestros vicios “demás de los otros que son generales a todos los hombres” decía que son cuatro. ¡Y menos mal al menos! “El primero es el exceso

de los trajes" . . . "El segundo vicio es que en sola España se tiene por deshonra el oficio mecánico, por cuya causa hay abundancia de holgazanes y malas mujeres . . . , los cuales, si no tuviesen por deshonra el oficio mecánico, allende que represarían el dinero en su tierra, que para comprar las industrias de las otras naciones se saca, se excusarían muchos pecados" . . . "El tercero vicio nasce de las alcuñas de los linajes" . . . "El cuarto vicio es que la gente española ni sabe ni quiere saber . . . Desde vicio nació un refrán castellano, que en ninguna lengua del mundo se halla, sino en la española, en donde solamente se usa, que dice: Dadme dinero y no consejo" . . .

¡Vaya con Alejo de Venegas, uno de aquellos a quienes leyó Santa Teresa seguramente, el toledano del XVI, y cómo acuñó tópicos que habían de correr los siglos posteriores! No debió de haber salido mucho ni despacio de su tierra. No debió de haberse preguntado si el tener por deshonra el oficio mecánico no provendría de que este oficio no daba, "no podía dar" de comer a todos los que paría España y que sería inútil represar un dinero que no valdría en las naciones industriosas; si la holganza no provendría de una pobreza radical de la tierra y no la pobreza de la holganza. Y en

tiempo de Venegas y después de él, ¿no ha sido muy nuestro el dormirnos en la suerte que es dormirse a morir? Ni se preguntó el toledano, el que tanto sabía, si el no saber ni querer saber más sus coterráneos y contemporáneos no sería porque sentían de antemano la variedad de todo saber que no les diese una última finalidad de vida. Que aquí, en el sentido del "para qué" está el toque.

Pues este mismo Alejo Venegas en la "Breve declaración de las sentencias y vocablos oscuros que en el Libro del tránsito de la muerte se hallan", nos dice: "Acuérdome aquí de lo que dijo un día Atanasio, el menor de los hijos de casa. Dióle un dolor de ijada, y él, como era tan niño, no sabía qué cosa era ijada, y después de haberse hartado de llorar y de decir: "ay que me duele, ay que me duele", dijo con un gran descuido a su madre: "Señora, ¿a dónde me duele que me duele mucho?" Y bien con haberle dicho su señora madre que en la ijada, no le habría dicho nada. Como no remedian los médicos una enfermedad con sólo ponerle un nombre. Ni cuando el pueblo dice que a dónde le duele que le duele mucho, se arregla el dolor con hablarle de la holganza y de la ignorancia.

... "¿Es que se arregla más — se nos pregunta-

rá— con declararle la raíz última de sus males y cómo ha de acomodarse a ellos?” En aquellos tiempos de Alejo Venegas, en que los pobres españoles —¡pobres, pobres, pobres!— sentían que el entregarse a oficios mecánicos les era como sacar agua de un pozo con un cedazo y que no represarían un dinero que no valdría nada fuera de España —ni dentro de ella— y sentían que los consejos que les daban no aclaraban el sentido y fin de sus vidas; en aquellos tiempos el ansia de vivir, o mejor, el ansia de sobrevivir, les dió un ensueño, les dió un consuelo de haber nacido a morir. Y holgazanes e ignorantes se dieron a soñar una patria última y definitiva. Y este ensueño, por maravilla, les hizo trabajar en él, en el ensueño, y estudiarlo. Y así, si es que se murieron de ensueño, de soñar, no se murieron de sueño, de dormir. A pesar, siglo después, de Miguel de Molinos, el de nuestra castiza nada, el del quietismo, el del silencio de pensamiento, el aragonés tan nuestro.

Sí, ya lo sé, ya lo sé; ya sé que a algún lector se le encabritará el ánimo ante semejantes crudas revelaciones y hasta me echará en cara, en reproche, el que las largo deteniéndome en un desmensurado saboreo de ellas y de su picor; pero es que, lector, me está desazonando el ob-

servar cómo se hinchan ilusiones de un porvenir de riqueza y de sabiduría y de bienestar en una España renovada por arte mágica. ¿Que mejoraremos? ¿quién lo duda? Pero hay que poner tope a las ilusiones . Y sobre todo hay que pensar para qué; esto es: en el para qué del para qué; para que fin—esa mejoría—. Y si no es mejor el opio—que dijo Lenin—de morir dormido.

GUERRA INTESINA FAMILIAR

¿GUERRA civil? Sí, guerra civil, aunque incruenta, y por esto más íntimamente trágica. Guerra más que civil, que habría dicho aquel cordobés prehispánico que fué nuestro Lucano. Guerra intestina familiar, doméstica, no pocas veces. ¿Recuerda el lector aquellos esteriores del Imperio hispánico en América, cuando los hijos criollos de padres peninsulares despreciaban y hasta insultaban en casa a éstos — y más si las madres son criollas— y los vejaban con motes? Pues a esto estamos volviendo. Hay algún pobrecito Pérez que ve su nombre reducido a una P y aún a menos de eso. Hay ya tragedias familiares que son mucho más trágicas que una guerra civil de sangre corpórea.

¿Que de esto no se debe hablar? ¿Que he-

rimos sentimientos? Hay que herir sentimientos para despertar sentidos. Hay que herir sentimiento—resentimiento más bien—de la particularidad para despertar el sentido de la universalidad. Y ahora que los pedagogos nos empiezan a hablar tanto de la escuela única, hay que hablar de la patria única. De la patria única española. Española universal.

¡Ay! Cuántas veces en estos días de trágica guerra intestina, más que civil, hemos recordado aquellos versos, que más de una vez hemos comentado, de Hernando de Acuña, el poeta del emperador Carlos V:

*una grey, un pastor solo en el suelo,
un monarca, un Imperio y una espada.*

Que traducidos en republicano para los perezosos mentales del republicanismo mítico y mágico dicen: “¡Un poder, una ley y un ejército!” Un poder—“arquía”—, uno solo—“monos”—, ejercido por un pueblo, por un solo pueblo soberano. No por varios pueblos. La soberanía no se fracciona. No caben co-soberanías populares. Los pueblos, así, en plural, son buenos par el “folklore”—dejémoslo en inglés—, para el amigo “Azorin”. Y una ley, que es un Imperio. Y una espada, un ejército. No miqueletes, ni miñones, ni somatenes, ni guar-

días cívicas locales o regionales. Ni siquiera policías particulares. Lo que facilitó las guerras civiles cruentas de nuestro siglo pasado fue que en su verdadero foco no había servicio militar obligatorio para España, que mis paisanos no servían al Rey.

“¡Un monarca, un Imperio y una espada!”
¿Y ahora? Ahora una cruz, una cruz sola para todos. Al final de su espléndido poema “Patria” nos presentaba Guerra Junqueiro—¡lo que le viví y lo que le recuerdo!—a Portugal crucificado, y en la cabecera de su cruz, este letrero fatídico: “¡Portugal, Rey de Oriente!” ¿Y España? Quién sabe. . . —¡sólo Dios lo sabe!—, quién sabe si será crucificada en el leño, en la tabla de una Constitución, y en su cabecera este I. N. R. I.: “España, Reina destronada de ambos mundos”. Y así como éste I. N. R. I. del Cristo estaba en tres lenguas, en hebreo, en latín y en griego (Juan, XIX, 20), así este de España será también para más inri, trilingüe. En las lenguas que dividieron a los padres de los hijos, a los hermanos de los hermanos, en las lenguas de los sentimientos y resentimientos particulares y no en la lengua española del sentido universal, imperial, del sentido de la personalidad integral. Cosa terrible cuando Robinsón defiende su islote a ti-

ros de espingarda contra la Invasión de los que cree piratas del océano.

Al Cristo le crucificaron por antipatriota, lo hemos dicho y explicado con textos muchas veces. Por antipatriota y por incomprensivo. El de "dad al César lo que es del César", suprema fórmula cristiana del imperialismo gibelino, no era un pactista. Ni lo era aquel enclenque judío de Tarso, aquel apóstol de los gentiles que evangelizó en su griego roto, aquel Pablo de Damasco, que se erguía ante los pretores diciendo: "¡Soy ciudadano romano!" El fariseo ni el escriba no eran ciudadanos. La ciudad era del César, de un solo poder, de un solo imperio. La realeza de Herodes no lo era de ciudadanía.

Guerra más que civil y peor que cruenta, guerra intestina, guerra doméstica. Y hay que abrir los ojos y el corazón a ella. Y se oye: "¡Crucificala! ¡Crucificala!" ¿Nos salvará de ella un pacto? La convivencia no se pacta. No es cosa jurídica.

¡Ah!, sí. ¿Que hay cosas que se deben callar? Pues bien, ¡no! Lo que hay que decir son las cosas que se dice que no deben decirse. Oportuna e inoportunamente, que decía el enclenque judío de Tarso. Y hay que hablar de la guerra civil vigente. Y guerra ¿para qué?

¿Para sacudirle de alguna opresión, de alguna esclavitud? Hombre o pueblo que se esta quejando de su esclavitud es que se siente con alma de esclavo. Como todo resentido que padece manía persecutoria. Mas de esto, otra vez.

SOBRE EL CAVERNICOLISMO

¿QUE qué piensa el comentador de las responsabilidades; qué de la reforma agraria; qué de la separación de la Iglesia y el Estado; qué del cambio; qué de la C. N. T. y la F. A. I. y la U. G. T.; qué... de todo lo demás así? El comentador vive pensando históricamente la historia de España. Y pensar históricamente es pensar políticamente. La historia humana, civil, nacional —y no hay otra— es la historia de la forja de las nacionalidades. El comentador profesa la concepción materialista de ella. La política priva sobre la economía, que no es todavía plenamente humana. El hombre es un animal político.

Y así el comentador lo supedita todo a comprender históricamente la constitución nacional de España —su historia—, base de to-

da Constitución del Estado. Porque la Constitución del Estado —con mayúsculas de nombres propios— es cosa minúscula junto a la constitución de la nación —con minúsculas de nombres comunes—. Lo uno no es más que jurídico; lo otro es político. Y la constitución nacional de España, aquella que Cánovas del Castillo —historiador político y estadista histórico— llamaba la constitución interna, más bien íntima, cuando hablaba de continuar la historia de España, esa constitución nacional interna no admite soluciones de continuidad. No lo fué el período de 1868 a 1876. Alcolea, Amadeo, la República del 73, Bilbao, la paviada y Sagunto fueron escenas de un solo acto histórico nacional. Y quienes mejor lo abarcaron en visión fueron Cánovas y Castelar. Castelar, que soñando siempre en la España universal y una, sintió lo que se quemó en Cartagena.

¿Constitución nacional? ¿Y qué es ello? Aquí el comentador va a acudir a su oficio, el de lingüista, “Status” es el acto de ponerse y de estarse en pie, es la situación de lo que está en pie, y “statuere”, estatuir, es poner en pie algo. De aquí Estado y también estatuto, a los que vamos a dejar por ahora de lado. Y luego, con prefijos, se formaron “instituire”, instituir, poner en pie, destituir, echar

abajo lo que en pie estaba; restituir, volver a ponerlo como antes, y "constituere", constituir, que es poner o mejor componer en pie varios miembros. Y aun queda "prostituere", o prostituir, que es poner algo en venta. El que se prostituye se pone en pie ofreciéndose al mejor postor. Nación, por otra parte, deriva de nacer, y popularmente "ciego de nación" quiere decir ciego de nacimiento.

La constitución nacional, la historia, es la acción de componerse y constarse juntos, en pie y en un haz, los nacidos en común, en comunidad de destino. Y ésta es la historia de España desde que es España, y sobre todo desde los Reyes Católicos, desde que con la toma de Granada y el descubrimiento de América se anuda, por voluntad divina, por la gracia de Dios, la unidad nacional española. Y si a esta íntima constitución nacional se intentó alguna vez por instintos prehistóricos, anti-históricos, prostituirla, ponerla a subasta y regateo cantonales, la continuidad histórica, que no tolera soluciones de ella, se sobrepuso.

¿Instintos prehistóricos? Sí, instintos prehistóricos, o si se quiere troglodíticos y cavernícolas. Porque los leyendarios primeros fundadores de la sociedad civil, de la nación, los soñados contratantes del contrato, del pacto social de Rousseau, esos contratantes y pac-

tantes no son más que un mal sueño, una pesadilla, y están fuera de la historia. El troglodita de la cueva de Altamira, el que trazó aquel mágico bisonte al que se ha tragado el león de España —y ¡cómo le duele en las entrañas!—, aquel troglodita no vivía en la historia, no vivía la historia. Y no podía pactar ni contratar nada. ¿Derechos individuales? Para que los haya, el individuo tiene que ser persona y el pobre troglodita no lo era.

Lo propio de todos los trogloditas, de todos los cavernícolas, díganse de derecha o de izquierda —porque hay un izquierdismo troglodítico, tan troglodítico como el otro, si es que no más—, es querer poner soluciones de continuidad a la divina obra histórica de la constitución nacional de un pueblo con un destino común, a la divina obra de unificación de misión histórica. No, los cavernícolas de nuestras cuevas prehistóricas no pueden volver a pactar nada, a contratar nada, como si Dios hubiese dejado de pensar España a fines del siglo XV. Y conviene que todos los españoles por la gracia de Dios nos demos cuenta de cuál es el verdadero cavernicolismo, sea de derecha o de izquierda, que lo mismo da.

EN *La Biblia en España* —obra ya clásica—, de Jorge Borrow, tan acabadamente traducida del inglés por Manuel Azaña, se lee un delicioso relato de una conversación que en Córdoba tuvo el autor, don Jorgito, con un viejo sacerdote que había sido inquisidor, relato en que ha debido meditar más de una vez el presidente del actual Gobierno de la República española, o sea del Gobierno de la actual República española. En la conversación aquella se cambiaron estos términos: “—Supongo que sabrá usted cuáles eran los asuntos propios de la función del Santo Oficio; por tanto, no necesito decirle que los delitos en que entendíamos eran los de brujería, judaísmo y ciertos descarrios carnales. —¿Qué opinión tiene usted de la brujería? ¿Existe en realidad ese delito?

—¿Qué sé yo! — dijo el viejo encogiéndose de hombros—. La Iglesia tiene, o al menos tenía, el poder de castigar por algo, fuese real o irreal, don Jorge; y como era necesario castigar para demostrar que tenía el poder de hacerlo, ¿qué importaba si el castigo se imponía por brujería o por otro delito?”

Ahora bien —otro diría que ahora mal—, lo mismo que la Iglesia en tiempos del Santo Oficio de la Inquisición tenía el poder de castigar por brujería tiene hoy la República española, en virtud de la ley llamada de Defensa de ella, el poder de castigar por ciertos delitos u ofensas al régimen vigente, entre ellos el de hacer la apología del régimen monárquico, lo que constituye, sin duda, un aojamiento al que le ha sustituido. Pues ¿quién duda de que la reciente República, tan tiernecita aún, no podría resistir sin serio quebranto una apología de aquel otro régimen? Por lo cual es debido castigar ese y otros delitos análogos. Así se da una sensación de firmeza y de que con la República no se juega, pues no es cosa de chiquillos.

Y sobre todo, ¿es que ha olvidado nadie lo que se hacía en tiempo de la odiosa dictadura primorriverañea, y cómo se le deportaba a cualquiera por la menor brujería? ¿Es que no se le mandaba a uno a Fuerteventura, por ejemplo,

sin decirle siquiera por qué? Verdad es que él se tenía la culpa por no preguntarlo y dar las explicaciones convenientes. Sí; hay que defender el régimen naciente y hay que continuar la revolución, digámoslo así. Que con esto no se juega, y camelos no, ¿eh?

Estamos en guerra civil, aunque este concepto haya podido escandalizar a algunos, ya cuando yo lo proclamé a propósito del llamado problema catalán —que acaso ni es catalán, ni es problema—, ya cuando ciertos revisionistas lo proclamaron, ya cuando un ministro socialista amenazó con ella en el caso de que no se diera satisfacción al anhelo revolucionario. Pero bien claro dimos a entender todos lo que por guerra civil entendemos. Aunque por mi parte no sé más lo que quiere decir complot que no sé lo que quería decir brujería.

No, no; no se puede permitir que cada cual se exprese como mejor le venga en gana y usando acaso de insidiosos ambages. Para algo se ha votado esa ley de defensa. Ley que debe ser de defensa previa o sea de ofensa. Vale más prevenir que curar. Y además, si no damos la impresión de que el régimen está rodeado de peligro, ¿cómo van a acudir a sostenerlo los buenos revolucionarios?

Hay que cuidar de todo, hasta de menudos detalles de expresión y aun de estilo; hay

que sustituir una liturgia por otra, una etiqueta por otra, unas fórmulas por otras. Y así, por ejemplo, no había por qué sonreírse al leer en cierto documento oficial burocrático publicado en la "Gaceta" que se le eximía a un ciudadano del pago de "derechos de la República", llamándoles así a los que antes, en el régimen monárquico, se les llamaba "derechos reales". Porque si siguiéramos confundiendo las cosas, llegaríamos a llamar realidad a la realeza, y ¿adónde se iría a parar? Es menester irse con tiento en esto de la selección de los vocablos, frases, giros, motes y muletillas porque los frigos son muy ladinos y ponen brujería y aojamiento no más que en un tonillo o un retintín.

Hay que recoger toda clase de armas, de fuego o de palabra, aunque sean espingardas de tiempos de la Nanita, o piezas de museo doméstico. En las delicadas circunstancias en que se halla el régimen naciente son peligrosas hasta las hachas de piedra —piedras de rayo— de los trogloditas o cavernícolas de la época del bisonte de Altamira. De aquel bisonte al que se tragó el león de España, y que por cierto se lo tiene todavía en el estómago, sin que haya logrado digerirlo. Acaso por los cuernos.

Y si ahora se me preguntara si creo o no

en brujería contestaría con el inquisidor de Córdoba: *¡Qué sé yo!* Sólo sé que deportarle a uno a Fuerteventura suele servir para todo lo contrario de lo que el deportador se propone.

‘ ‘ S O M N I A D E I P E R
H I S P A N O S ‘ ‘

EN aquel tan sugestivo libro “The autocrat of the breakfast table” (El autócrata de la mesa redonda) —¡y qué extraño que no se haya traducido ya!— le hacía decir su autor, Oliver Wendell Holmes, al monopolizador conversacionista, esto: “No supondrá usted que las observaciones que hago en esta mesa son como otros tantos sellos de correo, cada uno de los cuales sólo se usa una vez. Y si supone así, se equivoca. Tiene que ser un pobre hombre el que no se repita a sí mismo a menudo. ¡Imagínate al autor de aquella excelente pieza de consejo “¡Conócete a ti mismo” sin volver a aludir a ese sentimiento durante todo el resto de una prolongada existencia...! Porque las verdades que un hombre lleva con-

sigo son sus herramientas; ¿y cree usted que un carpintero no tenga que usar el mismo cepillo más que una vez para cepillar una tabla nudosa o tenga que colgar su martillo después que ha metido su primer clavo? Jamás repetiré una conversación; pero una idea, a menudo. Usaré de los mismos tipos cuando me plazca; pero no, de ordinario, de la misma estereotipia. Un pensamiento es muchas veces original aunque lo haya uno expresado cien veces. Se le ha ocurrido por nuevo camino, por un nuevo y expreso curso de asociaciones". Y además, añado yo, es en vano que esquivemos repetir ciertas nociones cuando ellas, como ciertos manjares, nos repiten dejándonos su deajo en el paladar del pensamiento. Y, sobre todo, cuando se repite la pregunta hay que repetir la respuesta. Así ahora.

Pues me escribe uno de esos mozos de vanguardia sin peso de historia, que, forasteros en dondequiera, tiran tan sólo a arrasarlo todo a su propio vacío raserero —¡claro que de boquilla!—, que la República debe ir a paso de carga, , y yo le respondo —a él, ¡irresponsable!— que no, sino a paso de trilla. ¡Aunque después se pongan a pegar fuego a las parvas! ¡Es tan entretenido!

Invoca ¡claro!, la revolución. ¡Y dale con ella! Pero yo le pregunto qué quisicosa es ésa

de la revolución que tanto traen en boca. ¿Es revolverlo todo? ¿Es volver la tortilla? ¿O es lo que se llama en astronomía revolución, la de los planetas en torno del Sol, la de los satélites en torno de un planeta? En un reloj de bolsillo el segundero va más de prisa que el minuterero, y éste más que el horario; pero todos vuelven al mismo punto, cumplen su revolución, y. . . vuelta a empezar.

¿A paso de carga? ¿A cargar sobre qué? Ni él, mi corresponsal el mozo de vanguardia, lo sabe. Es que se encuentra en un estado de ánimo que podríamos llamar catastrófico, en un tenor revolucionario que no es político, o sea civil, ni ético, o sea moral, ni menos religioso, sino estético; es que sufre de lo que se diría acedia seglar —correspondiente a la acedia claustral, que tanto torturaba a los ascetas— de tedio civil, o, en una palabra, de aburrimiento. Es el mismo triste estado de ánimo que lleva a tantos a las corridas de toros no más que en acecho de lo que llaman hule. “¡Así no se puede vivir; aquí no pasa nada!” —decíame uno de esos mocetes. Y es lo que les llevó a quemar conventos a mozalbetes que ninguna enemiga abrigaban contra sus frailes. Una enfermedad del magín; un efecto de leyenda cinematográfica de la actualidad. Y en el fondo, una falta de formación histórica.

Los más de esos chicos y grandes que hablan de la revolución que está por hacerse en España no saben de lo que se trata. Es aquello de “cuando venga la gorda...” Prim hablaba de destruir en medio del estruendo —así— todo lo existente, y apenas si quedó el estruendo. “Se fué para siempre la raza espúrea de los Borbones”, decían; pero en Cartagena —que está en la misma costa que Sagunto— prepararon los cantonales su vuelta restauradora. Y segunderos, minuteros y horarios se pusieron a dar las horas al paso del Sol, que no se sale del suyo.

Y es por esto por lo que vengo insistiendo y volviendo a insisistir en que se críe a la generación nueva en el hondo sentimiento de la historia patria, en el arregosto de la tarea cotidiana, en el consentimiento del lazo que nos une con los que nos han hecho españoles. Porque aquí la historia es historia española, y España es su propio historia, su obra. “Gesta Dei per francos”, los gestos; es decir: las acciones o hazañas de Dios por medio de los francos —dijeron éstos—. “Somnia Dei per hispanos”, los sueños de Dios por medio de los hispanos —digamos nosotros—. Y éste será el más profundo sentimiento de la patria y de su historia. ¿Meta última? El gran historiador alemán Ranke solía decir que cada gene-

ración está en toque inmediato con la Divinidad. Y es que hay como una visión beatífica civil y mundana, y es la contemplación, la comprensión y el goce de la historia que se está haciendo. Hacer historia es comprenderla y gozar de su comprensión. Y hacer historia es hacer patria y es hacer religión.

Y hasta para ponerse a echar mano a un derribo y desescombro, que no es otra cosa una históricamente inevitable revolución, se debe ir a ella, no por emociones catastróficas, no por holgorio callejero, sino con la alegría del sentido de la responsabilidad histórica. Sentido que nos dice que la verdadera revolución —diríase que astronómica—, la permanente, va a paso de trilla. Y ¡ay del que, arrastrado por la afición catastrófica, no va sino a salir del paso!

¡,,HAY que mantener en alto la antorcha del ideal!" Al pelo, amigo mío, linda frase, muy linda frase. Pero... sí; pero la mano que tiene la antorcha, que la man-tiene, es de carne y hueso y no de bronce, y se cansa y se abate. ¿Estatua? ¡Ay, amigo; terrible cosa tener que hacer de estatua! Hay en el Palais Royal de París una en mármol, representando a Víctor Hugo con un brazo extendido, y éste... apuntalado por el mismo Rodin. Y a los modelos de tales actitudes, para pintura o escultura, se les suele sostener el brazo con un cordel que cuelga del techo. Y el experto, que como aquel de que nos habla Browning, al ver una estatua de Laoconte sin serpientes, mientras los demás que la miran creen que está desperezándose, y bostezando adivina él que es que está

luchando con un enemigo invisible. ¡Con serpientes invisibles! ¡Y lo que duele, amigo, el cordel que cuelga del cielo! Usted, que es ante todo y después de todo un esteta, no lo comprende. O mejor, no lo con-sabe ni lo con-siente.

Cuenta el "Libro del Exodo" en su capítulo XVII que cuando peleaba Israel contra Amalec, si Moisés alzaba su mano Israel prevalecía; pero cuando la bajaba, prevalecía Amalec, y que como las manos de Moisés estaban pesadas, le hicieron sentarse en una piedra y Aarón y Hur le sostenían las manos, el uno de una parte y el otro de la otra, y que así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol. Las palmas de los pies de Moisés, descansando, no apoyandose en tierra, y las plantas de sus manos apoyadas en otras manos. Palmas de pies de peregrino, plantas de manos de legislador. Y muerto luego Moisés en la cumbre de Pisga, del monte de Nebo, en la tierra de Moab frente a la tierra de promisión, en la que no le fué dado por el señor entrar, pasó Josué a ella el Jordán, con el arca de la alianza.

¿Conoce, amigo, aquel denso poema de Alfredo de Vigny titulado "Moisés"? Oiga algo de él: "Y tomando lugar de pie, delante de Dios, Moises, en la nube oscura, le hablaba cara a cara. Y decía al Señor: ¿No he de aca-

bar? ¿Adónde quieres que lleve todavía mis pasos? He de vivir, pues, siempre, poderoso y solitario? ¡Déjame dormirme con el sueño de la tierra! ¿Qué te he hecho para ser tu elegido? He conducido a tu pueblo a donde has querido, y he aquí que su pie toca a la tierra prometida. De ti a él que se tome otro la mediación y que ponga el freno al corcel de Israel; yo le lego mi libro y la vara de bronce". Y todo lo demás que le dice y que conviene, amigo, que lo lea en el original de Vigny, en su poético francés, denso y flúido. Y aquí debo advertirle que el agua corriente, líquida y flúida es más densa que el hielo sólido, pues éste flota en aquélla. Y que yo aquí me veo constreñido a traducir a Vigny en prosa sólida y no en verso líquido.

He vuelto a leer el "Moisés" del gran poeta al recibir, amigo, con su amonestación su linda frase de la antorcha del ideal. Y he repasado mi pasado.

Soy ¿debo decírselo?, uno de los que más han contribuído a traer al pueblo español la República, tan mentada y comentada. Pero ahora, en el umbral de la puerta entornada de la España de promisión, sienten las palmas de mis pies de peregrino ganas de césped de hierba fresca en que descansar sin apretarla, y sienten las plantas de mis manos de escritor

ganas de sostén de familiares y de discípulos. Y veo la cumbre del monte Nebo, el Pisga que se me aparece en sueños algo así como el picacho del Almanzor, en Gredos, esa vértebra cervical del espinazo —rosario, dice el pueblo— de las dos Castillas, la leonesa y la manchega, la del Cid y la de Don Quijote. Que vengan, pues, los Josués.

Que vengan los Josués que le hagan pararse al Sol, o que, a lo menos, nuevos Esproncedas le conminen a que se pare para oírles su ardiente saludo. “Para y óyeme, ¡oh Sol, yo te saludo!”... Esto no es de Vigny. Y que el Sol, que es la mejor antorcha del ideal, les oiga, y que ellos hagan a su vez de estatuas saludadoras. ¿No entramos ya en un nuevo mundo y en una era nueva? Y que esos Josués pasen con sus arcas el Jordán, que es un Rubicón, y tras el cual les aguarda la inevitable guerra civil inacabable, lo que otros llaman revolución, la revolución permanente del profeta israelita Trotzki, el avance sin muga. Yo, amigo, vengo del siglo XIX liberal y aburguesado; los sueños de mi niñez se brizaron al fragor de aquellas modestas guerras civiles de 1874, cuando el cursi himno de Riego espoleaba corazones. Pase, amigo, pase el Jordán-Rubicón y entre en la nueva España, en la España federal y revolucionaria. Yo me quedaré

en Gredos, pues empiezan a caerseme las manos y los pies. Cada vez sueño más con hierba fresca y verde, para descansar sobre ella o debajo de ella, al sol del cielo o a la sombra de la tierra.

Y ahora vuelvo a releer el "Moisés" de Vigny, y vuelvo a oírle cómo le dice al Señor terrible, de quien ver la cara es morir:

"Vous m'avez fait vieillir puissant et solitaire, laissez-moi m'endormir du sommeil de la terre".

EN UN PERPETUO SABADO

Al Señor Don B. C. D.

CONQUE ya lo sabe usted, señor mío, es acto de agresión a la República —así, con letra mayúscula, me parece— la apología del régimen monárquico. No dice precisamente de la Monarquía. Lo cual podrá a usted parecerle no más que una tontería; pero guárdese de emplear expresiones así de menosprecio. Y la de llamarle a uno tonto es la más condenada en el Evangelio. Sea, pues, evangélico y guárdese del peligro de ser deportado o confinado. Y le vendrá a usted mejor el no poder hacer la apología de su monarquía, de la monarquía que está usted soñándose.

Suéñela, sueñe su monarquía, su nueva monarquía, su monarquía restaurada. Ello le permitirá vivir mejor bajo este régimen republicano. Porque comprendo lo que le pesa el

presente. Pero recapacite y dese cuenta de que "cualquier tiempo pasado es mejor". Es, ¿eh?, es y no fué. Cualquier tiempo pasado es mejor y lo es porque pasó ya. Lo peor es lo que no pasa. Sí, sí; comprendo lo más de su pena y hasta me conduelo de ella. Sueñe su monarquía —una monarquía imposible, por supuesto— y cuando le acongoje o siquiera le moleste algo de lo que pasa —o mejor: que no pasa— dígame: "¡en ella sería otra cosa!" En ella quiere decir en esa monarquía por usted soñada tan íntimamente. Es un gran consuelo. Tan grande como el que se expresa en aquello de: "... ¿y qué es esto comparado con la eternidad?" Viva usted en el eterno sueño. Viva usted en la utopía y fuera del tiempo. Sueñe, sueñe esa su monarquía restaurada, pero que el Señor no le haga despertar en ella. Le sería horrible ese despertar. Le resultaría a usted esa su monarquía no ya soñada, sino vivida, es decir: sufrida, peor que esto que tan mal nos parece. Hágase agonizante de su ideal político; agonizante en ambos sentidos, el de quien agoniza y el de quien ayuda a agonizar: el despenador.

Siempre es así, señor mío, siempre es así para los que se proponen ser optimistas, para los optimistas de profesión. También nosotros, los que aparecemos frente a usted, soñábamos

otra cosa. Siempre se sueña otra cosa. También nosotros nos sentimos desencantados y más que por la realidad presente histórica por las apologías que de ella se hacen. A mí, individualmente, me duelen menos los hechos que las explicaciones que de ellos dan sus apologistas. Lo peor de la República me parecen los republicanistas, que no son precisamente los republicanos. Sueñe usted, pues, sueñe.

Usted conoce sin duda al gran poeta pesimista y gran patriota italiano Leopardi. Usted conoce su "Canto a Italia", y conoce "La Retama", y "Amor y Muerte", y "A sí mismo", allí donde dijo lo de "la' infinita vanidad del todo". Del todo, que es algo más que la República y la Monarquía, y que las dos juntas, que la república monárquica y la monarquía republicana. Pues bien, en ese Leopardi, que decía despreciar el poder escondido que para común daño impera, encontrará usted una deliciosa poesía optimista —aceptemos la fórmula— dedicada al sábado en la aldea. En la aldea sabatina. Vuelva a leerlo y a releerlo. Vuelva a leer ese encomio del sábado, de la víspera del día de fiesta. Es algo reconfortador. No he encontrado que se le parezca más que una estrofa de Mosén Cinto Verdaguer en que canta la soledad querida de

su infancia, de su infancia que no tuvo un mañana —*que no tingué demá*—. Un mañana, no una mañana.

Viva, señor mío, en perpetuo sábado, en víspera inacabable, y que no le llegue el domingo —*dominicus*—, el día del Señor. El día en que dicen que descansó el Señor. ¡Descansar el Señor! ¡Se ha fijado usted en esto de descansar el Señor? Figúresele en huelga; acaso en huelga de brazos caídos. Y fíjese en aquello de que Dios no nos deje de su mano, que no descanse. No, señor mío, no; que su Dios no descanse. Descanse usted más bien en El.

Ya sabe que al pueblo español se le llama por ahí fuera el pueblo del mañana. Del mañana —*le demain*—, no de la mañana —*le matin*—. O en catalán *demá* y *matí*. 'Mañana será otro día' —decimos—. Y llega y es el mismo. Y eso del pueblo del mañana quiere decir del por venir. No de lo venidero, sino de lo por venir. De lo que está por venir y nunca viene. De lo que está para llegar. Viva, pues, señor mío, en el por pasar, viva en su ensueño.

Y ahora . . . , pero no, porque me voy acercando no a lo indecible ni a lo inefable, sino a lo nefando. Usted sabe que es lo nefando,

lo que no debe decirse. Basta, pues, ¿Basta? No, no basta. Pues usted sabe el verdadero fondo de mi actitud.

¿Que por qué le escribo estas cosas? Está en mi destino, acaso en mi misión. El señor no me puso en esta España para dar facilidades a los cobardes.

Y ahora, sueñe su nueva patria por venir. Salud para encomendarla a Dios. Y le acompaña en su sentimiento: Miguel de Unamuno.

INNEGABLE que pesa sobre una gran parte de la gente —y gente no es precisamente pueblo— un cierto estado de desasosiego común y contagioso, “¡Que se reviente de una vez!” “¡Se vive con el alma en un hilo!” “¡Así no podemos seguir!” “¡Hay que salir de esto!” —se oye—. Y con ello friega de sentimientos y refriega de resentimientos encontrados y en choque. ¡Y luego rumores! “Se dice que...” Y no es que esperen lo inesperado, según el consejo de Heráclito de Efeso, con esperanza, sino que lo esperan o, mejor, lo aguardan con temor. “¿Qué va a pasar aquí?” —se preguntan—. Y tanto o más que en busca de Mesías andan en busca de profetas de Mesías. Todo lo cual es una enfermedad de la imaginación colectiva.

¡Imaginación! “Autos”, aviones mecánicos, “cines”, “radios”, gramófonos de altavoz . . . , no hay tiempo de enterarse de nada de lo que pasa, ni de lo que se queda, ni de entregarse a ello. “Agua pasada no mueve molino”, dice el consabido refrán del pueblo; pero mueve la mente del molinero. Y la mente del molinero es también molino, que mueve al otro. El que obra en la Historia necesita adquirir conciencia de su obra. Y la gente no digiere la historia que vive; no la digiere, sino que la rumia; no medita, sino que cavila. ¿Es que se vive demasiado de prisa? “¡Se vive!”, suele decirse con una cierta engañosa satisfacción. Pero ¿se vive o se experimenta?

¡Imaginación! Desde hace algún tiempo los adeptos de la novísima filosofía fenomenológica alemana han forjado un sustantivo para verter el germánico *Erlebnis*, y es el de: vivencia. Y empieza a sonar lo de vivencias. El verbo alemán *erleben* solíamos traducirlo por experimentar, pero se ha caído en la cuenta de la diferencia. No es lo mismo vivir que experimentar un malestar creciente, póngase por caso. Ni por otra parte la experiencia es la experimentación. Y en el fondo se trata de poder imaginarse, de poder soñar acaso, aquello que se vive. No se vive vida íntima espiritual,

vida histórica —en cierto sentido podría decirse que vida religiosa—, sino pudiendo imaginarla, soñarla, en vivo. No por el entendimiento, no por el sentimiento, no por la voluntad vive el hombre vida humana, sino por la imaginación. Todo el poderío del ánimo consiste en imaginar lo que se ve. ¡Imaginar lo que se ve! “¡Quién lo creería . . . , si parece un sueño!” —se dice—, y cuando así se dice es que se está ante un verdadero sueño, ante una realidad espiritual. “¡Quién lo creería! . . .”, pero es que tan creencia como la de la fe es la de la razón, que si fe es creer lo que no vimos, razón es creer lo que vemos, creer en el sueño. Y crearlo al creer en él. Mas para ello hace falta ocio, vagar, ¿y dónde le hay hoy? La imaginación se cansa no de imaginar, sino de no poder imaginar, de que no le quede ocio para imaginar. Trabaja a destajo y nada produce.

¡Imaginación! La vivencia, la *Erlebnis*, la experiencia vital es algo imaginativo. Pero —ya lo hemos dicho— no es lo mismo experiencia que experimentación. Ni es lo mismo un hombre experto que un hombre experimentado. La experimentación nos trae a las mientes cuines (conejiillos de Indias) y ranas de fisiólogos. Y acaso alumnos de laboratorios de pedagogía norteamericana. En la experimen-

tación se trata de poner algo a prueba. Y conocido es el peligro de las probaturas, pues en probaturas se fué —dícese— la doncellez de la Juana. Y hace poco que un grupo de estudiantes universitarios —probablemente de la F. E. C.— se quejaba de que los profesores les habían tomado de cuines (cobayas) para experimentos políticos. Y lo que es indudable es que con la preocupación de que no hay tiempo que perder, de que hay que acompañarse al ritmo de la vida moderna, menudean, acaso más de lo debido, los experimentos, los ensayos, las probaturas.

¡Imaginación! Cada vez que oímos hablar de emoción republicana, de fervor republicano, de conciencia republicana, nos imaginamos que el pueblo español no ha llegado todavía a imaginarse lo que sea una República. A lo sumo lo que hace ya años oíamos en Balaguer a un republicano cataián: “La República es una Iglesia en que todos son herejes”. Lo cual no carece de sentido, pues es una expresión del absoluto individualismo, rayano en el anarquismo, de la atomización de la soberanía. No de la soberanía popular, sino del montón de soberanías individuales. Y son casi los únicos, nuestros anarquistas ibéricos, los que se imaginan —y para ello hace falta bien poca y bien pobre imaginación— una República así, en que todos

sean herejes. Lo que no es, ¡claro!, una Iglesia herética. Pues una República en que todos fuesen soberanos, jamás llegaría a ser una República soberana.

¡Imaginación! Los ciudadanos españoles —de toda España— que el 12 de abril del pasado año de 1931 votaron por un nuevo régimen, por un cambio de régimen, ni se habían imaginado lo que pueda ser una República, ni ahora, después de los experimentos, de las vivencias si queréis, de las probaturas, se lo imaginan. “¿Para esto ha venido la República?” —se le oye exclamar a alguno que se cree lesionado en su soberanía individual, en su real y santísima gana.

¡Imaginación! Se le puede, sí, ayudar con obras de imaginería, pero de nada sirve sacar éstas por plazas, plazuelas, calles y callejas cuando la procesión anda por dentro. Banderas tricolores, gorros frigos, himnos de Riego . . . ¡Bien!, pero . . . La imaginación, como la liturgia, suele cansar a la imaginación sin despertarla. Lo que hace es adormecerla.

—¡Ay, amigo! —me decía un coetáneo mío—; usted sabe cuánto deseé el cambio, aunque sólo fuese por cambiar de postura, pero si viera usted, aquí entre los dos, ya que nadie nos oye, cuánto echo de menos aquellos para mí apacibles tiempos de la Regencia, después

del 98, en que ustedes se desataron, aquellos tiempos de apacible siesta comunal, cuando los caciques apacentaban al noble pueblo, y los republicanos históricos colaboraban, con su discreta oposición, en la historia de la Regencia. Sí, sí; sé lo que me va usted a decir, pero . . .

Pero ¿qué le iba yo a decir? Mi profesión es imaginar y hacer que otros imaginen, y hasta hay quien se empeña en atribuirme el que me arrego el papel de profeta, pero . . .

Hay toda una filosofía del "pero . . ."

¿FAJISMO INCIPIENTE?

Y AHORA, prosiguiendo, ¿es que está cuajando en nuestra España algo parejo al fajismo italiano y al nacionalsocialismo alemán? Y esto aunque no se vislumbre aquí ni un Mussolini, ni un Hitler españoles. ¿Es que está cuajando en nuestra España algo al parangón del monarquismo nacionalista de la Acción Francesa, un monarquismo doctrinario con pretendiente de carne y hueso o sin él? Hay que mirarlo despacio. No hay aquí para ello ni los motivos de Italia, presa de resentimiento por haberse visto menguada, y hasta humillada, en sus ensueños imperiales por una victoria a que le llevaron sus aliados y por haberse disuelto la que llamaban los italianos *la nostra guerra* —la del egoísmo sagrado— en la Gran Guerra de todos y contra todos, ni hay

tampoco los motivos de Alemania crucificada en el Tratado de Versalles. Y en cuanto a lo de la Acción Francesa, la reciente República española no ha podido crear todavía ni el descontento ni el desengaño que en ciertos nacionalistas franceses —enfermos, sin duda— ha engendrado la tercera República francesa. Y, sin embargo, ciego será el que no vea asomar aquí esa enfermedad de moda. ¿Sólo de moda? No.

He podido mirar a los ojos de algunos de esos jóvenes fajistas. Su mirada es sin alegría, sin aire, sin donaire. Se lee en su mirada el resentimiento. Y el reconcomio, y hasta el rencor. ¿A qué? ¿Lo saben ellos mismos? Es el morbo nacional, sansoncarrasqueño. Porque digan lo que dijeren, no es el heroísmo cidiano, el del Cid, lo que sienten, sino la bachillería rencorosa —quisquillosa y recelosa— de Sansón Carrasco. Y al verlos, y al ver cómo nos ven, recuerdo aquellos versos que escribía yo en el destierro, cuando meditaba en la ciénaga que remejió la Dictadura, y son los que dicen: “Se está por dentro riendo —de mí, se piensan y ocultan— en el bolsillo del alma— toda su baba frailuna”. Este naciente fajismo español nutre sus raíces de planta flotante en el lecho de la ciénaga.

Y luego la violencia. La violencia querida

más que sentida; la violencia del medroso. Y esta violencia, no está al servicio de doctrina —de una o de otra doctrina—, sino que son doctrinas las que se ponen al servicio de la violencia; son causas perdidas las que buscan en ella amparo, y buscándolo hallan su última perdición. Que cuando se quiere defenderse de una disolución al arrimo de esa violencia fajista se acaba por merecer la expulsión. No es el violador el que se pone al servicio de la beldad violada, sino que es ésta la que se rinde al violador, al violento. Porque todo violento es un violador. Y esos violentos sedicentes católicos no hacen otra cosa que violar el catolicismo. El catolicismo y, lo que es peor, la catolicidad. Aunque... ¿catolicidad? ¿Catolicidad la de esos jóvenes bárbaros de la derecha?

Hay ya fajistas que empiezan a tomar como emblema, no el fajo, no el haz de los lictores, sino la cruz del Cristo. ¿La del Cristo? ¡La del Cristo no! Que el Cristo cargó con ella a costas cuando caminaba camino de la amargura, a que Pilatos le proclamase rey en el rótulo de ella, de su cruz, mientras que éstos se la toman a pechos y acaso de escudo. El Cristo se respaldó con la cruz y éstos se repechan con ella. No sirviendo a la cruz, sino sirviéndose de la cruz. Y lo peor es que ha-

blan de la familia y de la religión. ¡De la propiedad y del orden, pase!

¿Religión? En todo eso se queda debajo el gran misterio y la gran congoja que importa la imaginación —que no concepción— popular de la vida eterna. Porque el pueblo no consigue concebir la eternidad sustancial, sino que ansía imaginar la sempiternidad cuantitativa, la adición sin fin de siglos. No logra comprender la eternidad histórica, momentánea, la del momento eterno —eterno y que pasa—, el arrebatado, el arrobado, el rato —raptado— que encierra en sí con todo el pasado, el porvenir todo —y es el quietismo de Miguel de Molinos—, sino que se somete al terrible tormento, verdadero purgatorio, de soñarse un sin fin de siglos venideros. Figurémonos la tortura de tener que figurarse, que darle nombre —imaginar es nombrar— a la cantidad cifrada por la unidad, un 1, seguida de 24 millones de ceros, v. gr., ya que el trillón es un 1. seguidó de 24 ceros. El pobre hombre se anota ante ese vano esfuerzo imaginativo. ¿Para qué más purgatorio? Hay que leer los argumentos de que se servía la pobrísima imaginación acrítica y aldeana —y de aldea asturiana del siglo XIII— de aquel aldeano tomita, hecho cardenal, que fué fray Zeferino González, D. P.; los argumentos de que en su "Fi-

losofía elemental" —texto que tuve que estudiar hace ya más de cincuenta años— se servía en contra de la posibilidad de un número actualmente infinito. Y en esos puerilísimos argumentos se educaron aldeanos seminaristas. Y en otros por el estilo. Sin que fueran más críticos ni más espirituales los de aquel otro aldeano, éste vizcaíno, que fué el P. Urráburu, S. J. Y de aldeanería vertida a latín escolástico. Y estos y otros aldeanos así, teologizantes, naufragaban en el mar del infinito, pero sin dulzura. Que fué Leopardi —tan odiado por los fajistas hoy— el que decía que "*così tra-questa—immensità s'annega il pensier mio—e il naufragar m'è dolce in questo mare*". Pero ¡ah!, la dulzura de naufragar en el mar inmenso del infinito, de anonadarse, de aniquilarse en él, no es para aldeanos, para paganos. Paganos católicos, por de contado. Ni es para fajistas. Los pobres temen que Dios al cabo se duerma de aburrimiento y una vez dormido no los sueñe más. Y luego esa invención de las penas sempiternas, las del infierno. Eso no es religión.

¿Fajismo? Es la moda, o, mejor, la epidemia acaso inevitable. ¿Pero apoyado en religión? No. La religión tiene que vivir del momento histórico verdaderamente eterno, tiene que vivir de la historia de ahora. Y ahora es

siempre. Y el momento histórico de ahora en España es esta que llamamos, por llamarla de alguna manera, la revolución liberal y democrática. ¿Pero modernismos de moda y sin modo? ¿Futurismos de ex futuro? ¿Fajismo sin faja? ¡Mozalbeterías y armas al hombro!

MOZALBETES ANARQUICOS

HACE unos días, visitando en romería patriótica —no meramente turística— uno de esos lugares en que la vida civil histórica se estanca, en que el espíritu público se arruina, fuimos a dar en el menguado escaparate de una tenducha de artículos de papel con la exposición de unos cuantos números de esos semanarios de portadas pornográficas. Acaso no siempre corresponde el texto a la portada. Y nos invadió una entrañada amargura al ver a qué cebo hay que acudir para atraer lectores. El semanario se llamaba de “biblioteca galante”. Y supimos que en todos los lugarones y villorrios y villas, así como en las ciudades, es lo que más se lee. Sentimos desesperanza por la salud, no ya sólo corporal y espiritual de nuestro pueblo, sobre todo de su mocedad, sino

por su salud mental, por la entereza de su entendimiento. "Esto lleva a la estupidización de nuestra juventud" —nos dijimos—. Y a la esterilización de su imaginativa. Porque esos cosquilleos y hurgamientos de la imaginación en pubertad no hacen sino esterilizarla. Esterilizan la imaginación y esterilizan la civilidad. No llevan al supuesto pecado original que provenía, según el texto bíblico, de la tentación del saber, de haber probado del árbol de la ciencia del bien y del mal, sino que llevan o al tético pecado solitario o a perversiones de infecundidad". "¿Qué generación saldrá de aquí?" —nos preguntamos.

Volvimos de la romería, entristecido el ánimo con tristes presentimientos, cuando al llegar a Madrid leímos el relato de la fechoría de aquel grupo de mozalbetes —los consabidos mozalbetes— de catorce a dieciséis años, que, provistos de un montón de esteras, harpilleras y otros trapos que habían antes rociado de gasolina, prendieron fuego a la cancela del templo del Buen Suceso al grito de: "¡Viva la anarquía!" Y al punto relacionamos esta salvaje fechoría de los mozalbetes petroleros con lo de la biblioteca galante y demás literatura pornográfica. Porque esos chiquillos, pollitos a quienes empiezan a apuntar los espolones, ni son anarquistas, ni saben lo que es el anarquis-

mo y menor la anarquía. Su comezón morbosa —su prurito— no es de origen ideal o conceptual. Ni de que vayan a incendiar iglesias se deduce que sean anti-religiosos o ateos. Es que, ante todo, es menos expuesto ir a prender fuego a un templo, casi siempre indefenso, que a una fábrica o a un Banco o a un comercio. No, lo que a esos rapazuelos —los dos a quienes se prendió tienen catorce años cada uno— les lleva a esa más que otra cosa estupidéz es lo que se llamaría hoy un complejo sensual. Ha de ser una vacía imaginación púber azuzada por turbias pre-sensaciones. Pre-sensaciones engendradoras de presentimientos. Esos rapazuelos no suelen tener novias al modo romántico. Cuando más, se preparan a tener la que, adultos ya, llamarán su “compañera”. Porque decir: “mi mujer”, a lo hombre, creen que hace presumir rendimiento a la sociedad que hay que destruir. Ni esos rapazuelos sedicentes anarquistas —¡qué saben ellos de anarquía!— tienen novia, a lo romántico, ni saben de hondas inquietudes espirituales. Lo suyo es un juego deportivo y cinematográfico. Han nutrido el ánimo de pornografía estúpida y de truculencia, pseudorevolucionarias. Y el ir a pegar fuego a un templo religioso es, más que otra cosa, un acto de sadismo. No les guía otra sensación —no sentimiento— que la que

guió a Nerón a pegar fuego a parte de Roma para declamar, al resplandor de las llamas, unos sonoros hexámetros y culpar luego a los cristianos. En el fondo, esa acción de los mozalbetes petroleros es una acción de lujuria precoz. De lujuria precoz en el sentido en que se habla de demencia precoz. De esa lujuria que se abraza con el hambre, así como el amor se abraza con la muerte. ¡Y cómo lo sentía y lo cantaba Leopardi!

Es como cuando leíamos el relato de las sangrientas refriegas que en nuestra nativa tierra vizcaína ocurren entre la juventud socialista y la nacionalista. Casos en que el socialismo y el nacionalismo ni tienen nada de ideal, de conceptual, ni siquiera de sentimental, sino que son mero achaque para andar a tiros los unos con los otros. El tiroteo, sea por lo que fuere, es la finalidad. Y en ello suelen unirse a alicientes de origen sensual —sexual— excitante de espíritu . . . de vino. No hay nada más indigente que la ideología de esas juventudes de pistola o de petróleo.

El problema de nuestras juventudes revolucionarias o contra-revolucionarias, de lo que se llama extremos, no es problema de idealidad ni de idealismo. Esta tremenda juventud padece desgana, de perpetuidad, loco apetito de goce de la vida que pasa. Y de goce, de arre-

gosto más bien, de sensaciones fuertes, de picante que les abraza las entrañas. Hay quien de ellos no quiere morir sin regodearse en la catástrofe caótica. O en el caos catastrófico. Y ello no es cosa doctrinal, conceptual, intelectual. Los que se dicen anarquistas, por ejemplo, no son sino anárquicos.

¿Cómo se ha llegado a esto? ¿Ha sido cosa de doctrinas de esas que llaman disolventes? Creemos que es otra cosa, que es un morbo de otras raíces. Más bien de falta de doctrinas; de falta, sobre todo, de un sobretemporal "para qué" de vida, de un sentido de eternización histórica y de comunidad universal. A lo que no proveyeron los que educaron aquellos estanislaos —o kotskas— y aquellos luisés —o gonzagas— de que los pendencieros de derecha proceden. Los que se recogen en los templos a que van a prender fuego los que se suponen a sí mismos anarquistas, esos adolecen de la misma dolencia que éstos. Mas venimos a encontrarnos en punto que merece aparte.

EL ALMENDRO DE D. NICOLAS ESTEBANEZ

EL viernes, día 25, armaron un . . . , incidente ruidoso en las Cortes los diputados canarios, y poco después, sin esperar a la sesión permanente, me salí de la Cámara, me fuí a dormir —sin soñar— sosegadamente para venirme a esta sosegada Salamanca. Y aquí he pensado en toda la íntima y simbólica significación del incidente aquel, a la vez que recorría en mi ánimo los recuerdos de aquellas benditas Islas Afortunadas, en que me ha sido dicha vivir dos veces, en 1910 y en 1924.

Antes de proseguir me conviene hacer constar que aquí, en la Península, se les llama canarios a los de las siete islas; pero allí, en ellas, canarios son sólo los de la Gran Canaria, y los otros son tinerfeños, palmeros, gomeros, herre-

ños, conejeros, y los de mi entrañada Fuerteventura, la mayor y más desventurada de las islas, majoreros. Y en todas ellas se desarrolla un cierto espíritu que alguien llama federal, pero que es todo lo contrario de esto. Un cierto espíritu isleño que en ciertos por fortuna escasísimos casos degenera en isloteño, y que es lo más desfederativo que cabe. Un cierto espíritu de máximo aislamiento —¡qué terrible palabra ésta!—, que, a base de cierto caso individual bien conocido en todas aquellas islas, podría llamarse “almendreño”. Me refiero al almendro patrio de aquel noble, ingenioso, simpático y españolísimo lagunero, que fué D. Nicolás Estébanez, republicano ¿federal?, que fué ministro de la Guerra en la infortunada República federal española de 1873, a la que le hizo acabar su propio contradictorio y paradójico —aquello sí que fué paradoja y no otras que llaman así los mentecatos— federalismo. Y vengamos al almendro.

Es éste uno que hay —me lo mostraron allí—cerca ya de la Laguna de Tenerife, en la huerta de la casa natal de D. Nicolás. El cual, en una poesía —hacialas muy exquisitas—, cantó así: “Mi patria no es el mundo, —mi patria no es Europa,—mi patria es de un almendro—la dulce y fresca sombra”... Y casi todos los isleños cultos —¡y son allí tan-

tos!— de las Afortunadas se saben de memoria este pequeño evangelio del más radical individualismo . . . antifederal. Y obsérvese que D. Nicolás salta de Europa a su almendro, suprimiendo España y Tenerife y la Laguna, aunque esto no sea sino fuerza del asonante y necesidad de concentración poética. Mas, por otra parte, ¿no será acaso el más radical individualismo el universalismo más radical? No tuve la fortuna de conocer y tratar a Estébanez; pero estoy seguro que de haberle conocido y tratado —y ¡cuánto habría yo ganado con ello!—, le habría oído confesar que se abarca mejor el universo desde un almendro que desde una aldea o villa, desde una isla, desde un Estado, desde un Continente o desde el mundo todo. Pero este universalismo nada tiene que ver con el federalismo político. El universo no es propiamente una Federación. Acaso para ciertos pantesitas; pero para los monoteístas, no. Ni sé si los católicos —esto es, universales— güelfos concebirán al universo redimido como una federación; pero los católicos gibelinos, imperiales, dantescos, no la conciben así. Y ahora otra vez al almendro.

Don Nicolás Estébanez soñó el universo, y con él soñó la patria al pie de un almendro a la entrada de la Laguna de 'Tenerife, como otros españoles la soñaron al pie de un roble

vasco, de un pino gallego, de una encina castellana o catalana, de un avellano o algarrobo levantinos, de un olivo andaluz, de otro árbol cualquiera doméstico, y estos soñadores se hicieron federales a la manera del almendreño Estébanez, y cuando éste era ministro de la Guerra de la República federal acudieron al ministerio en busca de . . . almendras. Y D. Nicolás tuvo que poner en el antedespacho de su oficina este cartel: "¡La República no tiene destinos que dar!" Y ésta fué la tragedia de la descentralización . . . federativa. Los almendros nativos no daban almendras para todos. Y quien dice almendras dice otro fruto cualquiera. ¡Y aquellas almendras mismas resultaban tan caras! Porque no hay régimen más caro, más burocrático y de menor equidad distributiva que el régimen que aquí se llama federal, a menos que se le considere como una especie de comunismo, de federación soviética, en que sean agentes de poderes y podercillos públicos todos los de otro modo trabajadores de toda clase pero parados.

¡La dulce y fresca sombra del almendro! Mas otros árboles dan sombra apenas en invierno —amarga y bochornosa. Y los hay nativos, cuya leña apenas si sirve para reconfortar un poco los ateridos miembros en largas noches de helada, o acaso para tallar de ella seis tablas

X

para el último lecho, el del sueño patriótico de la muerte. ¡Hermoso emblema de la patria el árbol! Pero el árbol tiene, sí, copa que recoge luz al sol del cielo, y tiene raigambre que recoge tinieblas de la tierra. Y el fruto que no muere en ésta, en la tierra, no da semilla para árbol nuevo.

Y dejo ahora de lado el más íntimo aspecto del incidente parlamentario isleño, que es el de la capitalidad federativa canaria. Porque muchas veces, cuando se habla de descentralizar se piensa en otra centralización, ni hay nada más duramente unitarista que el cantonalismo.

Al almendro de D. Nicolás le protegía Tenerife mejor que la Laguna, y le protegía España mejor que Tenerife. En el orden político, ¡claro!; que en el orden cósmico, o mejor religioso, al almendro de D. Nicolás Estébanez, allí, al pie del grandioso Teide, que lleva fuego en el corazón y en la cabeza nieve, le ampara el cielo universal, el de las estrellas todas, el que abroquela a nuestra pobre Tierra, isla perdida en la infinidad. Pero en política, no en cósmica, y más si es la sedicente federal, nada se gana y sí se pierde mucho, mirando las cosas desde Sirio.

VENGOME aquí con la confesión íntima, entrañable, de un castizo —“lígrimo” (legítimo) se diría en habla charruna— jabato español de hoy en día, de un chico de España, donde se acabaron ya los grandes de ella. ¡Y lo que me ha sacudido! Pues ¿hay acaso algo más malencónico que ver caer las hojas, amarillentas y ahornagadas, de la enredadera que se enreda a las ruinas y las enreda? ¿Y si esa enredadera fuere, no estéril yedra, sino fructuosa vid cuyos sarmientos lañaran en verde los ruinosos sillares desmoronados? Malencónico, digo, pues que de romanceada —también charruna— malenconía, que no de culta melancolía se trata; de esa malenconía que remata en mal encono, en nuestro típico resentimiento celtibérico. Y es que resiento por los mal-en-

conos de este jabato lígrimo que se me confiesa no ya com-pasión sino con-miseración; es que me resiento no tan sólo padeciente, sino miserable con él y como él.

Vamos, chico . . . , tienes mucha razón, España no es alegre ni tiene por qué alegrarse. Ni por qué holgarse, que ni puede pararse a tomar huelgo, que el tiempo aprieta. Y la huelga suele dar en juerga, y los duelos con pan son menos. Lo que tiene España es que tomar contento —y contenido— que contentarse; mejor, tiene que conformarse con su destino, con su misión eterna y no sólo temporal. Conformidad. Pero ¿con qué forma? ¿Qué forma le daréis a España los que habéis nacido a la vida nacional y popular —civil y laica— bajo el sino de la República? Laica es religiosa. ¿Qué forma y qué norma?

Norma, sí, pues a muchos de vosotros —“¡estos chicos . . . , estos chicos . . . !” —, acaso a los mejores, se os reputa anormales. Y dejadme que en esto de la anormalidad me pare un poco.

Anormal, ya lo sabéis, es un vocablo híbrido —mestizo— de prefijo griego y tema latino. Lo propio latino, que se hizo castellano, es: enorme. Enorme es lo que se sale de norma, lo anormal. Y norma era una escuadra de que se valían los agrimensores romanos, una re-

gla, por donde lo enorme es lo irregular, lo inescuadrado o acaso desescuadrado. ¿Y cuál la norma española? ¿Cuál la norma de cuando España, la eterna, talló aquende y allende la mar dos mundos? ¿Cuál la norma, la escuadra, del universal imperio español, carolino y filipino, calderoniano y cervantino —mejor: se-gismundiano y quijotesco—, iñiguiano y tere-siano? ¿Cuál esa norma? Esa norma fué y es —y ésta sí que paradaja, y trágica— la enormidad. La norma castizamente española es la enormidad, es una escuadra para encuadrar el cielo y tallarlo a nuestra medida. Lo anormal, nuestra normalidad.

Ya Nietzsche dejó dicho que España osó, se atrevió —esto es: se atribuyó— demasiado, y Carducci habló de “la afanosa grandiosidad española”. Y, antes que ellos, Edgar Quinet —aquel apocalíptico profeta galo-romántico—, ya en 1844 (“Mes vacances en Espagne”, publicado en 1857), cuando decía a nuestros abuelos que no vale una gota de sangre “enmascarar, desfigurar a Felipe II bajo una Constitución de papel” —¡así!—, les decía que tomaran la vía de la revolución propia que pide un alma regia, para lo que basta ser sencillamente español. Y les hablaba de la vasta herencia de democracia que la vieja monarquía española había preparado, les hablaba de

continuar una nación de hidalgos —“gentils-hommes”— proletarios sin rebajarla a burguesía; de asombrar —“étonner”— a Europa en vez de imitarla. “No haréis nada de vuestro pueblo —les decía— si no le ponéis ante los ojos alguna alta misión a que Dios os convida... Encontraréis la América con doscientos hombres, las Indias con ciento cincuenta. No poseeréis ya ni una ni otra de las Indias, pero si el empuje interior de vuestro espíritu nacional vive todavía descubriréis otros mundos sin salir de vuestra casa”. Y acababa: ¡Por qué no habréis de combatir en vuestra fila de batalla el antiguo combate por la antigua Iglesia verdaderamente universal, no de Roma, sino del mundo; no del Papa, sino del Cristo?” La iglesia cristiana nacional, civil y laica.

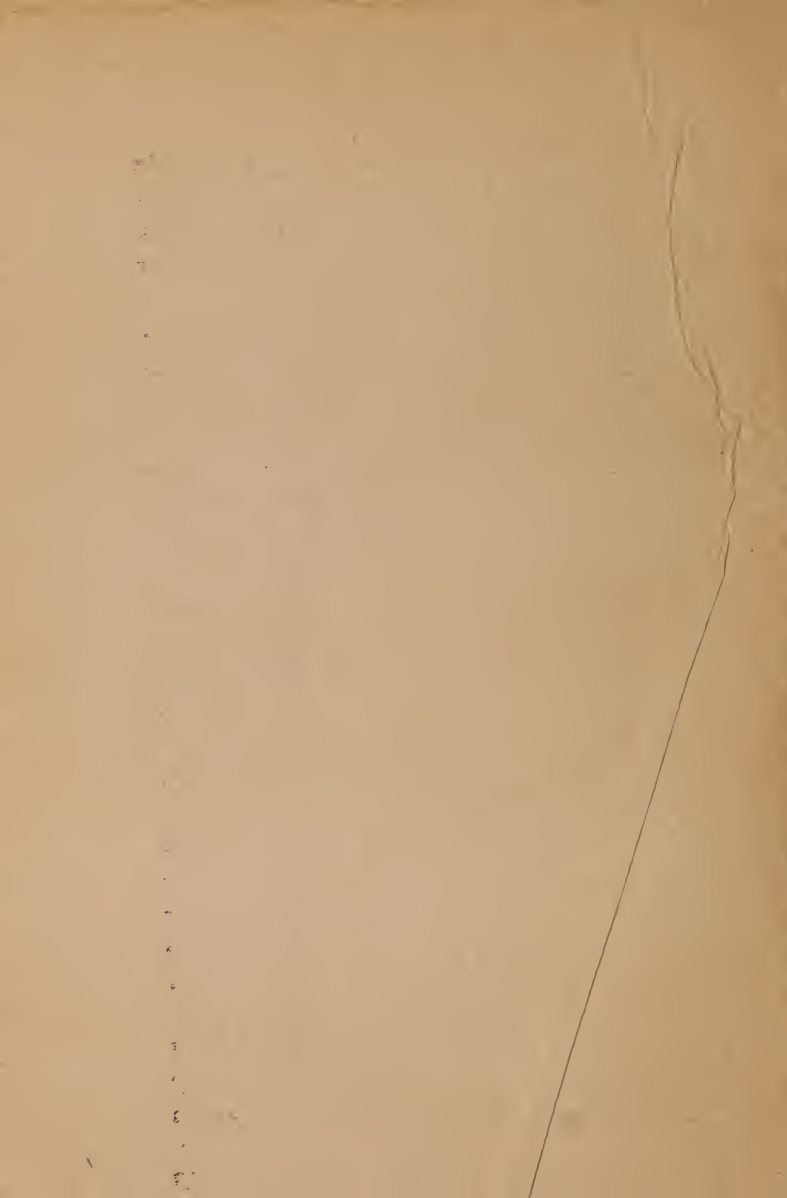
Y tres siglos antes que Quinet, en 1541, Miguel Servet, el bravío aragonés a quien hizo quemar, en nombre del Cristo, Juan Calvinó en Ginebra —si no, le habría hecho quemar en Viena de Francia, y a nombre también del Cristo, el cardenal de Tournon, a él, y no a su efigie, que quemaron—, dejó dicho que el ánimo de los españoles es inquieto y revolvedor de cosas grandes: “inquietus est et magna moliens hispanorum animus”. ¡Revolvedor —y rumiador— de grandezas! Lo de Quinet, lo de

Nietzsche, lo de Carducci, lo nuestro. Y este revolver grandezas es nuestra verdadera revolución. Revolución y revuelta, vuelta atrás. Pero no en el tiempo. Nuestra escuadra lo es de eternidad.

¿Devolverá, revolviéndose, el inquieto moceno español de hoy y de mañana, su mocedad a la España de siempre? Aquella su enor-
nidad es la gloria eterna de España. ¿La que pasó? La gloria no pasa, sino que se queda. O mejor, la eternidad que por el tiempo pasa se queda por encima y por debajo del tiempo. "Cualquier tiempo pasado fué mejor..." ¡No, no y no! Pero cualquier eternidad pasada es —no fué— mejor. Como tiempo, aquel tiempo pasado del siglo XVI, su cueo temporal, no fué mejor. Y "a reinar, fortia, vamos, no me despiertes si sueño..." Tené que revolvernó al reinado de España, de su M. Imperial España.

"¿Culación, verbosidad y sofística", que decía S...? Ah, de esto ya hablaremos. ¿Verbosidad? Con el verbo hicieron nuestros antepasados mejor, lo más eterno que hicieron; con la pa...a, y no con la espada. Norma, la palabra.

Y ahora é congoja me entra al ver caer de la verde ladera hojas amarillentas y ahornagadas e los ruinosos sillares de la patria!



1875 y 1880 en el -

Historia de l - Uro - e -

INDICE

de la historia y
geografía

Indice y Tablas

de la historia y
geografía
de la historia y
geografía

Compendio de
la historia y
geografía
de la historia y
geografía

El problema

Cultura Universal

Problema

La cultura universal

Conciencia

El problema de la independencia

Los mestizos

El problema

El Cristo

El problema

Mi problema

Henry

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

La Gran del Alca

	Págs.
La niñez de Don Quijote	13
El niño es el padre del hombre	19
Políticos, criadores, poetas, padres	24
A los cabreros y no a los carboneros	29
El liberalismo español	34
El pecado del liberalismo	39
El espíritu público y el pobre papel de los liberales	44
La consumación de los tiempos	49
Don Marcelino y la Esfinge	54
La seguida de los siglos	60
De la religión y la política	65
Maestros y curas	70
Clérigos y tercios	76
Lo religioso, lo irreligioso y lo antirreli- gioso	81
Pronunciamientos de analfabetos	86

	Págs.
Entre Aquiles y el Cid	91
Sobre el divorcio	97
Caciquismo, fulanismo y otros "ismos" ..	102
Larra, Molinos y los agrarios	107
Serenidad	112
La vocación y el destino	118
El "Por Dios" y el "a Dios"	123
Definición del jabalí	123
Ascención y Asunción	133
Pan y toros	139
Miguel, o "¿Quién como Dios?"	144
Sobre el parlamento o palabramiento	149
Los milagros de la Virgen de Ezquioga ...	154
Visiones y palillos	159
¡Pobres metecos!	165
Sobre el español medio	170
Al lector anónimo y solitario	175
Hay que enterarse	180
Escuela y despensa única	186
¿Derrotismo? ¿Pesimismo?	191
Sobre el pleito dinástico	196
Vicios propios de los españoles	202
Guerra intestina familiar	208
Sobre el cavernicolismo	213
¡Qué se yo!	217

En el ámbito profético
vital. Ceremonias culturales
Sentido de la tragedia (lo humano)
La razón humana en el siglo
El tiempo - el espacio - el pensamiento

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DIA 31 DE
ENERO DE 1945, EN LOS TA-
LLERES DE LA EDITORIAL
BOLIVAR, S.R.L. REVILLA-
GIGEDO 37, MEXICO, D. F.

La obra con la que
pasamos la vida
El fin de la vida
Cualquier cosa que sea Impresión
para el alma
El libro

Patrimonio
Lucha
Trabajo.

Contra el
Vandalismo
del patrimonio

Temas y destino
enero 1910.

Resumen de la obra
El D. de Velazquez
Cajón - P. de
El Presente y el futuro

Revisión
El sentido del tiempo
en el liberalismo

El Poder y el Gobierno
Obras: Carboneras

\$ 2.20 m.c.

Un mundo y la Indición

Lo local y lo universal

La vocación

El problema del hombre

King's College

Over es luchar

La vida interior

Trin de versos

El individuo - Sociología - *La infra de*

La religión

- Don Juan

Lo eterno y lo individual (Kierkegaard)

La filosofía - La realidad

Todo un hombre

El sentido de la ^{Mexico y Colombia} cultura - *una idea*

Don Juan de los Ríos

Los balnearios - El Camino

